

# PUCK

EN PIE DE GUERRA

Horacio A. Adams



# **PUCK EN PIE DE GUERRA**

Por

**LISBETH WERNER**

**EDICIONES TORAY. S. A.**

BARCELONA-MADRID-BUENOS AIRES

Título original danés: GOD FERIE. PUK - PUK PA KRIGSSTIEN

Traducción: Josefina Dalmau

Cubierta: J. Benavente Pérez

Ilustraciones: R. Cortiella

NOVENA EDICION

Depósito legal B 40 267 1988

ISBN 84 310 2195 0



— Y respecto a las vacaciones, ¿qué? —dijo el veterinario Anders Moeller.

Se inclinó sobre su mesa de trabajo para tomar una caja de cerillas y encendió pausadamente su puro; luego exhaló el humo en una gran nube. Puck, que estaba sentada en el sofá junto a la señora

Moeller, la miró interesada.

—Sí, ¿qué pasa con las vacaciones, tío Anders?

— Habíamos hablado de salir en nuestra embarcación — dijo el veterinario —, pero hay algo que quiero tratar contigo. La lancha rápida que conseguimos de manera tan increíble no hemos podido disfrutarla mucho. Es una embarcación demasiado grande.

— Sí, pero es maravillosa — dijo Puck sonriendo.

— De acuerdo. Es como un yate fantástico; pero los precios suben, y sólo su conservación ya cuesta mucho dinero. Tengo las cuentas aquí, por si algún día quieres verlas. No creas que es trabajo fácil administrar tu dinero. También se lo he dicho a tu padre en mis cartas, y está de acuerdo conmigo en que no podemos mantener una embarcación tan grande por más tiempo.

Puck estaba decepcionada.

— ¿Qué vamos a hacer entonces? —preguntó.

— No te preocupes — sonrió el veterinario Móeller —. Nadie quiere disgustarte, si podemos evitarlo. Simplemente, he pensado vender la lancha grande para comprar otra que vaya mejor con nuestras posibilidades. Hay en venta muchas embarcaciones de motor más pequeñas; algunas más modernas que nuestro barcazo. Además, creo tener ya un comprador, y si paga un buen precio, aún ganaríamos dinero en el negocio. ¿Qué te parece la idea?

— Sí —Puck vaciló un poco—, eso suena muy bien. Yo no tengo idea de los negocios, pero si tú y papá estáis de acuerdo en que el barco cuesta demasiado caro, no hay más que hablar.

— Bueno, pero tú también debes opinar sobre ello — concedió el veterinario —. El barco es tuyo.

— Estoy de acuerdo —decidió Puck—. Tienes que hacer lo que creas más oportuno. Yo de eso no tengo idea.

El veterinario se levantó:

— Bueno, ya verás la otra embarcación.

— ¿Así que ya has mirado otra, Anders? — dijo la señora Moeller.

— Naturalmente — rió el veterinario —. ¿Crees que estoy hablando por hablar? En realidad, el trato está casi cerrado, solamente me faltaba el permiso de Puck. Y he de admitir que esperaba obtenerlo. ¿Y si bajáramos los tres al puerto ahora mismo? Allí sería más fácil la comparación y Puck se decidirá mejor. Puedo

vender la embarcación grande a buen precio y comprar la pequeña con bastante ventaja. Claro que esta última sólo tiene dos literas, pero es bonita, rápida y segura. El motor es completamente nuevo. En conclusión: la pequeña va mejor para nuestro fines que esa especie de transatlántico que hemos tenido hasta ahora. ¿Vamos?

Puck estaba ansiosa por ver la nueva embarcación. En su interior sentía cierto escepticismo. Estaba tan contenta con su gran motora, la cual, según su opinión, era algo único. Pero, naturalmente, el tío Anders tenía razón al decir que era demasiado cara de mantener, y también era bastante poco lo que podían disfrutar con ella.

Puck estaba muy ocupada la mayor parte del año estudiando en el pensionado de Egeborg y, aunque de vez en cuando visitaba a sus tíos en Sundkoebing, una visita no significaba necesariamente salir a navegar. Por eso tenían razón al decir que sería más razonable comprar una embarcación más pequeña. Pero, ahora que tenía vacaciones y ocasión de navegar, no estaba tan segura de que la idea fuera tan buena.

Puck se imaginaba que la nueva embarcación sería un pequeño bote con motor auxiliar, y su asombro fue grande cuando llegaron al puerto de Sundkoebing y el veterinario señaló una elegante motora con cabina, de caoba, que estaba balanceándose al lado de su propia nave.

—¡Qué elegante es!... — exclamó Puck—. Ahora comprendo por qué te ha gustado, tío Anders. ¡Es deliciosa!

Las líneas del pequeño yate eran muy elegantes y estaba muy bien conservado.

—Tengo las llaves aquí —dijo el veterinario—. ¿Salimos a probarlo?

—¡Sí, vale! Hay que ver qué tal responde.

Poco después salieron por la bocana del puerto y Puck hubo de admitir que el barco era mejor de lo que había esperado. Tenía estabilidad y navegaba bien. El motor zumbaba como una abeja. Puck estaba entusiasmada.

— ¿Cómo se llama?

— «Arrow» — le informó la señora Móeller.

— ¡«Flecha»! Es un buen nombre para él. ¿De quién es?

— Es de un comerciante de esta ciudad. Lo hizo construir el año pasado; pero ahora se ha enamorado de tu gran embarcación. Si das

tu consentimiento al negocio, dentro de pocas horas éste será tuyo.

Y, en efecto, pocas horas después los papeles estaban firmados y todo en orden. El veterinario, agitando el contrato en el aire, entró en la sala donde Puck y la señora Moeller estaban tomando el té.

— Ahora tienes en el Banco más dinero que antes, y sigues siendo propietaria de un barco maravilloso —rió—. así que ya podemos hacer planes para las vacaciones.

Se sentó, se sirvió una taza de té y tomó un trozo de pastel hecho en casa por su mujer.

— Escucha, Puck — dijo —. La tía Henny y yo hemos estado pensando si no sería una buena idea ver Dinamarca desde el mar este año, ahora que disponemos de este pequeño yate de tan fácil manejo. He pensado comprar una tienda de campaña; como solamente hay dos literas en la embarcación, acamparemos en los sitios donde anclamos. ¿Qué te parece?

— Será maravilloso — exclamó Puck—. ¿Adonde has pensado ir?

El veterinario se levantó, alargó la mano para tomar otro trozo de pastel, y mientras se lo comía fue a un armario sacó unos mapas. Eran cartas marinas. Las extendió en el suelo y colocó un libro y un cenicero en cada extremo para evitar que el papel se enrollara, y poco después los tres estaban ocupados en planear su viaje. Estaban arrodillados en la alfombra, señalando y discutiendo.

Cuando el veterinario hubo enrollado de nuevo los mapas y los tres habían vuelto a la mesa, la señora Moeller preguntó:

— ¿Dónde pasarán sus vacaciones tus compañeras del «Trébol de Cuatro Hojas»?

— Creo que Inger va a visitar a unos familiares en Jutlandia — contestó Puck—. Karen las pasará con su madre, y Navio también tiene sus planes. Me parece que ha sido invitada por una tía suya que vive en el norte de Selandia.

— Lo digo por si querías traerte a una de ellas — dijo la señora Moeller.

— Bueno —opinó el veterinario—. No lo veo tan fácil. En la tienda de campaña que he estado mirando no caben cuatro personas. En realidad, sólo es para dos y me parece demasiado caro comprar una tienda grande. También sería demasiado difícil a la

hora de plantarla. Si solamente somos tres, con un poco de buena voluntad, cabremos y estaremos bien calentitos juntos. Pero cuatro... no; no lo creo posible.

—No tiene importancia. Como ves, las chicas tienen sus planes hechos —dijo la señora Moeller—. Solamente pensé que, si alguna no tenía adónde ir, sería una pena dejarla en el colegio.

Y continuaron planeando sus vacaciones. Había que hacer una lista de las cosas que pudieran necesitar, más o menos, y establecer la ruta del viaje para poder visitar todos los lugares que deseaban conocer.

Aún quedaba la cuestión de la comida. La señora Moeller había visto una cocina plegable a gas butano. Con aquel aparato, gran parte de sus problemas quedarían fácilmente resueltos; porque, como dijo el veterinario: «No esperéis comer un menú completo cada día».

Cuando, por la noche, tomó el tren para regresar al pensionado de Egeborg, Puck estaba radiante. Lo mejor del mundo era tener buenos amigos, gente a quien querer y que le quisieran a una. El veterinario y su esposa en realidad no eran tíos de ella. El señor Moeller era un amigo de juventud de su padre, el ingeniero Winther; pero Puck siempre los había considerado como parientes cercanos.

Cuando su padre se fue a Chile para trabajar en la construcción de un puerto en Valparaíso, Puck ingresó en el Pensionado de Egeborg. Entonces tuvo ocasión de intimar aún más con la familia del veterinario. La distancia entre Egeborg y Sundkoebing no era muy grande, y era maravilloso poder reunirse con ellos de vez en cuando, explicarles sus cosas y recibir buenos y cariñosos consejos.

Cuando vivía sola con su padre en el piso de Copenhague, después de la muerte de su madre, su existencia había sido muy fácil y cómoda. El padre la mimaba de tal forma que la convirtió en una niña egoísta. No tenía inconveniente en confesárselo.

En el pensionado de Egeborg se había encontrado entre compañeros con los mismos derechos que ella, y ella había tenido que buscar su sitio entre esos compañeros y el trabajo de cada día. No había sido fácil al principio; pero salió de la prueba con éxito. La tímida, mimada y retraída Bente Winther se había convertido en la simpática y buena compañera Puck.

Ni ella misma se había dado cuenta de lo profundo del cambio. Sólo sabía que, aunque echaba de menos a su padre y esperaba su próxima visita a Dinamarca con ansia y alegría, lo estaba pasando muy bien y no deseaba cambiar su vida por nada en el mundo.

¡Y ahora llegaban las vacaciones!

Había pasado bien los exámenes. También había tenido problemas, pero ya fueron resueltos. Por fin pudo sentarse a su mesa de trabajo y con la conciencia tranquila escribir una carta a su padre, explicándole los acontecimientos. Recibió una carta de felicitación a vuelta de correo. El ingeniero Winther estaba orgulloso de que su hija se las hubiera arreglado tan bien.

Puck sabía que una de las cosas que ella podía hacer por su padre, para ayudarle en la añoranza que sentía por su hijita, era aplicarse a los estudios en el colegio tanto como fuera capaz, para que sus esfuerzos dieran el mejor resultado posible. Winther no exigía a su hija sobresalientes. No le importaban las notas inferiores. Estaba contento con saber que ella progresaba. La vida exige conocimientos. No hay otro remedio que saber para triunfar en ella.

Bueno, el examen quedaba atrás y las vacaciones estaban cerca.

Puck tenía su bicicleta en la estación de Oesterby. Al bajar del tren saludó alegremente al jefe de estación, corrió hacia su bicicleta y pedaleó velozmente hacia el colegio. Cuando llegó eran ya las ocho. Habían terminado de cenar y algunos de sus amigos estaban jugando en el parque.

Puck saludó con la mano en dirección a Inger y Karen, pero no vio a Navio por ningún lado. Subió corriendo la escalera y entró en el «Trébol de Cuatro Hojas» para dejar algunos paquetes que había traído consigo de Sundkoebing. Al abrir la puerta vio a Navio echada encima de su cama.

Al principio Puck creyó que estaba durmiendo, pero entonces Navio volvió la cara hacia la pared para que su amiga no pudiera verla, y Puck comprendió que algo andaba mal.

— ¡Hola, Navio! —dijo jovialmente.

— Hola —el saludo sonaba un poco cohibido. Puck colocó sus paquetes encima de la mesa y se quedó indecisa. Si su amiga le daba la espalda era porque seguramente no tenía ganas de confiarle sus disgustos, o lo que fuera.

Puck vaciló, pero al fin preguntó:

— ¿Te pasa algo?

Navio movió la cabeza sin decir nada.

Puck desenvolvía los paquetes y echó un trozo de chocolate en dirección a su amiga.

— ¡Toma! Es de avellanas.

Por fin Navio se sentó en la cama. Alargó la mano para tomar el chocolate, pestañeo un poco e intentó sonreír. Se rascó el cogote y miró a Puck haciendo una mueca.

— ¡Va! Dímelo —dijo Puck—. ¿Qué te pasa?

Navio movió la cabeza de nuevo.

— He estado llorando — dijo —. De vez en cuando es necesario.

Navio era una chica valiente y era muy difícil sacarla de quicio. Con su buen humor solía superar la mayor parte de sus disgustos.

— ¿Pasa algo? — preguntó Puck—. Quiero decir si le ha ocurrido algo a tu padre.

Navio movió la cabeza y tendió una carta a Puck.

— Es un pequeño disgusto, nada más — dijo —. La tía con quien tenía que pasar las vacaciones me ha escrito que se ha puesto enferma. Nada serio, pero ha de ir a un sanatorio. Algo relacionado con sus nervios. De vez en cuando es algo rara.

—¿Cómo rara?

Puck contemplo la carta. Había sido escrita con letra firme y segura.

— ¿Tu tía ha escrito esto?

— Sí —dijo Navio . Es bastante extraña. No creo que le pase nada en absoluto, pero es muy especial. Es una de esas personas que se cuidan mucho, y es muy fácil ponerla de mal humor. Pero lo que le pasa ahora no lo sé. De pronto ha decidido que prefiere internarse en un sanatorio a tenerme a mí a su lado. Quizá sea comprensible; pero yo me había hecho ilusiones de ir a la costa del Norte. Tiene una casa muy agradable. Pero, si no le gusta tenerme... ¡Resignación!

Puck dejó correr la vista sobre la carta, la doblo y la puso encima de la mesa. Se sentó a mirar por la ventana De pronto se decidió.

— Entonces, ¿por qué no vienes conmigo a pasar las vacaciones?

— ¿Contigo?

La cara de Navio se iluminó con una ancha sonrisa.

—Sí, conmigo — dijo Puck —. Saldremos con tío Anders y tía Henny. Hemos comprado una nueva motora hoy. Es más pequeña que la otra, pero mucho más elegante y confortable. Vamos a navegar por las costas de Dinamarca. Serán unas vacaciones sensacionales. Llevaremos una tienda de campaña y...

Puck se calló. De repente se acordó de lo que su tío había dicho respecto a la tienda. No había suficiente sitio para cuatro personas. Y ahora ella invitaba a Navio.

Sintió como se sonrojaba. ¡En qué situación se había metido! Cuando invitó a su amiga había pensado solamente en las palabras de su tía Henny. Había sido ella quien le había propuesto llevara a una de sus amigas.

— ¡Te lo acepto de todo corazón! —exclamó Navio—. , Navegar por las costas danesas, qué maravilla! Cuando se lo cuente a mi padre, el valiente capitán Sommer, se pondrá fuera de sí de contento. Será justo lo que él quiere: que su hija pase sus vacaciones navegando.

— Sí —dijo Puck un poco distraída—. Seguro que le gusta.

Estaba pensando en cómo lograr salir de aquel nuevo embrollo. Solamente cabían tres personas. ¿Se enfadaría el tío al saber que había invitado a Navio? Puck esperaba que no; pero había dicho con tanta firmeza que no había sitio para más personas...

De alguna forma debía arreglarlo. Las vacaciones de Navio no podían estropearse sólo porque una cedido deshacerse de ella. Y Puck estaba segura de que ésta era su verdadera intención.

Se levantó.

— Voy un momento a llamar por teléfono —dijo—. Vuelvo en seguida.

— ¿Vas a llamar a tus tíos?

— Sí — dijo Puck —. Se van a poner muy contentos cuando les diga que vas a venir con nosotros.

Pero, aunque su amiga no se dio cuenta, ella pensó:

«Bueno, ya veremos si se ponen contentos».

\* \* \*

Puck estaba algo asustada por la llamada que iba a hacer a sus tíos de Sundkoebing para contarles la invitación que había hecho a Navio. El tono de voz que había usado tío Anders al decir que no

cabían más de tres personas en la tienda de campaña había sido bastante firme.

No sabía cómo se las iban a arreglar; pero por otro lado, no podía abandonar a Navio. Su amiga había tenido una desilusión tan grande y, seguramente, se había sentido tan sola... Debía buscar una solución.

¡Qué pena no tener aún la embarcación grande! Con ella no hubieran tenido problemas. Puck ya no estaba tan contenta con el cambio. Y lo que casi siempre pasa ocurrió ahora: Puck empezaba a enfadarse con su tío que, en realidad, no había hecho nada malo. Estaba nerviosa por lo que iba a decirle. Lo más correcto hubiera sido consultar primero a los tíos, y ver si ellos podían encontrar la forma de que Navio les acompañara en el viaje.

Puck vacilaba aún junto al teléfono. No le gustaba nada la llamada que iba a hacer. Respiró hondo, tomó el auricular y marcó el número del veterinario.

Ojalá fuera tía Henny quien contestara, pensó. Pero naturalmente, quien se puso al teléfono fue el tío Anders.

— La casa del veterinario Moeller, diga —se le oyó contestar.

Puck pensó que nunca había notado tanta autoridad en aquella voz.

— Soy yo; Puck.

— ¡Hola! ¿A qué debo el honor de tu llamada?

Puck titubeó un poco, pensando cómo empezar.

— Ha pasado algo gordo, tío Anders —comenzó diciendo—. He hecho algo terrible. Tendrás que perdonarme primero y después ayudarme.

La voz autoritaria sonó preocupada:

— ¿Qué dices? ¿En qué lío te has metido ahora?

Aunque no tenía pensado lo que iba a decir, Puck había empezado bien. Pero ella aún no lo sabía.

— Cuando regresé de vuestra casa —continuó—, fui a mi habitación y encontré a Navio. ¿Te acuerdas de ella?

— Sí, sí... ¿Qué le ha pasado?

La voz del veterinario seguía con tono de preocupación.

— Estaba terriblemente triste. Su tía, con quien iba a pasar las vacaciones, le ha escrito para decirle que no vaya. Eso significaba que Navio tendría que quedarse sola en el colegio.

— Sí, pero, ¿qué te ha pasado a ti? ¿Te ha pasado algo?

Puck no pudo evitar una sonrisa:

— No, no; a mí no me pasa nada. ¿Cómo se te ha podido ocurrir eso?

Escuchó un suspiro de alivio al otro lado del teléfono.

— Temía que te hubiera ocurrido algo. Eso dijiste al principio... Respecto a Navio, ¿por qué no la invitas a que venga con nosotros?

Había una nota de reproche en su voz. Puck abrió los ojos desmesuradamente. Su cara estaba iluminada por una gran sonrisa.

— Pero... ¡si es justamente eso lo que he hecho! —casi gritó Puck.

— Estupendo —rió el tío—. No hubiera sido muy bonito por tu parte dejar de invitarla. Pero, repito, ¿en qué lío te has metido?

Puck se rió. El tío era el mismo de siempre.

— Sí, es eso precisamente lo que he hecho —dijo—. Intenté explicártelo y estaba algo preocupada por lo que pudieras decirme. Dijiste que solamente cabían tres personas en la tienda de campaña, y temía que...

— Temías ¿qué? Pero, ¿no tienes confianza en tu viejo tío?



—¿Crees que me gusta que te preocupes por tan poca cosa? Si no hay sitio, lo arreglaremos de alguna forma, aunque tengamos que ponerla en una hamaca colgada entre los palos de la tienda. De todas formas, dos pueden dormir en la tienda y dos en el barco. Da igual. O compraremos otra tienda mayor. Ya encontraremos la solución. No podemos dejar a Navio sola en el colegio. Pero... ¿Hay alguna otra novedad?

— No —dijo Puck riendo—. Eso era todo lo que quería decirte,

tío. Subiré en seguida a comunicárselo a Navio. Recuerdos para tía Henny.

— Gracias, se los daré. Adiós, hijita.

Puck estaba a punto de colgar el teléfono, pero insistió aún:

— Oye, escucha, tío Anders — gritó.

— ¿Qué pasa?

— Solamente quería decirte... ¡que eres un tesoro! ¡Adiós!

Colgó el teléfono, dio media vuelta y subió corriendo la escalera... ¡A hacer planes!

\* \* \*

El tiempo continuaba espléndido. El sol doraba el paisaje veraniego danés y centelleaba en reflejos sobre las olas del fiordo. El «Arrow» navegaba a toda máquina con ímpetu, llevando a bordo una tripulación alegre, que disfrutaba cada minuto de aquel maravilloso día.

El señor Moeller manejaba el timón y la señora Moeller, Puck y Navio estaban confortablemente sentadas sobre los blancos cojines de plástico. Hacía calor; pero allí, sobre el agua, se estaba fresco. La ligera brisa acentuaba aún más el luminoso día.

La conversación era muy alegre y las muchachas disfrutaban de la vista de los campos llenos de miés y los bosques verdes a la orilla del fiordo.

— Es la tierra de mi infancia — dijo el veterinario Moeller—. ¿Sabías tú, Puck, que yo soy de aquí? No; seguramente no. El pasado no interesa a la juventud. Pero el pasado es a veces muy evocador, de todas formas.

Mi padre tenía una granja al lado del fiordo. Es probable que aún exista; pero hace ya muchos años que no pertenece a la familia, y los nuevos dueños han cambiado tanto la estructura que es irreconocible. Han levantado nuevos edificios y ya no queda mucho de lo que había en mi infancia. Entonces, la granja tenía cuatro alas que formaban un cuadrado, con techos de brezo. Teníamos mucho ganado y algunos caballos preciosos. Supongo que ahora usarán tractores, y no será tan romántico. Pero, entonces...

Cuando pienso en mis paseos a caballo hasta el estanque para llevarlos a beber... Eran caballos grandes, de raza belga. Sus lomos eran tan anchos que se podía estar de pie sobre ellos. Uno se llamaba «Viola» y otro «Staerkodder». ¡Cómo me acuerdo de

aquellos nobles animales! Seguramente los hijos del granjero van en tractor, pero dudo mucho que cuando sean viejos se acuerden de ello con el cariño con que yo recuerdo a «Staerkodder».

— ¿Cuándo os fuisteis de allí? —preguntó Puck.

— A mí me parece que hace siglos — rió el veterinario —. Mi padre no se encontraba muy bien, así que vendió la granja y fuimos a otra más pequeña. Yo ingresé en la escuela de Agricultura y empecé allí mis estudios. Mis visitas al pueblo fueron más escasas.

Siendo campesino, tenía mucho que hacer para arreglármelas entre los elegantes y listos chicos de la ciudad. Viví en un ático en Frederiksberg. ¡Cuando pienso en lo poco que necesitaba entonces para vivir! Había ochenta y cuatro escalones hasta mi cuarto y la casa *no tenía ascensor*; pero entonces nadie pensaba en eso.

A pesar de todo, lo pasábamos muy bien. Nos hacíamos nosotros mismos la comida. Los copos de avena no valían gran cosa si se compraban a granel. De vez en cuando ahorrábamos dinero y nos íbamos a comer un bistec gigante. Creo que entonces valían un par de coronas. Claro que después del banquete quedábamos arruinados para el resto del mes.

Quizá a algunos les hubiera parecido horrible nuestra manera de vivir; pero a nosotros no. Eran días maravillosos. Además, estudiábamos tanto que todos logramos pasar el examen, menos uno a quien teníamos por un poco retrasado mental. Suspendió aquel año, pero después hizo los mejores exámenes de nuestra promoción. Esto sucedió al año siguiente. Pareció como si despertara de un sueño invernal y empezó a estudiar mucho. Después de sus brillantes exámenes siguió con la carrera hasta terminar su tesis doctoral, y ahora es catedrático en la Real Academia de Agrónomos y Veterinarios.

Esas cosas pasan. No hay que mirar con desdén a los que son tranquilos y algo raros. Pero hasta hoy no me explico por qué era tan atontado al principio y, sobre todo, qué le hizo despabilarse tan de repente. Pero lo cierto es que el alumno más torpe de aquel año fue quien más lejos llegó.

Navegaron un rato en silencio. Puck se quitó las gafas de sol, miró hacia la costa y dijo.

— ¿Por qué se llama el «Puente de Iván» el lugar donde vamos a pasar la noche?

El veterinario frunció las cejas:

— Es una historia muy vieja — dijo —. No sé lo que haya de verdad en ella; pero es un buen ejemplo de que, de vez en cuando, también pasan cosas emocionantes en el campo. Se habla mucho de algunas modernas publicaciones juveniles, llenas de aventuras, violencias y terror, y el daño que eso puede hacer. Cuando pienso en las historias que nos contaban a nosotros cuando éramos niños, he de decir que, según mi opinión, «Darkman» y «Fantomas» son niños de pecho comparados con los protagonistas de aquellas historias de miedo. El cuento sobre el «Puente de Iván» es de aquellas historias terroríficas. Pero si os lo cuento no os atreveréis a dormir allí.



—Claro que nos atrevemos —rió Navio—. No tenemos miedo de un cuento.

La señora Moeller movía la cabeza sonriendo.

— Sería ridículo que lo tuvierais —dijo—; pero existen personas con mucha imaginación que no necesitan gran cosa para asustarse.

— Muy bien — dijo Puck —, pero ahora cuéntenos la historia de Iván.

El veterinario se rascó pensativo el cogote.

— Vamos a ver — dijo—. ¿Cómo empieza esta historia? Yo no conocí personalmente a Iván. Murió hace ya muchísimos años. Pero me acuerdo vagamente de su hijo. Por lo menos la gente decía que era hijo de Iván.

«Se llamaba Nicolaj y era una especie de tonto del pueblo. Era pequeño y siempre llevaba un sombrero de astracán. Estaba muy orgulloso de su nombre porque era el mismo del zar ruso. Cuando alguna vez sentía deseos de hablar, contaba que corría por sus venas sangre real. Decía que su padre era hijo de un príncipe. Ni él podía demostrarlo ni nadie probar lo contrario, aunque la historia de Iván era de por si bastante rara.

— ¿De dónde vino? —preguntó Navio.

— Es justamente esto lo que nadie sabía. Iván, de cuyo apellido no me acuerdo, debió de llegar a la comarca alrededor del año 1815. Sin duda era ruso. Nadie entendía su idioma; pero, poco a poco, él aprendió tanto danés que podía sostener una conversación. Los viejos contaban que al llegar era un hombre joven, de unos veinte años. No se sabe cómo llegó a Dinamarca; pero él explicaba que siguió a las tropas de Napoleón, mejor dicho a los restos de lo que fueron sus tropas, cuando, después de la derrota en 1812, emprendió la retirada hacia el oeste desde Moscú.

Nadie ha sido capaz de explicar por qué se unió a las tropas del Emperador. Quizá fue un partidario de Napoleón que no se atrevió a volver con los suyos. También pudo haber caído prisionero o quizá sólo fue un aventurero a quien le daba igual dónde y con quién se encontrara, mientras pasara algo emocionante.

Sólo se sabe que un día llegó a la comarca a pie y se puso al servicio de un granjero que le tuvo lástima y le dio trabajo. Decían que era un mozo guapo y muy educado. Parecía encontrarse bien y hacía su trabajo a satisfacción de todos.

Pero seguro que era ruso y muy distinto a los demás. Con frecuencia los jóvenes de la comarca se metían con él; seguramente porque los ojos negros de Iván y su buena educación le dieron gran popularidad entre las chicas y esto no era del agrado de los mozos. Por entonces se decía que, cuando se burlaban de él por su extraño lenguaje y aspecto, se enfurecía tanto que era peligroso. Tenía un temperamento violento y, con los años, sus rarezas aumentaron más y más.

En mi opinión fueron las burlas y la incompreensión la causa de su aislamiento de los demás. Los odiaba y los temía. Los seres humanos no siempre nos tratamos como es debido. Cuando la gente actúa en masa se muestra despiadada. El maltratar a quien es distinto de nosotros no ocurre solamente en el cuento de Hans Christian Andersen «El patito feo». La vida cotidiana está llena de ejemplos de eso. E Iván, como era distinto, fue maltratado de tal manera que se volvió introvertido y evitó la compañía de los demás.

Había una chica en la comarca, llamada Oline, que se enamoró de Iván y, alrededor del año 1830, se casaron. Tengo los datos del libro de la iglesia. Era hija de un labrador pobre; sus padres murieron cuando ella tenía 18 ó 19 años y entonces se casó con

Iván. Ambos se encontraron solos, supongo, y se mudaron a la casa de ella, que estaba aquí, a la orilla del fiordo.

Había un pequeño embarcadero donde el mar era muy hondo. El padre de Oline había cultivado estas tierras y, además, pescaba. A partir de entonces le tocó a Iván hacer el trabajo. Él y Oline vivieron tranquilamente, sin intimar con nadie. En la comarca fueron tenidos por gente rara, aunque eso seguramente no fue justo. Por otra parte, la necesidad de soledad de Iván no era normal.

— Y, entonces, ¿qué pasó? —preguntó Puck emocionada. Por la manera de contar la historia, Puck esperaba ya algo dramático.

— ¡Espérate!... Primero, Oline tuvo un hijo. Corrió la voz de que ni el médico ni la comadrona habían asistido al parto, porque Iván no quería ver gente extraña en su casa. Para Oline debió de ser terrible vivir tan solitaria. Cómo salió bien del parto, es otra cosa que no me explico; pero la vida está llena de milagros.

De todas maneras, debía de ser terrible para ella el que su marido no le permitiera acercarse a otras personas. Podemos fácilmente imaginar su vida como una serie de días grises y tristes. Seguramente intentó protestar, porque corrió la voz de que en la casa ocurrían horribles escenas y que Iván la pegaba. Muchos dijeron después que habían pronosticado que aquello terminaría mal.

Y terminó mal. El motivo no quedó nunca demasiado claro. Algunos hablaban de la visita de un músico ambulante, de que la sonrisa de Oline había sido demasiado cordial y había despertado los celos de Iván. Otros contaron que, una noche oscura, Iván había secuestrado a su mujer y ambos desaparecieron. Mucho tiempo después se dijo que fueron vistos en el norte de Suecia. Pero, en realidad, no hay quien pueda decir con seguridad lo que pasó con Iván y Oline. Lo único que se sabe es que un día la cabaña apareció desierta. Un hombre que fue al embarcadero escuchó los lloros de un niño dentro de la casa. Se trataba del hijo de Iván y Oline; pero de los padres no había ni rastro.

El chico fue adoptado y, después de algunos años, la casa tuvo nuevos inquilinos. El misterio de Iván no fue resuelto jamás. Algunos dijeron que la pareja se había ahogado al lado del puente, que por eso se llama «Puente de Iván»; pero jamás fueron encontrados.

Fue una historia bastante misteriosa. El hijo, Nicolaj, vivió hasta los 88 años; murió en 1920. Aún me acuerdo de él. Era muy raro; pero él sabía tan poco sobre la suerte de sus padres como cualquier otro.

Por la comarca se extendieron rumores y leyendas de muy diferentes clases —continuó el veterinario—. La gente del siglo pasado era bastante supersticiosa y algunos decían que había fantasmas al lado del «Puente de Iván». En la actualidad, las leyendas se han vuelto demasiado fantásticas. Pero ésta es la verdadera historia de Iván. En realidad, yo no debía contaros esta clase de cuentos en un día tan espléndido como hoy, cuando hemos venido en plan de divertirnos.

— ¿Por qué? —preguntó Puck—. Yo la encuentro muy interesante.

—Pero no me explico lo que pudo ser de él — murmuró Navio—. ¿La casa se encuentra allí aún?

— No, pero éste es otro cuento que os explicaré en otra ocasión.

— ¡Cuéntanoslo ahora! — exclamaron las dos chiquillas —. Lo estamos pasando muy bien con tus historias.

— Bueno, bueno, ahí va otro cuento. Pero éste no es tan misterioso. Ocurre en nuestros días y es bastante corto —rió el veterinario—. Primero voy a encender mi pipa. ¿Alguna de vosotras quiere tomar el timón mientras yo busco mi tabaco?



Puck cerró los ojos estirándose. Notaba los rayos del sol sobre su cara. A través de sus párpados sentía la luz del sol como algo dorado y sonriente. Ella también sonreía.

Éstas sí que eran unas vacaciones estupendas: apoyarse en las blandas almohadas y sentir el sol como una caricia, escuchar las

olas batir contra los costados del yate, y el sonido rítmico del motor... Sentir plenamente la fascinación del verano, notar esta libertad bendita que independiza de lugar y tiempo. Así deben de ser las vacaciones, pensó.

Abrió los ojos y sonrió a la señora Móeller, que estaba revolviendo en su bolso en busca de un paquete de cigarrillos. Mientras tanto, el veterinario llenaba su pipa y Navio sujetaba el timón para que el barco no se desviase de su ruta.

— Estoy impaciente por oír la historia, tío Anders — dijo Puck.

— Espero que no vayas a atiborrar a las chicas con demasiados cuentos excitantes —sonrió la señora Moeller.

— Los aguantarán —rió el veterinario—. Están acostumbradas a vivir aventuras emocionantes. ¿Sabéis lo que estoy pensando? Podíamos haber traído a «Plet» en estas vacaciones.

— ¿Echas de menos al perro? —preguntó Puck.

— Sí. No me importa admitirlo. Cuando nos lo dejaste a nuestro cuidado porque no podías llevarlo contigo al colegio, lo recibimos, como ya sabes, con los brazos abiertos. A mí siempre me han gustado los «cocker» españoles, y «Plet» es un estupendo ejemplar de su raza. Pero tuvimos que dejarlo en Sundkoebing. Seguramente no le hubiera gustado hacer de perro de barco. Pero volvamos con el cuento.

El veterinario tomó de nuevo el timón y Navio se sentó al lado de Puck, acomodándose confortablemente.

— Si resulta tan formidablemente palpitante como el otro — dijo —, será muy emocionante.

— No sé si en realidad la historia de Iván fue emocionante. Nunca se supo qué le pasó a él y a Oline. Pero la suerte del protagonista del segundo cuento es de sobra conocida. ¿Te acuerdas, Henny, cuánto hemos hablado sobre esta historia?

Ocurrió en mi pueblo, en la casa que yo, siendo un muchacho, encontraba tan misteriosa porque estaba relacionada con la historia de Iván y su joven esposa.

El protagonista de este cuento tenía un nombre tan corriente como Jensen. Carlos Jensen. Como vivía en la casa donde habían vivido antes Iván y Oline, le llamaron Jensen «El Ruso». Era carnicero, creo; pero tenía un temperamento inquieto y pasó la mayor parte de su vida entrando y saliendo de las distintas cárceles

del país. Jensen «El Ruso» tenía inclinación a apropiarse de los objetos de valor de sus semejantes. No sé con seguridad de dónde vino, pero me parece que fue de Copenhague.

Yo no voy a juzgarle por su inclinación al robo. Puede haber muchos atenuantes para los que yerran el camino, pero la ley es la ley y, por muy buenas razones, está prohibido robar, y si alguien lo intenta, le persigue la policía.

Así pues, cuando Jensen «El Ruso» llegó a la comarca, acababa de salir de prisión y se había prometido a sí mismo y a todos quienes quisieron oírle que había dejado de robar para siempre. Trabajó un poco en las granjas de estos alrededores y con el tiempo logró rehabilitarse moralmente; incluso llegó a tener buena fama. Era un buen trabajador, un hombre listo y persona muy agradable. Los granjeros no se negaban a darle faena ni a ayudarle, y trabajó a satisfacción de todos. Vivía solo, primero en una de las granjas y, más tarde, cuando había logrado reunir algún dinero, en la casa de Iván, que estaba vacía desde que un matrimonio de ancianos que la habitó se fue al asilo.

Por fin Jensen «El Ruso» compró la casa; la cabaña tampoco valía gran cosa. Al poco tiempo adquirió un bote y empezó a pescar en el fiordo. Cuidaba de sus cosas y nadie tuvo ocasión de quejarse. Todos estaban de acuerdo en que Jensen «El Ruso» había encontrado la buena senda y seguramente la seguiría hasta el fin de su vida.

Pero si alguna vez se ha ido por el mal camino es difícil salirse de él. Una noche fue cometido un robo en el mataclero de Richardslund, que está situado en las cercanías del pueblo, al otro lado del bosque.

Tengo que explicaros que Richardslund es una casa señorial, y la mayor parte de las tierras de la comarca pertenecen a la familia. El bosque que veis allá, hacia el oeste, también pertenece a esa hacienda y llega casi hasta la orilla del fiordo donde está el «Puente de Iván». El trozo de tierra alrededor de la casa de Iván está limitado por el bosque, los campos de Richardslund, los marjales y el fiordo.

El matadero es una cooperativa, pero tiene el nombre de la hacienda. En el robo; recuerdo que lo publicó el periódico de entonces, el ladrón se llevó 20.000 coronas, y todo en billetes

pequeños.

Esto no le gustó nada a la policía porque así era más difícil atrapar al criminal. Siempre es más fácil cuando se trata de billetes grandes, como de 500 coronas por ejemplo, porque casi siempre se tienen los números, y es fácil localizarlos cuando el que los robó los pone en circulación.

El ladrón había entrado por una ventana y, con gran maestría, abrió la caja de caudales. Debía de tratarse de un hombre con experiencia porque lo hizo con una simple ganzúa. El dinero había sido sacado del banco el mismo día por la mañana, ya que se necesitaba al día siguiente para pagar las cuentas de los granjeros. Estaba claro que el robo fue cometido por un delincuente experto y la policía sospechó del ex presidiario Jensen «El Ruso».

— ¿Había dejado alguna pista el ladrón? —preguntó Navio, interesada.

— No había huellas; por lo menos, nadie mencionó haberlas visto. Hablé con uno de los policías, compañero mío de colegio, y me contó que al principio todo había resultado bastante desagradable porque carecían de pistas.

Poco a poco, se supieron detalles que hicieron recaer más sospechas sobre Jensen «El Ruso». La policía obró con mucha cautela. Todos los que de alguna manera tenían que ver con el asunto fueron interrogados. Un empleado del banco contó qué, mientras recogían el dinero para llevarlo al matadero, Jensen «El Ruso» se encontraba en las oficinas pagando un plazo de su casa. En vista de ello se investigaron concienzudamente los anteriores robos cometidos por Jensen «El Ruso» y se supo que uno de los que cometió en su juventud fue bastante parecido al robo del matadero. No entiendo mucho de esas cosas; pero dicen que, al igual que se conoce la obra de un artista por su estilo propio, también es posible identificar a un ladrón por su especial estilo de robar. Así ocurrió en este caso; la policía estaba segura de que el robo era obra de Jensen «El Ruso». Cuando creyeron tener suficientes pruebas fueron a arrestarlo.

— ¿Le atraparon? —preguntó Navio ansiosa.

— Espera y escucha. Jensen «El Ruso» estaba preparado para cuando la policía sospechara de él; lo admitió después en el juzgado. Se encontraba delante de su casa cuando llegaron los

hombres de la Brigada Criminal y, antes de que bajaran del coche, había desaparecido dentro y cerrado la puerta con llave tras de sí. Los policías corrieron hacia la cabaña, pero no pudieron entrar. Uno de ellos fue por la puerta de la cocina, pero también estaba cerrada con llave.

Llamaron con los puños, ordenándole salir. «En nombre de la Ley queda usted detenido». Pero como Jensen «El Ruso» conocía de sobra esta frase, no pareció muy impresionado. Al fin decidieron derribar la puerta. Fueron a buscar un tronco y empezaron a golpearla, pero en aquel mismo instante ocurrió algo que cambió totalmente la situación.

Una llama salió del tejado de brezo e inmediatamente el fuego se extendió a todo el tejado. La casa ardía. Jensen «El Ruso» la había incendiado. El brezo seco ardía como si se tratara de fuegos artificiales, las vigas crujían y crujían, y al final se vinieron abajo. Toda la cabaña fue pasto de las llamas.

— ¿Y el hombre? ¿Qué pasó con el hombre? —preguntó Puck.

— En el último momento salió tambaleándose y cayó a los pies de los agentes de la ley, que estaban allí, incapaces de actuar y enfrentarse con el fuego. Estaba medio asfixiado a causa del humo; pero, poco a poco, se recuperó y sin oponer resistencia se dejó llevar en el coche a la cárcel. La cabaña se quemó toda.



—¿Y el dinero? —preguntó Navio con los ojos muy abiertos.

— Cuidado, no te adelantes en mi historia —rió el veterinario—. En el juzgado, Jensen «El Ruso» confesó el robo del matadero de Richardslund. Había estado en el banco aquel mismo día, cuando sacaban el dinero, y entonces sintió deseos de robarlo. Dijo que

había luchado contra la tentación de cometer un nuevo delito, pero que había sido más fuerte que él.

También dijo que había pensado vivir tranquilamente y no gastar demasiado para que nadie sospechara de él.

Eso fue lo que dijo. Conocía el arte de hablar ese Jensen «El Ruso», porque era bastante inteligente; mejor dicho, listo. Se había llevado el dinero a casa, lo había envuelto en papel de periódico y después lo había escondido en el desván.

— ¡En el desván! —jadeó Navio.

— Sí, en el desván. Pero al llegar la policía se había puesto nervioso. Todo su dorado plan se venía abajo. Él mismo confesó en el juicio, con una sonrisa, que si en aquel momento hubiera tenido menos nervios hubiese podido contestar a las preguntas de la policía, y seguramente les hubiera engañado. Pero perdió la serenidad.

Cuando los vio venir entró corriendo en la casa y cerró la puerta con llave. Con eso en realidad había confesado ser el ladrón; por lo menos había demostrado no tener la conciencia tranquila. Encerrado en su cabaña, se le había ocurrido la desesperada idea de prenderle fuego, esperando que así tendría oportunidad de escapar; pero las llamas se extendieron tan rápidamente que poco faltó para que él ardiera también.

Al final, cuando estaba a punto de asfixiarse, tuvo que salir y fue a caer a los pies de los policías. El resto de la historia la conocéis ya. Bueno, queda el asunto del dinero, pero éste desapareció con la cabaña.

Seguramente Jensen «El Ruso» fue quien más lo sintió. El matadero tenía seguro contra robos y, cuando se encontraron restos de billetes de banco entre las cenizas, el seguro fue pagado y asunto concluido! Pero Jensen «El Ruso» se fue a la cárcel y seguramente aún está allí. Dejadme pensar... Le condenaron a cuatro años de prisión, y esto ocurrió... ¿Te acuerdas tú, Henny, cuándo pasó todo esto?

— Sí; me parece que debe de hacer tres o cuatro años —dijo la señora Móeller—. Recuerdo que estuviste bastante interesado porque, en realidad, fue un suceso criminal bastante emocionante, aunque terminó de forma muy rara.

— ¿Estaban seguros de que se quemó el dinero? —preguntó

Puck.

El veterinario asintió con la cabeza inhalando el humo de la pipa.

— En la ceniza había restos de billetes quemados.

— ¿Y la casa? ¿No fue edificada de nuevo?

— La respuesta a esa pregunta la tendrás mirando hacia la costa —rió el veterinario—. Ahora nos estamos acercando al «Puente de Iván». No; nunca fue reedificada. Los de Richardslund compraron las tierras. Pero podéis ver las ruinas de la casa, esparcidas aquí y allá sobre la hierba. Aún se puede reconocer el jardín que la rodeaba. Solamente han pasado cuatro años.

El pequeño yate estaba llegando al embarcadero rodeado de árboles. Aquéllos eran los restos de la pequeña propiedad de Iván y Jensen «El Ruso». Un par de botes estaban amarrados allí, pero aún quedaba espacio para el «Arrow», que pronto quedó amarrado también. Las muchachas saltaron a tierra y miraron a su alrededor. Era extraño que hubieran ocurrido sucesos tan dramáticos en un sitio tan idílico. El lugar no podía ser más hermoso. El bosque hacía de valla protectora y el fiordo se abría ante él. La hierba era de un verde tierno y en los campos pastaban las terneras y las vacas. Todo era muy pintoresco.

—¡Qué estupendo es todo esto! —exclamó Puck.

—¿Dónde estaba la casa de Iván? —preguntó Navio. Al parecer era lo que más le interesaba a la muchacha.

—Allí, junto a la linde del bosque. Podéis ir a verla mientras nosotros empezamos a desempaquetar: pero volved pronto a ayudarnos. He pensado levantar la tienda entre los frutales, donde antes estaba el jardín. Allí la hierba estará seca y buena, y, además, tendremos el viejo pozo; así no nos faltará el agua. Quizá haya incluso un poco de fruta en los arbustos. ¿Quién sabe? ¡Id, id a verlo!

Las niñas no se lo hicieron repetir. Mientras el veterinario y su mujer sacaban la tienda y las maletas del camarote, Puck y Navio corrieron por el sendero en dirección al bosque y, poco después, llegaban al terreno que había sido un jardín, donde viejos manzanos salían, de entre la hierba alta y algunos arbustos frutales se ahogaban entre malas hierbas y ortigas.

—Mira. Aquí estaba la casa. Se pueden ver los cimientos entre la

hierba.

—Sí, esto era una esquina, y eso otra. Allí está el pozo. Es raro ver un pozo así.

—Habrá sido formidablemente confortable vivir aquí. ¿No crees? Imagínate edificar una casa aquí para pasar el verano,

—Una tienda es igual de práctica. Tenemos todo lo que necesitamos. Agua y jardín, y... ¡Mira! ¡Hay grosellas en los árboles. Son verdes aun.

—Vamos a ver cómo es el bosque —propuso Puck.

Las dos niñas corrieron hacia la linde y, poco después desaparecieron charlando y riendo entre los troncos.

Ninguna de ellas se había fijado en el hombre que, escondido detrás de los árboles, espiaba la llegada del pequeño barco y el paseo de las niñas por el viejo jardín. Cuando éstas



Corrían hacia el bosque, la silueta desapareció detrás de unos arbustos.

Puck se paró a escuchar:

— ¿Qué fue eso? ¿Me pareció haber oído crujir una rama?

— Yo no he oído nada — dijo Navio.

— Bueno, quizá fue el viento en las copas de los árboles —dijo Puck—. ¿Sabes que este bosque es muy romántico? Vamos a convencer a tío Anders para quedarnos un par de días.

— Muy bien; pero, en este caso, más nos vale demostrar nuestra voluntad de ayudar. Vamos a echarles una mano sacando cosas. Además, hay que levantar la tienda y cocinar. Vámonos, deprisa.

Y las dos muchachas corrieron a través del abandonado jardín, en dirección al embarcadero. De nuevo se hizo el silencio en la

linde del bosque. Solamente el ligero movimiento de las ramas de un arbusto descubría que unos ojos observaban a escondidas el pequeño grupo en el desembarcadero.

\* \* \*

— Bueno — dijo el veterinario Moeller tras dejar su carga sobre la hierba—. Se acabó el transporte. Ahora nos toca levantar nuestro alojamiento.

Dio un paso atrás para estudiar la tienda, los palos y las clavijas extendidas en el suelo. Su expresión era al mismo tiempo interrogante y contrariada.

— Las cosas son en realidad bastante sencillas —dijo—. Si se tiene dinero no es difícil comprar una tienda de campaña; pero montarla ya es otra cosa. Desde chico me han gustado con locura estas cosas. Cada vez que voy de viaje y veo esas multicolores y elegantes tiendas, tengo unas ganas enormes de ir a vivir en ellas. Quizá en otra vida anterior fui nómada... Pero cuando llega el momento de levantar una tienda, la afición me falla.

No se si habéis visto cómo se levanta la gran carpa de los circos; pero es una maravilla. Llegan por la mañana temprano con todas sus cosas y colocan la lona alrededor de los mástiles. Y en una hora o dos ¡zas! la tienda se levanta como un hongo y en menos de nada están listos para la función. Las luces brillan, los caballos relinchan, la gente acude en masa y la gran cúpula del circo está allí tan bien plantada como si se encontrara en aquel lugar desde siglos. Cuando las veo así me siento pequeño y me quedo contemplándolo todo con ojos llenos de envidia.

— Escucha, tío Anders —rió Puck—. Esta tienda es solamente para dos personas. No debe ser tan difícil montarla.

— Sí, sí... Eso lo dices ahora; pero quedas advertida; ya verás como dentro de media hora aún no nos hemos puesto de acuerdo los cuatro sobre dónde colocar las clavijas, y cuándo tirar de los vientos. Entonces me darás la razón. Pero empecemos.

Riendo y charlando emprendieron la tarea de levantar la tienda que, aunque no fue tan difícil como había predicho el veterinario, tampoco fue tan fácil como había pensado Puck al principio. La tienda tenía una forma para ellos desconocida, pues los modelos cambiaban con frecuencia; pero era una tienda muy elegante y las chicas en seguida pidieron permiso para dormir en ella.

— Había pensado dejaros dormir en el barco —gruñó el veterinario—, pero si insistís, naturalmente...

— Si a ti te da igual, Anders, yo prefiero dormir en el yate —dijo la señora Moeller—. Y si a las chicas les hace ilusión dormir aquí ¿por qué no tomar para nosotros las cómodas literas del camarote?

— Un yate no es lo mismo que una tienda — opinó el veterinario—. Acabo de explicar mis irresistibles deseos de dormir bajo una lona y ahora es la ocasión ya que en casa no me has dejado nunca plantar una tienda en el jardín.

—También resultaría bonito verte dormir en el trozo de jardín que tenemos delante de casa —rió Henny Moeller ¿Qué crees que pensarían los vecinos?

Puck y Navio no paraban de reír pensando en el tío Anders estirado en una pequeña tienda delante de su preciosa casa de Sundkoebing. Le creían capaz de hacerlo.

En aquel momento saltó una de las clavijas, y la lona rayó suavemente encima de la señora Moeller, que estaba sentada en el interior arreglando los sacos de dormir y las modernas camas plegables.

—¡Cuidado! ¿Es esto un atentado? —exclamó

—Ha sido sin querer, mamá. Podía haber sido un atentado, pero no lo fue —rió Anders Moeller—. Espera que sujete el viento de nuevo y asegure la clavija. Creo que estaba un poco torcido. Hay que tener cuidado. En realidad, es una pequeña obra de arte levantar una tienda. Eso me recuerda un chiste de Storm Petersen. Era un dibujo con dos hombres:

—Dicen que son artistas porque fabrican paraguas.

—Inténtalo tú —fue la contestación del otro.

«Muchas veces pienso en aquel dibujo, porque tiene much raazón. Se miran con desdén muchas clases de trabajo hasta que le toca a uno mismo hacerlos. Bueno; ya está fija la clavija; puedes respirar de nuevo, mamá. La tienda está montada.

Puck y Navio no tardaron en tomar posesión de su refugio Arreglaron sus cosas cuidadosamente y se echaron cada una sobre su cama, contemplando la tela de la tienda, sintiéndose tremendamente felices.

—Qué contenta estoy de que me hayáis invitado a estas vacaciones —dijo Navio—. Tus tíos han sido estupendos dejándome

venir.

—Y mi invitación ¿qué? —rió Puck.

—Claro que sí; te estoy muy agradecida —dijo Navio sentandose en la cama—. Y lo estoy también por el buen compañerismo del «Trébol de Cuatro Hojas». No creo que haya muchas chicas tan buenas amigas como nosotras. Hemos tenido nuestros problemas y, de vez en cuando, alguna pelea; pero sabemos que si pasa algo importante estamos unidas las cuatro.

Puck no contestó y movió la cabeza pensativa. Navio tenía razón. Seguramente no era frecuente una amistad como la que sentían las chicas del «Trébol de Cuatro Hojas».

En aquel momento apareció la cabeza de la señora Moeller en la abertura de la tienda:

— ¿Qué es eso? Basta de holgazanería — dijo —. Hay que pensar en la cena y tenemos que mandar una expedición en busca de provisiones.

Las dos chiquillas saltaron de la cama.

— Vamos nosotras —dijo Puck.

— Eso mismo había pensado yo —sonrió la señora Moeller —. Hay que ir por leche. Seguramente habrá alguna granja cerca donde nos venderán un par de litros. Si no es demasiada molestia, id a buscar la lechera al barco, a ver si encontráis dónde comprar la leche. ¿Queréis que uno de nosotros os acompañe?

— No, no. Ya iremos solas. Es muy emocionante ir por sitios desconocidos.

— ¿Cree usted —preguntó Navio con una sonrisa picara — que será necesario llevarnos algunos abalorios y espejitos para hacer cambios con los indígenas? He oído que, cuando se llega a lugares salvajes donde no se sabe el idioma ni si la gente es antropófaga, hay que llevar bisutería y chucherías para calmarlos.

— Sí —dijo la señora Móeller siguiendo la broma—. Seguramente será lo mejor. Si de esta manera puedes ganarte la amistad del gran jefe de la tribu de esta comarca, quizá incluso nos preste un par de guías que nos enseñen el camino por esta selva. ¡En marcha!

Y poco después las muchachas se pusieron en camino para tratar con los «indígenas».

Las muchachas fueron recibidas con gran amabilidad en una

granja que estaba a unos veinte minutos del embarcadero, donde pudieron llenar su lechera. También fueron invitadas a visitar los establos. Había terneros y cerditos, gallinas enanas y, para alegría de Puck, un potro.

Por esta razón se entretuvieron bastante y tardaron en emprender el regreso al yate. La mujer del granjero las invitó a volver si querían comprar fresones o huevos de la granja. Podían ir siempre que necesitaran algo. Era una mujer pequeña y regordeta, a quien las dos educadas muchachas enseguida le habían caído simpáticas. Cuando a su regreso habían llegado al bosque, dijo Puck riendo:

— Los indígenas han resultado bastante más simpáticos de lo que yo esperaba. No hemos necesitado ofrecerles abalorios.

— Me gustaría que tu tía nos mandase a por huevos y fresones — dijo Navio —. No sólo porque ambas cosas me gustan, sino para volver a visitar la granja. ¡Qué mona era la ternera!

— Sí, ¿y qué me dices del potro? ¡Hay que vivir en el campo!

Iban tan distraídas con su charla que no se dieron cuenta de la presencia del hombre hasta tenerle delante, y casi se asustaron.

Era un hombre pequeño y fuerte. Tendría alrededor de unos cincuenta años. La piel de su cara estaba curtida y llena de arrugas. Su pelo era blanco como la nieve bajo un gastado gorro. Vestía ropa de trabajo corriente, pero en vez de zuecos llevaba unas bambas color azul, tan gastadas que los dedos de los pies asomaban por las punteras. Las niñas se tropezaron con él cuando estaban a punto de adentrarse en el bosque. Estaba al borde de la carretera, sacándose la gravilla que se había metido en su calzado.

— ¡Hola! —dijo sonriéndoles amistosamente mientras se inclinaba para atarse los cordones—. ¿Sois vosotras las que habéis llegado con la motora?

Ninguna de las muchachas parecía tener ganas de pararse. Muchas veces les habían dicho que no se debe trabar conversación con gente desconocida.

Pero el hombre parecía no darse cuenta de ello y continuó:

— Veo que habéis ido a Langgaard a por leche. La granja es propiedad de mi hermano.

— ¿Su hermano? —preguntó Navio, interesada—. Es una granja formidable.

Las chicas estaban en un lado de la carretera mientras el hombre permanecía al otro lado. El desconocido se rió un poco.

—Sí, la granja es estupenda. Toda la comarca lo es. ¿También la tienda de campaña es vuestra?

—Sí, es nuestra.

—¿Vais a quedarnos por mucho tiempo?

—No lo hemos pensado aún, pero... Nos ha gustado mucho el lugar. Es raro ver un paisaje tan hermoso.

La sonrisa del hombre desapareció para dar paso a una expresión de preocupación.



—Sí, es verdad que el lugar es maravilloso — dijo —; pero es una pena que hayan sucedido cosas tan terribles aquí.

—¿Terribles?

—Sí, horribles, ¿Nadie os ha contado la triste historia de Iván?

Puck sonrió y movió la cabeza afirmativamente.

—Sí; conocemos de sobra la vieja leyenda. Pero eso pasó hace ya muchísimos años.

—Tienes razón al decir que fue hace muchos años —comentó el hombre pensativo, como vacilando un poco—; sin embargo, los hechos no se olvidan tan fácilmente. Si pasa algo horrendo en un lugar, es como si el maleficio se queda flotando en el aire, envolviéndolo todo. No se puede disipar. El «Puente, de Iván» es un lugar hermoso e idílico; pero lo que pasó allí sigue allí,

—Pero si ni siquiera se sabe lo que de verdad le pasó. —dijo Navio—. Desapareció junto con su mujer. Quizá tomaron un bote y remaron hasta la otra orilla y se fueron. Nos han explicado algo sobre que habían sido vistos en Suecia. Conocernos toda la historia.

El hombre movió la cabeza.

— Sí, eso dijeron, eso dijeron... Hay mucha gente que quiere evitarse disgustos. Pero no es tan fácil. Yo he visto con mis propios ojos...

Hizo una pequeña pausa. Las chiquillas sentían una tensión casi

insufrible.

— ¿Qué es lo que ha visto usted? —preguntó Navio con ansiedad.

— Lo he visto... a él —dijo el desconocido—. Yo tampoco creía en la leyenda. Me dije a mí mismo que a esos cuentos de viejas no hay que darles importancia. Pero Iván sigue haciendo guardia en su puente, eso os lo aseguro yo. Las viejas tenían razón.

El hombre empezó a cruzar la carretera en dirección a las niñas. Estaba en la sombra de los primeros árboles del bosque. Su cara tenía una expresión muy seria.

— Hace muchos años, la gente se quejaba tanto del fantasma que el cura de la ciudad decidió intervenir. Se dice que los clérigos pueden acabar con los fantasmas; así que vino el cura. Era tan sabio y bueno que, según decían, tenía poderes sobre los malos espíritus. Dijeron también que conjuró a Iván colocando una piedra grande sobre el lugar, y todos quedaron contentos y tranquilos. De esto hace ya muchos años.

Sin embargo, la gente vieja de la comarca dice que algunos días después la piedra se había movido. Así que ni el cura tuvo poderes suficientes con el fantasma de Iván. Al menos, eso dice la leyenda. Vosotras mismas podéis ver la piedra. Está a unos pocos pasos del embarcadero, al lado del sendero que lleva al viejo jardín.

— Pero ¡usted no puede creer en fantasmas! —exclamó Puck con voz ya no tan segura.

El hombre movió la cabeza. Estaba muy serio.

— Creer y no creer —dijo—. ¿Quién cree en fantasmas? Pero, si uno los ha visto con sus propios ojos...

— Pero ¿qué fue lo que usted vio? —preguntó Navio. Su voz era firme. La curiosidad podía más que el miedo.

— Lo vi tan claro como os estoy viendo a vosotras en este instante. Estaba paseando por el puente, mirando el agua. Dijeron que primero mató a su mujer y después se suicidó. Por eso su alma no encuentra la paz. Le vi pasear por el puente y desaparecer.

— ¡Qué formidablemente palpitante! —dijo Navio entusiasmada—. ¿Qué aspecto tenía?

La pregunta pareció confundir al hombre. Seguramente estaba acostumbrado a que su historia causara terror y miedo. Pero Navio era diferente. Ella quería saber detalles.

—Su aspecto? Una silueta gris, casi transparente. No se podía ver bien su cara. No me fue posible ver más.

—¿Y cómo está usted tan seguro de que era Iván? —conminó Navio.

Entonces hasta Puck sonrió. Se encontraban entre una positiva curiosidad moderna y la vieja superstición. Era un encuentro bastante singular. A ella, la historia del desconocido la había afectado algo más que a Navio. Naturalmente, Puck no creía en fantasmas y esas cosas; pero era bastante raro que un hombre adulto, que parecía inteligente y razonable hubiera dicho con tanta seriedad que había visto un fantasma en el «Puente de Iván».

—¿Qué pasó cuando hubo llegado hasta el fin del puente?— Preguntó Navio—. ¿Dio la vuelta?

—Preguntas mucho, amiguita — dijo el desconocido y su voz sonaba irritada—. Te dije que se fue por el puente y estaba mirando fijamente al agua. Esas cosas no son muy agradables y uno no va detrás de un fantasma para ver que hace. No me importa admitir que miré por un momento en otra dirección. La aparición me había causado mucho efecto. Cuando miré de nuevo al puente, había desaparecido.

—¿Cree que se había marchado a pie al otro lado? —dijo Navio curiosa.

El hombre movió la cabeza.

—No lo comprendes — dijo —. Hablas sin ton ni son. Si tu hubieras visto lo que yo, hablarías de otra forma.

Dio media vuelta y se fue camino adelante sin despedirse. Puck tomó la lechera y emprendieron de nuevo el regreso hacia el yate.

Marcharon un buen rato en silencio. Había sido una experiencia singular: Estar allí en una carretera a pleno sol, hablando con un desconocido que, con mucha seriedad, afirmaba haber visto fantasmas, era una buena aventura de vacaciones, apta para anotarlo en el diario.

—¡Qué tipo más raro! Nos contó un relato bastante bueno. ¿No te parece? ¿Tú le crees?

Navio movió la cabeza sonriendo:

— Claro que no, hijita. Pero en una cosa tienes razón: el relato fue excelente. ¿Sabes que uno de nuestros sabios, creo que fue Niels Bohr, dijo que lo más horripilante de los fantasmas es que uno sabe

que no existen?

Las chiquillas reían a carcajadas mientras recorrían el último trozo que les quedaba para cruzar el bosque.



Las dos amigas estaban tan entusiasmadas con la idea de cocinar en el barco y ayudar a la señora Moeller, que olvidaron por completo contar su encuentro con el desconocido.

El sol de la tarde aún brillaba con fuerza y el agua alrededor del «Puente de Iván» invitaba a una rápida zambullida. En cuanto las niñas hubieron cumplido con sus deberes ayudando a la señora Móeller, se pusieron rápidamente los bañadores y se lanzaron de cabeza al fiordo.

Poco después, el veterinario hizo lo mismo y, al poco rato, estaban los tres enzarzados en una furiosa carrera, nadando hacia una baliza. Desde allí fueron hasta unos palos de redes fijas y volvieron al pequeño yate.

Alegres y frescos subieron al puente y fueron a vestirse de nuevo. Un delicioso aroma de bistecs con cebollas fritas salía del «Arrow» despertando un hambre feroz en las dos muchachas.

— Resulta extraña la paz y tranquilidad que reinan aquí —dijo Navio mientras estaban comiendo—. Lo normal sería que mucha gente se sintiera atraída por un lugar tan hermoso...

— Por fortuna, aún quedan muchos lugares como éste en Dinamarca, donde se tiene la oportunidad de encontrar paz y tranquilidad —dijo el veterinario Móeller—. Pero en la actualidad ya hay muchos sitios llenos de gente. Lo raro es que muchos lugares un poco más alejados no estén aún llenos de turistas.

«Si observas Copenhague en un día festivo, Klampenborg parece

un papel atrapa-moscas. El sendero que lleva desde «La puerta Roja» hasta la casa de Peter Liep, se parece a la avenida de Oesterbrogade en horas de salida de las oficinas. Pero, si te adentras un poquito en el bosque, todo está tranquilo y en paz. Lo mismo se puede ver en cualquier carretera. Fíjate en la gente que se queda a comer sus bocadillos en las cunetas, al lado de la carretera, en vez de adentrarse un poco en el bosque para estar tranquilos de verdad, donde no llega el polvo de los coches que pasan a toda velocidad.

Debe de ser porque necesitan ver gente siempre o quizá les causa cierto temor lo que nosotros llamamos la libre naturaleza de Dios. "Por ejemplo, esta pequeña ensenada: aquí hay barcas que seguramente pertenecen a gente de la comarca. Quizá algún barco de vela llegue hasta aquí; pero me inclino a creer que la mayoría evitarán atracar en un sitio tan tranquilo donde no hay ni casetas de refrescos ni cines.

— A mí me parece maravilloso — dijo Puck, mirando a su alrededor con una amplia sonrisa satisfecha—. ¿No crees tío Anders, que podríamos quedarnos aquí un par de días, en vez de marcharnos mañana mismo?

El veterinario movió la cabeza.

— No, eso no — dijo —. Tenemos ya hecho el plan de viaje. Lo hemos organizado los cuatro y debemos seguirlo. Sí queremos ver todo lo que planeamos entonces, tendremos que salir mañana; aunque admito que este lugar es tan idílico y hermoso que me sobran ganas de quedarme.

— Pero ¿no va usted a visitar la granja de sus antepasados? — preguntó Navio.

El veterinario se encogió de hombros.

— Quizá —dijo vacilante—. Eso había pensado. En realidad, me gustaría visitar varios lugares de la comarca. Hace mucho que no he estado aquí. Pero, respecto a la granja de mi familia, creo que ya lo dije en otra ocasión: las cosas cambian y, muchas veces, desilusiona volver a verlas.

Lo más raro es que las cosas que de chico creías grandes y enormes parece que se encogen con los años. Cuando, después de muchos años de ausencia, volví a mi viejo colegio que siempre me había parecido tan grande, con unos ventanales enormes que daban al patio y una gran pizarra anchísima que llenaba una pared entera,

me quedé pasmado al ver que el aula era pequeñísima, con el techo muy bajo. Las ventanas eran normales y la pizarra una especie de tabla negra que no tenía comparación con las que hoy se pueden ver en una escuela moderna.

Estaba pensando cómo reaccionarán los niños de hoy cuando algún día vuelvan a los palacios que son sus modernos colegios. ¿También les parecerá que las enormes aulas son unas habitaciones modestas? ¿Se desilusionarán al ver que su fabuloso teatro de colegio no es, a pesar de todo, ni la mitad de grande que el Teatro Real de Copenhague? No lo sé; pero creo que es peligroso volver. A pesar de ello, quizá mañana nos quede tiempo de hacer una pequeña escapada tierra adentro, antes de levar el ancla. ¿Qué te parece la idea, mamá?

— Me parece muy bien — sonrió la señora Móeller —, Seguramente a Puck también le haría ilusión ver nuestro pueblo.

— ¿También tú eres de aquí, tía Henny?

— Más o menos. Mi hogar estaba un poco más hacia el oeste.

— ¿Dónde os conocisteis? — insistió Puck.

La señora Móeller miró a su marido y sonrió:

— Es una historia bastante larga. ¿Verdad, Anders?

— Larga y maravillosa.

— ¿Por qué no nos la cuenta usted? — propuso Navio—. Nada hay que me guste tanto como esas historias.

La señora Móeller se levantó.

— Vamos a recoger los platos primero. ¿Me ayudáis?

Naturalmente que querían ayudarla. Y no tardaron mucho en tenerlo todo recogido y fregado. Al terminar, el agua que habían puesto a calentar estaba lista para el café. La señora Moeller lo preparó para ella y su esposo. Entonces se sentaron todos en los confortables cojines de cubierta, disfrutando de la espléndida temperatura.

— La historia sobre nuestro encuentro, el de Anders y el mío, tiene cierto dramatismo —empezó la señora Móeller—. La hacienda de mis padres se llamaba Hoegsholt y era una granja maravillosa. Ahora la ha comprado el Estado y la utilizan como granja experimental. Mi padre era un granjero muy competente y muy interesado en la cría de caballos. Te hubiera gustado mucho ir allí, Puck, y ver aquellos maravillosos animales.

Papá era un enemigo fanático de los automóviles. Tenía unos hermosos coches de caballos y unos formidables troncos de tiro. Solía decir que la avena danesa era más barata que la gasolina americana. Pero no era únicamente por motivos económicos por lo que prefería los caballos; simplemente no les veía la gracia a los automóviles. Para él, los caballos eran toda su vida.

Nosotros, los niños, fuimos educados en estas ideas. Nos enseñó a llevar un carruaje y a montar a caballo. Teníamos un ligero coche de caza que, sobre todo a mí, me gustaba usar para pasear por la comarca, y teníamos un tiro de caballos rápidos y briosos que enganchábamos a aquel carruaje. Y tengo que dar la razón a mi padre: el hermoso espectáculo de los dos preciosos animales enganchados al ligero coche superaba en elegancia y belleza al automóvil más moderno.

—Bueno —continuó la señora—, mi historia empieza durante las vacaciones de verano. Mi padre me había mandado a la ciudad, a hacer algunos recados para él. Enganché los caballos a mi coche preferido y estaba a punto de partir cuando mi prima, que junto con su hermano pasaban sus vacaciones con nosotros, vino corriendo y me preguntó si podía acompañarme. Naturalmente, le dije que sí. Es mucho más divertido ir en compañía. Ella en seguida se fue en busca de un jersey.

Hizo una pequeña pausa y continuó:

— Su hermano y primo mío se llamaba Erik. Era un chico horriblemente mimado. Durante todas las vacaciones habíamos tenido disgustos con él, porque era tan testarudo, salvaje e irresponsable que continuamente estaba cometiendo alguna travesura que perjudicaba tanto a él como a los demás. Era un chico de ciudad.

Mi tío era director de un Banco en Copenhague y Erik no sabía nada sobre el campo ni de la vida en una granja. Le interesaban todos los animales, pero no los trataba bien. No creo que fuera por malicia, ya que en el fondo era un chico bueno, sino por falta de discernimiento.

Por ejemplo, me acuerdo que aquel año una pareja de golondrinas habían anidado en nuestro vestíbulo. Lograron entrar por una ventana abierta y empezaron a hacer su nido en el techo. A mamá no le gustó mucho, porque hay que admitir que es muy sucio

tener un nido dentro de la casa; pero no tuvimos corazón para evitar que las aplicadas avecillas anidaran allá arriba. Así que colocamos un gran papel en el suelo, debajo del nido, para recoger todo lo que de éste cayera, y dejamos trabajar a las golondrinas.

Nos gustaba mucho contemplar cómo construían su nidal y cómo entraban y salían por la ventana como rayos, gorjeando de contentas por haber encontrado semejante residencia veraniega. Os cuento esto porque Erik, naturalmente, tomó parte en el caso con nuevas travesuras. Sintió curiosidad por ver a la hembra incubar los huevos y, como no era lo suficientemente alto para verlo, un día agarró una escoba y estaba a punto de derribar el nido cuando yo entré, justo a tiempo de evitarlo. Era un muchacho horriblemente irresponsable.

Hubiera sido un chico estupendo de no haber estado tal mal educado y mimado, y si hubiera sabido respetar un poco más los animales...

— Y a la gente — gruñó el veterinario.

— Sí, y a la gente. Pero, al fin y al cabo, fue Erik la causa indirecta de mi felicidad —dijo la señora Moeller—. Porque cuando yo estaba en el coche, esperando a mi prima, Erik dobló la esquina. Había estado haciéndose flechas en el jardín. Aquellos días jugaba a indios con gran entusiasmo. Alguien le había ayudado a fabricar un arco para que pudiera emprender su «sendero de guerra» y se entrenaba en el jardín y en el patio.

La señora Moeller se interrumpió un instante como para recordar.

— Estaba tranquilamente en el coche esperando a mi prima, como digo, y no me di cuenta de que Erik había llegado al patio. Yo estaba contemplando un par de gatitos que iban hacia el edificio principal. Eran tan lindos que atraían toda mi atención, en unos momentos en que debía haber estado vigilando los caballos. Erik también había visto los gatitos, e irresponsable como era, montó una flecha en el arco y apuntó en su dirección pero no era muy diestro en el manejo de arco y flechas; el proyectil partió en dirección distinta y fue a darle a uno de los caballos.

Ya os conté antes que los caballos eran rápidos y muy briosos; sobre todo uno tenía un temperamento bastante nervioso, aunque no tanto como para no habernos atrevido a engancharlos al carruaje

pero como fue alcanzado por la flecha, se asustó. Naturalmente su espantada contagió al otro caballo y, con un estrépito de mil demonios, el coche salió del patio como un cohete.

Con aquella brunca arrancada yo estuve a punto de salir despedida del asiento; pero logré agarrar con firmeza las riendas, en un vano intento de parar los animales. No tenía fuerzas suficientes y dudo mucho que alguien las hubiera tenido para detener los asustados caballos. Cuando se desbocan es muy difícil dominarlos.

No creo haber pasado tanto miedo en mi vida. Me sentí totalmente desamparada y desvalida en medio del estruendoso resonar de cascos sobre el puente y sobre el camino empedrado, cuando los caballos salieron disparados, con el coche tambaleándose tras ellos. Agarré las riendas con todas mis fuerzas, hasta que mis manos y brazos me dolieron. Los caballos parecían savajes. Sentían como si volaran con el coche detrás. Eran animales jóvenes y fuertes, bien alimentados y no fatigados por el trabajo, así que sus fuerzas eran enormes.

Había una alameda entre la granja y la carretera comarcal y la siguieron a toda velocidad. De vez en cuando se arrimaban tanto a los árboles que creía que el ligero coche iba a estrellarse contra ellos, pero por milagro no pasó nada.

Empecé a temer en lo que ocurriría al llegar a la carretera, que era muy transitada. Muchos camiones la recorrían y no precisamente a marcha lenta. Si a los caballos se les ocurría seguir la alameda, debían girar casi en ángulo recto, y a la vertiginosa velocidad que íbamos estaba segura que el coche volcaría y yo sería aplastada debajo de él. No puedo ni explicaros el miedo que sentía. No fui capaz de gritar siquiera. Me era completamente imposible pronunciar palabra. Pero entonces vi una figura al lado de la carretera. Era un hombre...

— ¡Ése era yo! —dijo el veterinario con buen humor.

— Deja de interrumpirme, Anders, cuando estoy en la cumbre dramática de mi relato — dijo la señora Móeller sonriendo —. Sí; se trataba de él, pero yo no le conocía. No nos habíamos hablado nunca. Solamente era un joven que estudiaba para veterinario en la escuela de Agronomía. El estudiantino estaba dando un paseo y vio los animales desbocados arrastrando un ligero coche tambaleante y a una joven asustadísima que con todas sus fuerzas tiraba de las

riendas.

«Pero he de admitir que no vaciló ni un instante. Empezó a correr en la misma dirección que los caballos y, en el momento en que pasaron por su lado, saltó y agarró a uno de ellos por el cabezal. El caballo le arrastró consigo, pero aquella rápida sujeción y el peso del muchacho sobre el cuello del animal hizo que, poco a poco, disminuyeran la velocidad.

Casi estábamos en la carretera comarcal cuando logró pararlos totalmente; estaban completamente empapados en sudor y echando espuma por la boca. Pero mi salvador los tranquilizó y les hizo dar la vuelta para llevarlos lentamente de regreso por la alameda. Él sabía que no se puede parar bruscamente a un caballo y mantenerlo quieto tras una carrera desenfrenada; su corazón sufriría. Debéis saber que entonces ya casi era veterinario, y creo que en aquel momento él estaba más interesado en la salud de los caballos que en el susto de la desgraciada auriga.

Yo me sentía muy mal. No me atrevía a moverme. Estaba con una crisis de nervios, asustada y a punto de desmayarme. Pero como me daba vergüenza desmayarme, me esforcé en quedarme sentada. Estaba muy impresionada por el valor de aquel joven que logró salvarme en el último instante y, al fin, creo que logré pronunciar la palabra «gracias» y bajé del coche.

Regresamos juntos por la alameda con los caballos resoplando aún, llevando uno cada uno por las riendas.

Desde la granja llegó mi padre corriendo. Se había asustado por el estrepitoso ruido de los animales al salir disparados del patio, y detrás de papá vinieron los demás. Daban la sensación de que esperaban encontrarme destrozada en algún lugar de la carretera y, naturalmente, la alegría fue grande cuando vieron que todo había tenido un final tan feliz.

— Y entonces, ¿qué pasó? —preguntó Puck.

— Bueno, los animales llevaron la peor parte — rió el veterinario—. El caballo que una vez se ha desbocado, está marcado para toda su vida. Pero tuvimos suerte de que no ocurriera una desgracia. Henny tiene razón; no logré pararlos al instante. No es posible hacerlo. Solamente hay que agarrarse y esperar que la suerte nos acompañe.

— Y ¿qué pasó con Erik? —preguntó Navio—. En mi opinión, se

mereció unos buenos azotes.

— No ocurrió nada de eso — dijo la señora Moeller —. ¡Estábamos tan contentos de que todo hubiera terminado bien!... Además, Erik se espantó tanto que el susto fue más efectivo que unos azotes. Al menos, no dio más guerra durante el resto de sus vacaciones. A partir de entonces se pudo hablar con él, y escuchaba atentamente nuestras explicaciones acerca de cómo tratar a los animales. No le vi entrenarse más con el arco y las flechas desde aquel día.

Si le vierais ahora, no creeríais que él haya podido ser el muchacho salvaje e irresponsable que casi me causó la muerte — dijo la señora Moeller con una ancha sonrisa —. Este año ha terminado la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad. Después de las vacaciones, seguramente empezará a dar clases en algún colegio, y resultará uno de esos tranquilos y distraídos profesores.

—¿Cuánto tiempo tardasteis en prometeros? —preguntó Puck con cara de picara.

Anders Móeller se rió antes de contestar.

—Como yo era estudiante de veterinario, tuve que volver de vez en cuando a la granja para examinar los animales. ¿Comprendes?

—¿Seguro que se limitaba a examinar los caballos? —preguntó Navio burlona.

—Naturalmente —rió el veterinario—. Pero, como comprenderás, Henny no me dejaba en paz. La jovencita me seguía a todas partes y, para terminar con todo eso, la pedí en matrimonio. Así ocurrió.

La señora Móeller levantó amenazadora la mano.

—¡Embustero! ¿Qué tonterías estás diciendo? Lo que pasó en realidad fue que no estabas tan interesado como decías por los caballos; únicamente los usabas como excusa para venir a todas horas a la granja. Claro que me alegraban tus visitas. Mis padres también admiraban mucho a aquel superhombre que sabía detener caballos desbocados, y seguramente debieron de pensar que, como a mí me gustaban mucho los animales, lo mejor era casarme con un veterinario.

Pero, pasara lo que pasara, no tengo quejas de que fueras precisamente tú quien detuviera los caballos aquel día. Bueno; creo

que hemos hablado bastante sobre nosotros. ¿Vamos a dar un paseo antes de acostarnos? Hace muy buena noche, pero no vamos a retirarnos muy tarde. Mañana será otro día.

\* \* \*

El crepúsculo azulado del verano envolvía el hermoso paisaje y el brillante fiordo. Sobre el agua aún se oía el ruido de las aves acuáticas. Una garza se lanzó al agua armando mucho revuelo, y los pájaros más pequeños batieron la superficie con las alas, buscando refugio sobre las piedras de la orilla. Un poco más lejos, un grupo de cisnes, que durante el día semejaban una isla blanca en el horizonte, contrastando con el agua azul, levantaban el vuelo en dirección al sur, batiendo el aire con sus grandes alas. Las estrellas brillaban en el firmamento aún claro, y la ligera brisa murmuraba en las copas de los árboles.

Poco después, Puck y Navio estaban cada uno dentro de su saco de dormir, en la tienda de campaña. Tenían sueño después del viaje. Las muchas horas al sol les habían cansado. Estaban disfrutando del fresco aroma de la tela nueva de la tienda, y se sentían inmensamente felices y satisfechas.

— El relato de tu tía fue muy romántico — murmuró Navio —. Casi serviría de argumento para una película.

— Pero lo mejor de todo es que es auténtico — dijo Puck —. Es difícil encontrar dos personas que se quieran más que tío Anders y tía Henny. Pero no tenía ni idea de que se hubieran conocido bajo circunstancias tan dramáticas. Su vida hoy no es nada emocionante. Viven tranquilos y felices en su maravillosa casa de Sundkoebing, una vida monótona y siempre igual. Pero así les gusta a ellos. Lástima que no tengan hijos; pero quizá por eso nos tratan a nosotras con tanto cariño. Creo que echan de menos algo de bullicio en su casa.

Se hizo un breve silencio. Las muchachas se habían dado las buenas noches hacía ya un rato, pero siguieron charlando. Estaban tan confortablemente instaladas en la tienda de campaña que les sabía mal dormirse.

— ¿Sabes qué? —dijo Puck al cabo de un rato—. No hemos hablado de ese hombre misterioso que vimos en el bosque. ¿Qué te parece el cuento que nos explicó?

Navio se sentó en su cama. Había olvidado el cansancio por

completo.



— ¡Ay, sí! — exclamó —. Era formidablemente palpitante lo que dijo; pero no me lo creo.

— No; creerlo no. ¿Quién cree en fantasmas?

— Bueno, no quería decir eso. Naturalmente, lo del fantasma es una bobada; quiero decir que puede ser que él esté convencido de que dijo la verdad. Existen personas que creen en los fantasmas; pero ése... Había algo en su explicación que me hizo sospechar. No lo encontré convincente; pero no sé decir por qué.

— Yo tenía la impresión de que creía firmemente haber visto un fantasma en el «Puente de Iván» —dijo Puck—. Por lo menos se enfadó bastante cuando se dio cuenta de que estabas más interesada que impresionada.

— No hay nada malo en querer saber — dijo Navio decidida—. Él tenía que dar alguna explicación de cómo era el fantasma; allí era precisamente donde falló su relato. Cuando yo empecé a interrogarle, se mostró confuso.

— También debe de ser difícil explicar cómo es «algo» si ese «algo» no existe — dijo Puck—. Estamos de acuerdo en que lo más inquietante de los fantasmas es que no existen. Le metiste en un buen lío al pedirle una descripción detallada. ¿No crees que dijo la verdad, cuando explicó que había mirado en otra dirección porque se asustó ante la aparición?

— No es fácil saberlo. ¿No te ha ocurrido que, cuando una persona te explica algo, aunque no puedas probar lo contrario, sigues con la sensación de que no ha dicho la verdad? Era un hombre bastante raro, según mi opinión.

— Pero en apariencia es un hombre normal y corriente, de la comarca —opinó Puck—. Dijo que era hermano del granjero, y puede ser que uno se vuelva supersticioso al vivir cerca de un lugar así. Antiguamente, la gente tenía mucho miedo de salir después de la puesta del sol. Temían encontrarse con duendes, fantasmas y qué se yo. Menos mal que entonces tenían esos cuentos y supersticiones, cuando no había ni cines ni radio ni televisión. ¿Con qué iban a entretenerse sino? Hoy en día es mucho más fácil. No se necesita mucha imaginación; te lo sirven todo ya masticado. ¿No ves que hay mucho de verdad en lo que te estoy diciendo? Pero más nos vale dormir un poco ahora; sino, no habrá forma de despertar cuando tía Henny venga a buscarnos. Buenas noches, hijita.

— Buenas noches...

Navio dio media vuelta hablando entre sí, estirándose. Era como si aún pudiera sentir los rayos del sol calentarle la cara. ¡Qué bien se estaba en aquellas camas plegables!

Poco después dormía tranquilamente. Puck escuchó su respiración plácida y regular, y eso fue lo último que oyó antes de quedarse dormida. Soñaba con el agua que rielaba bajo el sol y las nubes blancas pasando sobre su cabeza. En sus sueños era como si el balanceo del barco continuara y las olas se ondularán aún llenas de sol...

Después Navio no supo decir si había soñado, pero algo extraño la inquietó. Aunque estaba cansada, inconscientemente, algo raro la obligó a emerger del sueño y la hizo tomar contacto con la realidad. Abrió los ojos y, medio dormida aún, se preguntó qué podía haberle despertado. Ella solía dormir como un tronco. No acostumbraba a despertarse durante la noche.

Había algo que no andaba bien.

Navio estaba quieta, mirando el techo de la tienda de campaña. De repente le pareció ver un rayo de luz a través de la lona. Después todo volvió a quedar como antes. No se oía nada. Navio agudizó el oído y, de pronto... ¿No se escuchaban pasos? Pasos silenciosos, como vacilantes. Sí, alguien se movía con precaución cerca de la tienda.

Primero, Navio se asustó, incluso se estremeció; pero su miedo dio paso a su invencible curiosidad. Era difícil asustar a Navio.

Miró a Puck, pero su amiga dormía plácidamente. Los dedos de

Navio buscaron la cremallera que cerraba su saco de dormir y, en silencio, logró salir de su interior. Lentamente dio la vuelta en la cama plegable para evitar hacer ruido que pudiera delatarla. Y se fue gateando hasta la entrada de la tienda para mirar hacia afuera.



Nada, no había nadie. La entrada estaba orientada hacia el este de cara al fiordo. No podía ver lo que pasaba en el jardín ni en el bosque. Estaba en cuclillas mirando por una pequeña abertura de la entrada. Casi no se atrevía a respirar por miedo a delatarse; pero entonces se le ocurrió que la tienda efectivamente se hallaba en medio del abandonado jardín, como testimonio de que allí había personas, y si había gente en ella era natural que se pudiera escuchar la fuerte respiración de los durmientes. Así que no había por qué tener tanto cuidado.

Mientras no hiciera ningún movimiento que delatara sus verdaderas intenciones, el hombre de allá afuera, quienquiera que fuese, solamente pensaría que en la tienda había gente dormida.

Pero, ¿quién era el misterioso visitante que rondaba por allí? ¿Qué significaba aquellos pasos cautelosos? ¿Quién podía tener algo que hacer en aquel lugar a aquellas horas de la noche?

El reloj de Navio era de esfera luminosa. De pronto se dio cuenta de que no sabía cuánto rato había dormido ni la hora que era. Giró su brazo para mirar el reloj de pulsera.

Eran las doce. ¡Las doce en punto!

En el mismo instante, Navio vio algo que le hizo dar un respingo. Una silueta negra pasó junto a la tienda de campaña, destacándose contra el agua brillante del fiordo. Solamente se detuvo un instante, y desapareció entre las sombras de unos árboles. Todo había pasado con tanta rapidez que Navio no tuvo tiempo de fijarse en ningún detalle de aquella vaga silueta.

Entonces vio que la figura salía de nuevo de las sombras del

bosque. Lo hacía lentamente, como flotando en el aire, y se dirigía hacia la tienda de campaña. Navio tuvo la sensación de que la silueta la miraba a ella a través de la oscuridad. Retuvo la respiración por miedo a delatarse y sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal. ¿Qué estaba pasando aquella noche? ¿Estaba influenciada por aquel ambiente tenso?

La silueta se acercaba más y más, como si tuviera la intención de atravesar la tienda. Navio sintió lo mismo que debe de sentir un ratón acorralado viendo como se le acerca el gato. Entonces, de repente, se le ocurrió que la situación era completamente ridícula. Era una sensación muy rara; pero, a pesar del miedo, sintió que era tan solemnemente macabro que producía el efecto contrario: resultaba completamente ridículo e ingenuo.

¿Por qué andaba de aquella manera aquel hombre? Si no era un pobre loco que no estaba en su sano juicio tenía que ser alguien que representaba una comedia con alguna intención fija. Cuando Navio llegó a ese punto en sus pensamientos, empezó a entender las intenciones del extraño visitante nocturno. Estaba intentando imitar lo que uno se imagina que debe de ser un fantasma.

Ahora también sabía por que se había desvelado.

El hombre había hecho ruido adrede para despertarlas. Quería que viesan su actuación y creyeran que habían visto un auténtico fantasma. Su intención era asustarlas.

Sí, naturalmente ésa era su intención; alguien estaba haciendo una comedia allí fuera para asustarlas, para que se fueran de aquel idílico lugar. No podía pretender otra cosa con aquella extraña farsa en la oscuridad.

Mientras aquellos pensamientos ocupaban la mente de Navio, algo cambió la situación totalmente. Puck se había despertado y estaba estirándose en su saco de dormir. Se sentó en la cama y musitó:

— ¿Qué pasa?

Navio se volvió y le hizo un gesto para que se callara. Puck entendió. Con mucha cautela gateó hasta donde se encontraba su amiga y miró hacia la figura oscura que se encontraba a diez o quince metros ante ellas. Se daba cuenta de que debía callar para no delatarse; pero al mismo tiempo sentía cosquillas en la nariz y tenía incontrollables deseos de estornudar. Intentó ponerse un dedo

bajo la nariz, que es lo más eficaz para evitar el estornudo, pero demasiado tarde.

— A... ah... ah...

Navio sintió una mezcla de horror y júbilo. Imaginó que iba a pasar algo. La silueta se encontraba sólo a cinco metros de ellas. En aquel instante explotó Puck:

— ¡Atchiss...!

La sombra dio media vuelta y empezó a correr, hasta desaparecer entre los árboles. Puck estornudó de nuevo: en cuanto empezaba le era difícil parar. Navio estalló en carcajadas. Había que ver lo fácil que es espantar fantasmas, pensó, y estaba a punto de decírselo a Puck cuando algo pasó que cambió de nuevo las cosas.

Habían visto al tipo aquel desaparecer entre los árboles y ya no pensaban volver a verlo; pero, de pronto, Navio agarró el brazo de Puck y musitó en su oído:

— Mira...

Puck miró hacia la oscuridad y vio otra sombra pasar junto a la tienda de campaña, en dirección a la maleza. Aquel nuevo visitante se movía con ligereza y en silencio, y desapareció tan rápidamente como había aparecido.

Las muchachas se quedaron mirando con la boca abierta desde la entrada de la tienda, pero ya no vieron más. Estuvieron allí mucho rato sin poder explicarse lo que en realidad había pasado y qué significaba todo aquello. Entonces volvieron a sus sacos de dormir, después de haber juntado las camas plegables. Ninguna de las dos creía en fantasmas, pero habían ocurrido suficientes cosas para hacer trabajar su imaginación. ¿Qué podían significar aquellas sombras? ¿Qué cosas misteriosas estaban sucediendo en las ruinas de la casa de Iván?



Las chiquillas tardaron mucho en dormirse. Permanecieron un buen rato en la oscuridad sin decir palabra, dando vueltas y más vueltas en sus mentes a la extraña aventura que habían vivido. Al final, Navio dijo en voz baja:

—No me explico lo que pasa aquí. ¿Por qué crees que esos andan a escondidas ahí afuera?

—No tengo la menor idea —dijo Puck—. Pero ¿qué razón habrá para que se comporten tan misteriosamente?

— Bueno, tampoco yo sé qué pensar; pero cuando dos adultos juegan a fantasmas alrededor de medianoche, me gustaría saber qué les interesa tanto; según parece, no pueden esperar a que se haga de día para correr entre los árboles.

— Es algo inquietante — opinó Puck.

— Por lo menos no nos han hecho ningún daño — dijo Navio con calma—... hasta ahora. Pero si se posee imaginación, una podría empezar a pensar si se trataba efectivamente de un fantasma.

Puck se rió en voz baja:

— Bueno, tan mal no estamos aún. Pero yo me sentiría más tranquila sin esa gente rondando por aquí.

— ¿Tienes miedo?

— ¿Qué te has creído? Únicamente pienso que no nos vendría mal dormir un rato. Estoy muy cansada y los párpados me pesan como si fueran de plomo. Y éstos no nos dejan dormir.

— Estabas bien dormida antes — comentó Navio —. Entonces los fantasmas casi paseaban por en medio de la tienda, sin que tú te enterases.

Estuvo un momento mordiéndose el labio inferior mientras parecía pensar intensamente. Al final dijo:

— Fantasmas o no fantasmas, uno de ellos por lo menos tenía la intención de hacerse pasar por tal. No se anda por los prados a las doce en punto de la noche con ese paso melodramático y solemne, como lo hizo él en la oscuridad, sino se tiene la intención de hacer creer a los demás que se es un alma en pena. ¿Puedes explicarme por qué un hombre mentalmente sano quiere hacer semejante papel?

— Precisamente por eso no me siento muy tranquila —dijo Puck—. Al contrario que tú, creo que esa persona no está en su sano juicio, y no me siento segura teniendo a un chiflado rondando por aquí.

Navio movió la cabeza:

— Quizá tengas razón respecto al primero. Pero ¿qué me dices del otro?

— Eso es precisamente lo que he estado pensando —dijo Puck sentándose en la cama—. Pudiera ocurrir que fueran dos locos que se han escapado del manicomio y están vagando por estos alrededores. Si fuera verdad, sólo nos queda esperar que sean encontrados lo más pronto posible y devueltos otra vez al hospital. Nunca se sabe lo que pueden tramar un par de tipos así. Sin embargo creo que debemos intentar dormir; si no, no valdremos gran cosa mañana. Buenas noches, hijita.

Tanto Puck como Navio hacían lo imposible para tratar de dormir; pero habían experimentado tantas emociones durante las últimas veinticuatro horas que los pensamientos siguieron su curso, dando vueltas en sus mentes hasta que, ya de día, lograron dormirse. Estaban como troncos cuando la señora Móeller fue a despertarlas.

— A ver si os levantáis en seguida, niñas. El agua hierve ya y el té estará listo en seguida.

Las dos amigas se estiraron en un intento de despejarse. Poco después sacaban con cuidado las cabezas por la abertura de la tienda. La mañana estaba plena de sol y cantos de pájaros. La señora Móeller había regresado ya al yate.

Las chicas se pusieron los bañadores y un momento después estaban chapoteando alrededor del «Puente de Iván». La frescura

del agua acabó de despertarlas por completo. Estaban de muy buen humor cuando, momentos después, se habían vestido con blusa y pantalón corto.

Enrollaron sus sacos de dormir para ordenar un poco la tienda antes del desayuno. Entonces fueron al barco, donde el veterinario y la señora Moeller estaban sentados ya alrededor del té humeante.

En el camino preguntó Navio:

— ¿Contamos a tus tíos lo que nos ha sucedido esta noche?

Puck vaciló.

—No sé, ¿No crees más prudente esperar? No quisiera asustar a tía Henny. Sería una lástima si decide que no podemos dormir en la tienda por ser demasiado peligroso. Además, no pasó nada en absoluto. Solamente vimos a un par de hombres andando en la oscuridad.

— Sí, pero quizás lo más correcto sería contarlo — opinó Navio —. Aunque podemos esperar un poco.

— ¡A ver si os dais un poco de prisa, vosotras! — gritó el veterinario—. El té se está enfriando.

Las chicas subieron a bordo y empezó el desayuno. Charlaron animadamente, pero ninguna de las dos mencionó su aventura nocturna. Tenían muchas otras cosas de qué hablar. El veterinario había decidido que saldrían después del almuerzo para visitar, en un paseo rápido, su vieja comarca y ver lo que quedaba de su antiguo hogar. Puck dijo en seguida que quería acompañarle y decidieron que Navio se quedara, para ayudar a la señora Moeller a desmontar la tienda de campaña y arreglarlo todo para la marcha.

Después del desayuno, el veterinario y Puck se fueron por el bosque. El señor Moeller le contó cómo era el bosque cuando él era niño. Desde entonces se había espesado y crecido mucho y la arboleda, un poco más hacia el oeste, tenía ya ejemplares grandes y magníficos.

— Cuando yo era chico, eran tan bajos que parecían esos pequeños abetos que se venden para Navidad plantados en una maceta — rió el veterinario —. Cuando los abetos logran echar raíces crecen con gran rapidez: medio metro o más cada año.

Habían atravesado casi todo el bosque cuando vieron al desconocido con el que Navio y Puck hablaron el día anterior. Venía por un sendero y Puck le vio detenerse entre los árboles para

observarles. Hizo un movimiento como para dar la vuelta, pero cambió de opinión y continuó andando hasta que se encontraron donde el sendero del bosque cruzaba la carretera.

En efecto, se trataba del mismo hombre. Puck recordó su siniestra historia del fantasma y se sintió tentada de contar las aventuras de la noche anterior. ¿Le gustaría escuchar un relato macabro sobre hombres misteriosos que andan sigilosamente en la oscuridad?

El hombre saludó tocando su gorra con los dedos y el veterinario le saludó con un alegre buenos días.

A Puck le pareció que el desconocido no se mostraba tan amistoso como el día anterior; pero pensó que todos tenemos días de mal humor de vez en cuando. Por lo menos contestó cortésmente al saludo.

— Parece que el buen tiempo va a durar —comentó el veterinario.

— Sí, para los turistas el tiempo es espléndido; pero... — dudó el hombre.

— Ahora va usted a decir que pronto necesitaremos lluvia, ¿no es verdad?—rió el veterinario Moeller—. Es raro encontrar un granjero que esté contento con el tiempo.

— Bueno, pero es que ustedes, la gente de ciudad...

— Yo no soy de la ciudad —protestó el veterinario con una sonrisa—. Soy tan granjero como el que más.

— Entonces, perdone usted. Eso no se puede ver. Pero por lo menos no es de esta región.

— Ha vuelto usted a equivocarse. Soy de esta comarca, aunque no he vivido aquí desde chico. Pero he conocido todo esto mejor que la palma de mi mano, y siempre es bueno volver al país de la infancia. He encontrado el bosque y el marjal tan impresionantes como en las viejas leyendas que me explicaron cuando era niño sobre Iván, Oline y todo eso. Acabo de contarle a mi sobrina la historia de Iván. Supongo que usted conoce estas historias.

— Sí —el hombre vaciló un poco.

— Claro —interrumpió Puck—. Estuvimos hablando de eso con usted ayer mismo.

— ¿Qué? —se asombró el veterinario—. No me habíais dicho nada al respecto.

—¿Quién habló...? — dijo el hombre.

Puck le miró extrañada.

— Usted y nosotras. Yo vine aquí con mi amiga, y nos tropezamos con usted justamente aquí en la linde del bosque, y...

El desconocido la miró asombrado:

— Me parece que me has confundido con otro — dijo —. Lo siento mucho, pero yo no te había visto antes.

Puck estaba perpleja. ¿Por qué negaba aquel hombre haberla visto antes? Estaba segura de que se trataba del mismo tipo que habían visto el día anterior. Tenía que ser él. Tenía la misma cara, la misma ropa, la misma forma de andar, la misma manera de hablar. Tenía que ser el mismo. No cabía duda. Pero ¿por qué lo negaba?

El veterinario miró interrogativamente a Puck:

— Me parece que te equivocas. Si él dice que no...

Puck se sentía confundida; sin embargo, quería defenderse y dijo:

— Pero usted estaba ayer allí, al otro lado de la carretera, y nos contó cosas sobre los fantasmas, y añadió que usted había visto a Iván una oscura noche en el puente.

El hombre sonrió con una sonrisa casi amistosa, como queriendo decir: Te doy la razón si eso te puede hacer feliz; pero estás completamente equivocada.

— ¿Iván? —dijo—. Murió hace mucho.

— Pero ¡usted dijo haber visto su espectro!

El hombre movió la cabeza:

— Ninguna persona en su sano juicio cree en fantasmas —dijo—. Creo que tu imaginación te está jugando una mala pasada, pequeña. Esas cosas pasan cuando se leen demasiadas novelas de misterio. Yo no he visto ningún fantasma, y, desde luego, jamás he intentado hacer creer a nadie que existen. Por suerte vivimos en el siglo veinte, y nadie cree ya en supersticiones y cuentos de viejas... Bueno, tengo que dejarles. Les deseo unas felices vacaciones. Y a ver si en el futuro dejas las novelas de misterio, hijita.

Sonrió con despreocupación, saludó y continuó su camino por el sendero. El veterinario y Puck siguieron andando. Puck se sentía cohibida. Estaba confusa y triste. ¡Que situación más estúpida! ¿Qué estaría pensando su tío? Seguramente creería que era una mentirosa

o que tenía demasiada imaginación, una imaginación desbocada.

Después de un rato dijo:

— Te aseguro, tío Anders, que lo vimos ayer.

— ¿Estás segura de no confundirle con otro? —propuso el tío.

— Sí, segurísima. Si hubiera estado aquí Navio me daría la razón. Veníamos de la granja a donde fuimos por leche... ¡Ahora caigo!... Dijo que era hermano del granjero, así que ahora al pasar por la granja podemos aclarar las cosas.

— Sí, pero todo ese cuento del fantasma —murmuró tío Anders —, suena algo extraño. ¿Seguro que os lo contó él? No, no puede ser. Te equivocas.

Por su tono de voz y la manera de decirlo, Puck comprendió que no la creía en absoluto.

— Pero, tío — dijo —. ¿Crees que te estoy mintiendo?

Su voz sonaba extraña, y sus ojos miraban a su tío serios y desilusionados. Anders Moeller se sentía confuso. Naturalmente que no pensaba que ella mintiera. Solamente creía que tenía exceso de imaginación.

— No, claro que no — dijo —. Quiero que lo sepas. Puede ocurrir que se confundan los hechos.

—Una vez, no sé cómo, yo mismo llegué a pensar que había hecho una visita a una granja.

Hubiera apostado comerme el sombrero a que había estado allí. Quizá fue porque lo llevaba pensando durante mucho tiempo. Estaba completamente seguro de que había ido a visitar aquella granja; así que, cuando llamaron de nuevo preguntando por qué no había ido, estaba dispuesto a jurar que eran ellos quienes estaban equivocados. Pero era yo el equivocado. A veces pasan esas cosas.

— Pero en este caso no es así —dijo Puck testaruda. Su confusión se estaba convirtiendo en rabia. No comprendía por qué querían meterla en semejante situación. Pero pronto le darían la razón. Irían a la granja a hablar con la mujer del granjero, así quedaría resuelto el misterio.

La regordeta granjera estaba dando de comer a las gallinas cuando ellos pasaban. Saludó con la mano en dirección a Puck, y ésta dijo a su tío:

— Vamos a preguntarle. El hombre de ayer dijo que era hermano del granjero. Esta mujer nos puede decir qué aspecto tiene

y así sabremos si se trata del mismo hombre.

Pero otra sorpresa le esperaba a Puck. La mujer movió la cabeza diciendo:

— No, mi marido no tiene ningún hermano. Tiene una hermana casada en Jutlandia, pero nunca ha tenido un hermano. Te habrás confundido.

Puck se quedó de piedra. ¿Qué estaba pasando? Ahora sí que empezaba a creer que algo misterioso estaba ocurriendo. Se sentía inquieta y bastante abatida.

El resto del paseo hasta la antigua casa de Moeller transcurrió sin novedad. El veterinario intentó contar cosas alegres, divertidas y vivas; pero Puck apenas le prestó oído. Su mente daba vueltas en torno al mismo problema. Todos debían de creer que se había vuelto loca, pensó, o que quería hacerse la interesante contando algo que no había sucedido en realidad. El problema le molestaba en la conciencia, como una piedrecita en el zapato puede molestar al pie.

Así que se encontraba de bastante mal humor cuando, después de haber visitado el viejo hogar de Anders Moeller, totalmente modernizado, emprendieron el regreso al yate, donde el almuerzo les estaba esperando. Puck decidió pedirle a Navio que explicara que ella decía la verdad. Habían quedado de acuerdo en callarse respecto a «los fantasmas nocturnos», pero eso daba igual ahora. No quería que la creyeran una mentirosa. Antes preferiría contarle todo.

\* \* \*

Todo estaba listo para la partida cuando llegaron al «Puente de Iván». Los sacos de dormir y el resto de las cosas habían sido traídas de nuevo al barco. La señora Moeller y Navio habían preparado unos bocadillos, que estaban esperándoles sobre la mesa.

— ¿Habéis disfrutado del paseo? —preguntó Henny Moeller a su marido—. ¿Derramaste una lágrima sobre las piedras de la escalera de tu infancia?

El veterinario movió la cabeza:

— Es una cosa extraña; pero lo he visto todo con bastante frialdad. Me gusta; no te diré lo contrario. Pero ya no es lo mismo que antes. Me atrevería a decir que el único lugar donde existe el país de nuestra infancia es en el recuerdo de cada uno, en el propio

corazón o en el rincón donde se esconden los sentimientos. Los recuerdos son reales; pero la realidad a veces no es más que una tontería. ¿Me entiendes?

— Me parece —rió la señora Moeller— que necesitas comer algo.

El veterinario se rascó el cogote mirando a Navio:

— Seguro que tenemos hambre. Después de comer partiremos. ¿Ha pasado algo «palpitante»?

— No. Hemos estado demasiado ocupadas, pero todo ha ido bien.

— Y ¿qué me dices de los fantasmas, Navio?

Navio miró rápidamente a Puck como acordándose de su promesa de no comentar lo que había pasado.

— ¿A qué fantasma se refiere usted, señor Moeller? — dijo disimulando.

El veterinario rió un poco.

— Me refiero al fantasma de Iván que está vagando por aquí.

Navio le miró sorprendida:

— ¿El fantasma de Iván?

No era su intención negarlo; pero preguntando de nuevo evitó contestar. A Puck no le gustó aquello. Ahora ya no había forma de explicar lo ocurrido. No podía dejar que Navio pasara por mentirosa. La verdad era que habían acordado no decir nada sobre lo sucedido durante la noche; pero ahora la historia del desconocido y la aventura nocturna se habían mezclado al preguntar el veterinario de aquella forma. Navio había contestado bien, según el plan previsto; pero Móeller debía de creer ahora que Puck estaba diciendo tonterías.

Entonces Puck hizo lo único que no debía haber hecho: se calló. Si en aquel momento se hubiera esforzado en explicar las cosas, seguramente hubieran terminado por comprenderlo todo; pero no dijo nada y clavó su vista en la mesa. El veterinario la miró por el rabillo del ojo y dejó las cosas como estaban. ¿Qué le había pasado a Puck? pensó, extrañado. Ella siempre solía decir la verdad. ¿Por qué se dedicaba ahora a contar cuentos?

— La comida está esperando — dijo la señora Móeller, que no se había dado cuenta de la situación —. Vamos a comer para poder salir pronto.

Comieron los bocadillos, bebieron unos refrescos y, poco después, quedaron listos para partir. Puck estaba mirando la explanada y el descuidado jardín con los retorcidos manzanos y la hierba tiesa y seca. Su mirada cayó sobre una piedra grande que se encontraba entre el embarcadero y el sitio donde habían colocado la tienda de campaña. Debía de ser la piedra de la cual había hablado aquel desconocido cuando relató cómo el cura había conjurado el espectro de Iván.

Se estremeció y se sintió mal. ¿Ella víctima de su propia imaginación? ¿Cómo había podido equivocarse tanto? Estaba convencida de que el hombre era el mismo que habían visto el día anterior. Otra cosa era imposible, aunque lo mejor sería olvidarlo todo: tanto al hombre y su cuento de fantasmas como las misteriosas sombras que vagaban por la noche.

Irían a otros hermosos lugares. Puck no sentía demasiado tener que despedirse de todo aquello. Es extraño lo rápidamente que se puede cambiar de opinión. Cuando el día anterior llegaron al «Puente de Iván» todo parecía tan hermoso y atrayente...

Anders Moeller estaba manipulando en el motor. No lograba ponerlo en marcha; hacía unos sonidos raros, pero seguía parado. Todos sus intentos fueron en vano. Al final se levantó. Se le veía contrariado.



—¿Qué es lo que pasa? —preguntó la señora Moeller.

— Es la batería —respondió su marido—. Está completamente descargada. Es la situación más tonta que te puedas imaginar. ¡Estamos listos!

— ¿No podíamos marchar sin la batería? —preguntó ingenuamente la señora Moeller.

— ¿Partir sin batería? Escucha, en mi vida había oído...

El veterinario, a pesar de su contrariedad, no podía dejar de reír

ante la completa ignorancia de su mujer.

— Mira, mamaíta; sin electricidad no podemos arrancar, por la simple razón de que es lo que pone el motor en marcha.

— Pero, entonces ¿qué vamos a hacer?

— Tendremos que quedarnos hasta encontrar otra batería o cargar ésta — dijo el veterinario —. Ojalá tuviéramos un coche en este momento; pero ni siquiera tenemos un teléfono para pedir otra. El taller de reparaciones más cercano está a unos doce o catorce kilómetros. La única solución será que yo tome una de las mochillas, meteré en ella la batería e iré al taller. Vosotras podéis esperarme aquí unas horas más.

En su interior, Moeller estaba furioso por el accidente; pero hizo lo que pudo por disimularlo, intentando afrontar la situación con buen humor. Su mujer, que le conocía bien, sabía de dónde soplaban los vientos y se apresuró a decir:

— ¿Sabes qué? Creo que te voy a acompañar, Anders. Tengo que hacer algunos recados. Las chicas ya se las arreglarán solas mientras tanto.

Moeller parecía aliviado.

— Eres una buena compañera. Decidido, pues. ¿Estáis seguras de poder quedaros solas?

Lo estaban. Además, el matrimonio no tardaría mucho en volver. El veterinario opinaba que lo mejor sería comprar otra batería, ya que la otra debía de estar averiada. Eso significaba que no necesitaban esperar a que la vieja se cargara de nuevo. Solamente tenían que meter la nueva en la mochila y volver deprisa al barco. Incluso podían alquilar un taxi en la ciudad, para que les trajera de vuelta.

El veterinario y su mujer se marcharon. Él llevaba la mochila sobre la espalda, y la batería pesaba lo suyo. Habían sido tan prevenidos que pusieron unos trozos de tela doblada entre la batería y su espalda para que los bordes no le hicieran daño.

Las muchachas saludaron con la mano, y pronto el veterinario y su mujer habían desaparecido entre los árboles del bosque.

Navio y Puck permanecieron en el barco viendo como se marchaban. Entonces se miraron entre sí.

— Y ahora ¿qué hacemos?

Entonces a Navio se le ocurrió que podían hacer una expedición

al bosque y, poco después, se habían vestido con sus blusas, pantalones cortos y zapatos de lona. Cerraron el camarote con llave y se fueron en dirección al bosque.

Era un brusco cambio salir del agua, saturada de luz y sol, y entrar en la refrescante penumbra verdosa de la arboleda, donde el sol mandaba finos rayos por entre las ramas de los árboles, reflejándose en los grises troncos de las hayas.

Allí se sentían como «en casa». A Puck le gustaba mucho navegar y se encontraba también muy a gusto en pleno campo; pero nada le atraía tanto como el bosque.

Los antiguos griegos tenían un dios de los bosques, el dios Pan, y conocían el miedo que puede invadir a quien anda solo por un bosque desierto. Creían que era el mismo Pan quien producía aquel miedo; por eso existe la expresión: un miedo pánico o simplemente pánico. Pero Puck solamente conocía la «alegría pánica». El ambiente la calmaba, la llenaba de contento. El bosque y ella eran confidentes. Así estaban las cosas.

— ¿Por dónde vamos? — preguntó Navio.

— Da igual, podemos cruzar por allí; a ver hasta dónde llegamos.

— ¿Crees que hay animales?

— Seguramente habrá zorros y quizá también algún tejón. Si tuviéramos un par de caballos para pasear entre los árboles... Es un terreno estupendo. Vaya carrera de orientación con mapa y brújula que se puede organizar aquí. Y mira esos troncos; están como puestos a propósito para saltar sobre ellos. La pista es muy buena. ¿No te imaginas a los caballos saltando ágiles el obstáculo? Y mira allí; se podría fabricar una cabaña.

Iban correteando entre los troncos hacia un abeto derribado seguramente por el viento. Había crecido casi solitario y el viento no había tenido dificultades. Ahora estaba caído y sus ramas formaban como el armazón de una cabaña. Solamente hacía falta cubrirlas con otras ramas y hojas y resultaría un escondite perfecto. ¡Si se hubieran quedado más tiempo allí! Era un lugar maravilloso para jugar.

— ¡Vamos a hacer la cabaña! — propuso Navio.

— No tenemos tiempo. Los tíos no tardarán mucho en regresar.

— Es igual; oiremos el coche cuando lleguen, ¿no crees? La carretera no está lejos de aquí. Mira, toma estas ramas, yo voy a

donde crecen los abetos para ver si encuentro musgo.

Poco después, las dos muchachas estaban tan ocupadas con su trabajo que olvidaron la hora y hasta el lugar donde se encontraban. Pensaban que sería una cabaña maravillosa. Una rama que salía del tronco siguiendo a lo largo de una pared de la futura cabaña serviría de banco.

Allí podían esconderse totalmente. Nadie podría verles aunque pasara cerca. Con gran maestría habían entrelazado las ramas y ahora las estaban camuflando con musgo y hojas.

La cabaña quedaba amplia y la entrada estaba colocada con tanta astucia que era imposible verla al pasar junto al árbol. Había que dar la vuelta por entre unos arbustos sobre los que el abeto se había caído, para poder ver, con un poco de esfuerzo, una pequeña abertura entre las ramas que formaban la entrada de la cabaña.

Con las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes. Navio y Puck contemplaban su obra.

— ¡Ven, entremos!

Desaparecieron dentro de la cabaña y se sentaron en el banco. ¡Qué bien se estaba allí!

— ¿No estás contenta de haberla hecho? Los tíos no han regresado todavía, tenemos tiempo de sobra.

Navio se apartó un mechón de pelo que le había caído sobre la frente, mirando a su alrededor con expresión satisfecha. Puck estaba a su lado, mordiéndose los labios.

— No comprendo por qué tardan tanto. Debe de ser tarde ya.

— Quizá han tenido dificultades para encontrar una batería que sirva — opinó Navio —. Quizá han tenido que ir hasta la ciudad. ¿Quién sabe?

— Puede que tengas razón; pero no lo comprendo... Prometieron volver pronto.

— Bueno, deben estar a punto de llegar — dijo Navio, a quien nada parecía inquietar —. ¿Qué les puede pasar? Nada. Lo único que les puede haber entretenido es la batería.

Puck movió la cabeza, pero no dijo nada. Las chiquillas estuvieron un rato sin hablar. Estaban un poco cansadas después de la zambullida, el baño de sol y el trabajo que les había costado hacer la cabaña. Estaban relajándose y se limitaban a permanecer sentadas mirando al aire, a estar en «casa», en su propia cabaña, en

aquel grandioso y extraño bosque.

De repente, Puck se enderezó y puso su mano sobre el brazo de Navio mientras hacía un gesto para que se callara.

Navio escuchó.

Fuera de la cabaña se oían pasos. Alguien se estaba acercando.

Puck se estiró e intentó mirar entre las ramas entrelazadas. Tardó poco en ver una figura acercarse. Si esperaba al hombre que les había hablado sobre el fantasma, se desilusionó, porque quien se paseaba por el bosque era un joven que llevaba un traje gris de verano y una boina en la cabeza. Sus movimientos eran rápidos y ligeros. De vez en cuando se paraba, mirando a su alrededor como si estuviera buscando algo.

Al final se paró justo enfrente de la cabaña. Las muchachas intentaron respirar lo más suavemente posible; no porque temieran ser descubiertas, sino porque resultaría bastante ridículo si el paseante se daba cuenta que había un par de chicas escondidas en la copa de un árbol caído.

Además, sentían curiosidad. ¿Qué hacía aquel joven en el bosque? ¿Qué era lo que buscaba? ¿Por qué se movía cautelosamente entre los troncos igual que un gato, como si temiera ser descubierto?

El extraño comportamiento del joven hizo que las niñas decidieran no moverse ni salir de su escondite hasta que él se hubiera marchado. Si salían de repente, seguramente el hombre se enfadaría diciendo que habían estado espiándole. Mejor sería quedarse donde estaban hasta que él se fuera.

El hombre iba y venía junto a los arbustos, y continuamente miraba sobre su hombro hacia el lugar de donde había venido, como para vigilar a un posible perseguidor o a alguien que inesperadamente le pudiera interrumpir.

Al fin se escondió entre los arbustos y esta vez se quedó allí. Puck le vio sentarse sobre la hierba. Pero estaba tan bien oculto por el ramaje que, si no le hubiera seguido con la vista hasta allí, nunca hubiera notado que allí había un hombre.

Desde su escondite, el joven podía ver, sin ser visto, todo el marjal, el jardín en torno a las ruinas de la casa de Iván y el embarcadero. Las muchachas se sentían prisioneras en su propia cabaña. El misterioso paseante se quedó quieto donde estaba y ellas

no tenían posibilidad de escapar sin que las viera.



La rama que hacía de banco era dura y no muy agradable para estar sentadas durante tanto rato, así que se dejaron deslizar hasta el suelo y se acomodaron una al lado de la otra, usando su «banco» como respaldo. El cansancio las venció y cerraron los ojos. Poco después estaban plácidamente dormidas. Puck llegó a oír que Navio murmuraba algo incomprensible en sueños, antes de dormirse ella misma y deslizarse por el país de los sueños.



En sueños, Puck tuvo la sensación de que tenía frío. Se estremeció e intentó dar la vuelta como si tratara de arrojarse en su saco de dormir. Pero no encontró nada e inmediatamente empezó a darse cuenta de la situación: No tenía saco de dormir. Estaba durmiendo en el suelo. ¿Cómo era eso? Puck abrió lentamente los ojos y miró a su alrededor. La cabaña estaba bastante oscura. Era muy tarde. Se sentó y empezó a despertar a Navio.

— Navio, nos hemos dormido. ¡Despiértate!

— Tengo sueño, déjame —dijo soñolienta, mirando a alrededor.

— ¡El hombre!... ¿Qué fue del hombre que estaba espiando desde los arbustos?

Miraron por entre las ramas enlazadas y las hojas, pero no había nadie a su alrededor. Por un momento se quedaron muy quietas, examinando minuciosamente la parte del paisaje visible desde la cabaña. Al parecer, aquel joven se había marchado.

— Ven; debemos darnos prisa en regresar al barco. Tío Anders y tía Henny estarán intranquilos. Deben de haber regresado hace mucho.

El sol iba a ponerse; pero aún era visible su resplandor sobre las copas de los árboles cuando las niñas bajaron corriendo por el jardín abandonado, hacia el «Puente de Iván». Al salir de la sombra de los árboles aún disfrutaron un poco del calor del sol. Lo necesitaban, después de haber dormido en el suelo del bosque.

— Espero que no vayamos a coger una pulmonía las dos — dijo Navio—. Fue una tontería ponernos a dormir... Pero tenía tanto sueño. Supongo que hemos hecho demasiadas cosas hoy, además del baño de sol...

Puck se paró en el puente, mirando al «Arrow».

— ¡Qué extraño! —murmuró—. No han vuelto. Debe de ser tarde ya. ¿Qué puede haberles pasado?

— Ya te lo dije antes —contestó Navio—. No habrán podido encontrar una batería adecuada; habrán tenido que esperar.

— Pero... Ojalá no les haya pasado nada.

— ¿Qué quieres que les haya pasado?

— Pueden haber tenido un accidente con el coche — opinó Puck con expresión preocupada —. Y aquí nos tienes a nosotras, indefensas. No podemos ir a ningún sitio, ni siquiera tenemos dinero. No sabemos tampoco dónde buscarlos. Empiezo a preocuparme de verdad.

— Bueno, bueno — dijo Navio, intentando parecer serena —, no arreglamos nada poniéndonos nerviosas. Vamos al barco por el momento. Ya verás como todo saldrá bien. Empiezo a tener hambre, así que podíamos buscar algo de comer. No tenemos ganas de cocinar, ¿verdad?

Abrieron la puerta del camarote para buscar provisiones, se hicieron un par de bocadillos de queso y bebieron un par de

refrescos. Solamente el hecho de comer un poco les puso de mejor humor. Empezaban a entrar en calor y, como final de su comida, Navio hizo té.

Se sentaron sobre los cojines de cubierta y bebieron la humeante infusión contemplando la hermosa puesta de sol sobre el fiordo, intentando convencerse mutuamente de que en unos instantes el veterinario y su esposa vendrían con la batería nueva y en seguida partirían.

Pero el tiempo pasaba y nada ocurrió. Puck estaba cada vez más nerviosa y propuso dar un paseo por el bosque hasta el pueblo para ver si podían encontrar algún rastro de los desaparecidos. Pero Navio no creyó prudente emprender una expedición, pues los Moeller podían regresar por otro camino y sólo lograrían complicar las cosas. Lo mejor sería quedarse donde estaban, según habían planeado todos, y esperar. Si algo grave había pasado, alguien sería enviado a por ellas. Eso estaba claro.

Así llegó la noche. El ambiente no era muy alegre. Cuando el sol se puso y los pájaros batían ruidosamente sus alas sobre la brillante superficie del agua, yendo hacia la orilla, Puck empezó a hacerse a la idea de que ambas deberían pasar la noche solas en el barco. Pero, como habían dormido la siesta, no tenían sueño. Buscaron una baraja y se pusieron a hacer solitarios y a jugar. De esta manera las horas pasaban con bastante rapidez; pero Puck no fue capaz de concentrarse en el juego. Su único deseo era tener pronto noticias tranquilizadoras sobre lo que había retenido a sus tíos.

Por fin las muchachas decidieron acostarse. Navio declaró que ella, a pesar de todo, tenía sueño y que no le vendría mal dormir un rato. En efecto no tardó mucho en quedar dormida. A Puck no le fue tan fácil. Estaba demasiado preocupada, pero al final le venció el cansancio.

Lo último en que pensó antes de dormirse fue en los extraños acontecimientos que habían marcado su estancia en el «Puente de Iván» y todo lo referente a fantasmas y extraños hombres que habían visto andar a escondidas... ¿Qué significaba todo aquello? Bueno, seguramente no encontraría nunca la solución. Se estiró y evitó abrir la boca, cerró los ojos y se puso de lado.

¿Qué le había despertado? No era capaz de asegurarlo. Pero de repente se encontró completamente despierta y dio media vuelta

para ver si Navio se había despertado también. Se sobresaltó al darse cuenta de que Navio había desaparecido. Su saco de dormir estaba en desorden sobre la litera y no pudo ver a su amiga por ningún sitio. Puck alargó la mano y tocó el saco. Estaba frío. Así pues hacía un buen rato que Navio se había levantado. ¿Adonde se habría ido?

De repente, Puck se sintió muy abatida y preocupada. Tenía la sensación de que Navio estaba en peligro en algún lugar de la oscuridad. Rápidamente salió de su saco de dormir, se puso unos pantalones y un jersey grueso, se calzó un par de zapatos de tela y abrió con cautela la puerta del camarote.

El larguísimo crepúsculo veraniego de los países nórdicos teñía el paisaje azulado y se convertía en una oscuridad impenetrable en la sombra del bosque. Debía de ser casi la medianoche. La niebla cubría el marjal, ondeando en extraños ritmos como en un juego hechizado que recordaba las leyendas sobre hadas y duendes. La superstición de siglos pasados y que el miedo de la gente hubiera estado ligado a este fenómeno de la Naturaleza era comprensible. El larguísimo anochecer boreal y la niebla daban al paisaje un aspecto irreal.

Puck estuvo un momento en la proa del barco contemplando el marjal y el abandonado jardín de Iván. Los separados árboles estiraban sus ramas en la bruma azul y desaparecían en parte. Los contornos de las cosas estaban desdibujados, todo parecía confundirse, como si no existiera nada sólido más que aquella niebla ondeando en la extraña noche encantada.

Pero Puck era hija de la Naturaleza y todo aquello no le asustaba lo más mínimo. Por el contrario, tenía la certeza de que la niebla le serviría de escondite ante cualquiera, aunque solamente se encontrara a pocos metros de ella. Estaría segura porque nadie podría verla. Podía empezar su búsqueda sin peligro de caer en una trampa.

Respiró hondo. Salto al embarcadero, ligera como un gato, y fue con pasos cautelosos hacia la explanada. A cada momento se paraba y escuchaba. Pero sin resultado. No se atrevía a gritar llamando a Navio, porque no sabía quién más podía encontrarse allí, envuelto en la incierta luz del crepúsculo y la niebla.

Tenía la sospecha de que Navio estaba en la cabaña, porque

justamente habían hablado aquella tarde de que desde allí podía una enterarse de todo lo que sucedía a ambas orillas del fiordo. Pero ¿por qué había escogido Navio aquella noche? Algo debía haber llamado su atención. Tenía que haber oído algo o alguien la había llamado en la niebla... ¿Llamado?... Tonterías, se dijo Puck. Nadie les había llamado. Seguramente, sólo la maldita curiosidad de Navio le había hecho emprender aquella expedición de medianoche.

Puck avanzó un par de pasos y se paró. De repente oyó que algo o alguien se movía a su derecha. Quedó como clavada en el suelo, escudriñando la noche, por miedo de que algo pudiera escapar a su vigilancia. Y, de repente, vio una sombra que pasaba lentamente por su lado. No fue capaz de distinguir sus contornos; solamente vio la sombra como algo oscuro e indefinido. Se puso de cuclillas por miedo a ser descubierta.

En realidad no estaba asustada, aunque después tuvo que admitir que sí algo preocupada; si no, se hubiera quedado quieta mientras la sombra misteriosa pasaba junto a ella. Pero cuando la vio tan cerca se dispararon los nervios de Puck, perdió la serenidad durante un instante y se levantó de un salto para darse a la fuga.

Antes de echar a correr vio como la sombra se detenía en la niebla. Estaba a pocos pasos de ella. Entonces la sombra creció, como si se acercara en un salto gigantesco, y Puck dio la vuelta para salir corriendo. Escuchó pasos a su espalda y, sin pensar, miró hacia atrás para ver qué ventaja llevaba a su perseguidor.

En aquel instante su pie tropezó con algo duro y cayó de bruces al suelo, donde dio una voltereta.

Notó que alguien le agarraba con fuerza por la nuca y seguidamente una mano áspera la tapó la boca. Su grito quedó ahogado en la garganta. No fue capaz de emitir un solo sonido.

Momentos después, un pañuelo amordazaba su boca y una delgada cuerda ciñó sus muñecas y tobillos.

Puck quedó sobre la hierba, tan indefensa como un polluelo recién nacido. Todo había ocurrido con mucha rapidez. Intentó hacerse una idea de quién pudiera ser el que la había asaltado, pero de nuevo la figura se había convertido en una sombra difusa. Estaba a pocos pasos de ella, entre la niebla; pero se sentía incapaz de identificar a aquel criminal. Porque Puck no dudaba que se trataba de un criminal.

Poco después, la sombra desapareció en la niebla, que se la tragó por completo. Puck se quedó tirada en la hierba. No sentía miedo sino una rabia incontrolable que la hacía tirar de las cuerdas y moverse como una serpiente para quitarse la mordaza que le impedía gritar; pero el pañuelo había sido atado con fuerza y se mantenía firme alrededor de su boca y nuca.



Las delgadas cuerdas cortaban sus muñecas y era imposible romperlas. Oía los pasos de su captor en la oscuridad; pero le era imposible comprobar qué dirección habían tomado. Puck se puso a pensar en Navio. ¿Había corrido su amiga la misma suerte que ella? ¿Cómo iba a terminar todo aquello?

\* \* \*

Puck tenía razón al suponer que la «maldita» curiosidad de Navio la había llevado a emprender su expedición nocturna. Su amiga se había despertado en medio de la noche, quizá porque había dormido tan bien por la tarde. Se había quedado un rato quieta en su litera aburriéndose, hasta que tuvo la impresión de que alguien se movía en la explanada. Pensó que más valía salir a ver lo que pasaba.

En la imaginación de Navio la historia sobre Iván y la de «Jensen el Ruso», la leyenda y la realidad se habían mezclado de forma emocionante, convirtiéndose casi en una novela donde, tanto ella como Puck, tenían su papel. Porque de alguna forma tenían algo en común aquellas dos historias. Tenía que haber una conexión; pero a Navio aún le faltaban piezas del rompecabezas.

En realidad tampoco sabía lo que iba a buscar ni lo que haría en el caso de encontrar algo. Simplemente, tenía ganas de aventuras, y por eso se vistió rápidamente y saltó a tierra con sumo cuidado para

no despertar a Puck.

Estuvo un momento indecisa sobre el embarcadero, mirando la niebla, y le vino a la memoria el joven que había estado sentado por la tarde en la linde del bosque espiando el marjal y el jardín. ¿Qué pasaría si ella hiciera lo mismo y se situara cerca de la cabaña para observar desde allí toda la explanada? Quizá el fantasma volvería.

La noche anterior habían ocurrido varias cosas que hacían suponer que el fantasma no había conseguido su propósito. Sería muy natural que volviera para hacer un nuevo intento aquella noche. Pero, era difícil de explicar lo que buscaba aquel misterioso personaje. Navio sabía que el misterio debía tener alguna explicación natural, porque estaba bien claro que el tal «fantasma» estaba tan vivo como ella. O se trataba de un chiflado que se entretenía armando jaleo o era un tipo que con su extravagante manera de actuar tenía la intención de asustarlas para que se fueran.

Navio estaba casi segura de que aquel desconocido con el cual habían hablado en el bosque tenía algo que ver con el asunto. Les había contado una historia demasiado macabra sobre el fantasma.

Varias veces, durante el día, hubiera querido hablar con Puck sobre eso, pero no había tenido ocasión. Al principio se había olvidado y luego surgió el nuevo problema en qué pensar: la ausencia del veterinario y su mujer.

Navio tenía asimismo la sensación de que no era una buena idea hablar con Puck sobre ello. Después del paseo de la mañana, el humor de Puck había sido bastante extraño. Aunque se había esforzado por parecer alegre y despreocupada, Navio conocía bastante a su amiga para saber que algo la había puesto triste, y cuando se encontraba así era mejor no preocuparla más.

Mientras Navio daba vueltas a aquellos pensamientos, había llegado hasta el bosque. Se deslizó entre los arbustos y se sentó en cuclillas bajo unas ramas que se extendían hacia la explanada. Era un buen escondite. Nadie la podía ver allí. Por suerte estaba bien abrigada, así que podía hacer su guardia sin pasar frío.

Estuvo esperando muy quieta, pero no pasó nada. Navio no era de las más pacientes y por ello no tardó en empezar a arrepentirse de su escapada. Igual se pasaba allí toda la noche, se dijo. ¿Cómo se le había ocurrido semejante idea? Seguramente no vendría ni el

fantasma ni ninguna otra cosa. Se estaba poniendo en ridículo ante sí misma.

— Lise Sommer —se dijo persuasiva—. ¿Por qué siempre tienes ese afán de ser útil y estar tan convencida al mismo tiempo de poder arreglarlo todo?

Apenas había cruzado su mente este pensamiento, cuando algo pasó que le dio otras preocupaciones. Escuchó el ligero ruido de una rama rota a sus espaldas, notó que una figura se deslizaba en la oscuridad al lado de su hombro izquierdo y, antes de que pudiera pensar en escapar, escuchó una voz en su oído:

— Parece que los dos hemos tenido la misma idea. ¡Quédate quieta!

Aunque las palabras fueron dichas en voz baja, el tono de la voz era amable e infundía confianza. Navio no se asustó lo más mínimo. Tenía la certeza de encontrarse al lado de un amigo.

Pero, ¿quién era este misterioso ser que, de repente, había aparecido en la oscuridad y ahora estaba sentado junto a ella bajo las ramas protectoras del arbusto, haciendo guardia en la hechizada noche de verano?

Además... ¿Por qué estaban haciendo guardia? Para Navio esto era un conjunto de problemas sin resolver, de imaginación y realidad, juego y trabajo, porque debía admitir que su expedición nocturna había sido una especie de juego, sólo un juego con lo desconocido, quizá un juego con el peligro, que debía haber previsto antes de salir del barco de noche.

No supo que contestar al recién llegado, así que se limitó a mover la cabeza afirmativamente. Éste pareció ver su gesto a la tenue luz del crepúsculo, bajo las ramas protectoras.

— Pero tienes que estarte muy quieta — continuó él —. Muy quieta.

— ¿Espera usted que ocurra algo?

Debía hacer esta pregunta: tenía que resolver este misterio. El hombre movió la cabeza afirmativamente y después de un rato contestó en voz muy baja:

— Sí; estoy esperando que suceda algo; sin embargo, no lo sé con seguridad. Solamente tengo mis sospechas.

De repente, algo se le ocurrió a Navio:

—¿Era usted quien corría por el jardín ayer noche?... Estábamos

en la cabaña y vimos unas sombras que se movían. ¿Era usted... el,, fantasma?

El hombre rió. Era una risa suave. En realidad era una conversación bastante rara. Ninguno de los dos se atrevía a levantar la voz, y ninguno sabía quién era el otro. A pesar de ello, era una conversación tranquila y confiada, como si fueran viejos conocidos.

— No —dijo—. No creo ser un fantasma. Pero seguramente me viste correr por allá abajo.— Estaba siguiendo una pista... Me precipité... Debía haber esperado...

— Pero ¿y el fantasma? —preguntó Navio con ansiedad.

— Espero que el tipo ese que llamas el fantasma no me viera. En caso contrario, mi plan habrá fracasado. Y no tiene que fallar. No debe fallar, pase lo que pase.

Se calló. En la oscuridad escucharon pasos rápidos de gente que corría. Alguien cayó en la hierba. Se oyeron gemidos, como un principio de grito que fue ahogado en un suspiro, y todo volvió a quedar en silencio. Navio estaba a punto de saltar, pero el hombre puso la mano sobre su brazo.

— Espera —musitó ronco—. Tenemos que correr el riesgo. Es nuestra única oportunidad.

Navio no comprendió, pero se quedó quieta. Los dedos de sus manos se movían nerviosamente. Todo su cuerpo estaba en tensión, listo para saltar en la oscuridad en socorro del prójimo que necesitaba su ayuda. Sospechó que se trataba de Puck, que en alguna forma estaba en peligro. A pesar de ello, las palabras del hombre ejercieron una influencia tranquilizadora y se contuvo. Sus músculos se relajaron en una espera que no parecía tener fin.

Silencio en la niebla, un silencio sólo interrumpido por el soplo del viento en las copas de los árboles. Pero, de repente, se oyó un sonido que rompió la calma, algo como golpes sordos de algo duro contra la tierra, como un pateo, como una marcha enérgica, como...

Navio sabía ahora de qué se trataba: en algún lugar, entre la niebla ondulante, alguien estaba cavando la tierra. Oía cómo el hierro de una pala chocaba contra las piedras; distinguía incluso el sonido de tierra suelta echada a un lado. La herramienta cavaba más y más hondo en la tierra y la gravilla y, de vez en cuando, se oía un sonido más agudo, cuando el metal chocaba contra alguna piedra.

Navio, con expresión de asombro, miró al joven que estaba en cuclillas a su lado; pero él no era capaz de distinguir sus rasgos en la oscuridad. A pesar de ello, sabía que le debía una contestación a la muchacha, pero ahora no era el momento. Estaba con los puños cerrados, intentando penetrar la oscuridad con la mirada. De repente se volvió hacia ella y musitó:

— Estate muy quieta. Espera un poco antes de seguirme. Y hazlo en silencio.

Ligero como un gato, el hombre se deslizó entre los arbustos y desapareció en la niebla. Navio vio cómo los contornos de su silueta se borraban hasta desaparecer por completo y la niebla se cerraba sobre él. Entonces le siguió. Pero, en vez de ir tras él, intentó dirigir sus pasos hacia el lugar de donde habían surgido antes los gemidos. Sentía una angustia profunda. ¿Qué le habría pasado a Puck? ¿La habrían golpeado? Ojalá no hubiera sufrido ningún daño. ¡Eso sería insoportable!

Navio sintió como temblaban sus labios mientras se deslizaba en la niebla buscando a su amiga. Entonces se paró. El sonido regular de la pala se había interrumpido. Escuchó un gruñido medio ahogado seguido de una carrera y un ruido, como si alguien se lanzara sobre los matorrales en un intento desesperado de evadir a un perseguidor. Los pasos se perdieron en la oscuridad. Navio no había visto nada, pero intuyó una persecución entre la niebla.

La muchacha se dedicó a su búsqueda y, de repente, se encontró ante una pequeña figura tumbada en la hierba que, moviéndose de un lado para otro, intentaba liberarse de las cuerdas que ataban sus muñecas y tobillos. Con un suspiro de alivio, Navio se inclinó sobre su amiga.

— ¡Puck! —casi gritó, mientras desataba el pañuelo que amordazaba la boca de la muchacha—. ¡Puck, no sabes lo contenta que estoy de que no te haya pasado nada!

Con manos rápidas desató las cuerdas y Puck se sentó lloriqueando, mientras se frotaba sus muñecas doloridas. Abrazó a su amiga tan fuerte que Navio se quedó casi sin respiración.

— ¿Adonde fuiste? — fue todo lo que Puck pudo decir.

Pero las explicaciones tenían que esperar. Ahora se trataba de actuar. Navio se sintió feliz de que sus presentimientos angustiosos respecto a la suerte de su amiga hubieran estado equivocados y de

que Puck estuviera con ella, aunque un poco aturdida y algo golpeada, pero entera y bien.

— ¿Qué te pasó? —preguntó preocupada.

— Me perseguía un hombre, y me caí. Luego me amordazó y me ató, y no pasó nada más. Por fortuna, me dejó aquí en la hierba porque debía tener otros planes. Le has oído cavar, supongo. No comprendo nada en absoluto.

Navio sonreía con suficiencia.

— Sé de qué se trata — contestó —. Vamos a ver por qué estaba cavando a estas horas. Pero primero tenemos que ir al barco a buscar un par de linternas. Mientras te contaré lo que sé.

Cuando regresaban con las linternas, Puck preguntó:

— Pero ¿qué fue de ese tipo y del otro de quien me has hablado?

Navio movió la cabeza mientras buscaban el lugar donde se había oído el ruido de la pala excavando, cerca de la misteriosa piedra del «Puente de Iván».

— No lo sé — contestó —; pero seguramente tendremos noticias tuyas dentro de poco rato. ¿Dónde estará el agujero que cavó?... Déjame ver... Aquí está. Enciende tu linterna.

Dos conos de luz se dibujaron en la niebla. Los dos círculos iluminados se proyectaron dentro del agujero hondo, recién excavado. Al lado estaba la piedra donde, según les había contado el desconocido del camino, el cura había conjurado el espectro de Iván.

Pero lo que estaban viendo las chiquillas no era ningún espectro. Entre la gravilla y la arena asomaba el ángulo de una caja de zinc. Se inclinaron y con las manos fueron quitando la arena que aún la tapaba.



Pronto dejaron al descubierto una caja soldada. Pesaba bastante, pero no tanto como para que entre las dos no pudieran llevarla a bordo del barco y colocarla encima de la mesa. Se sentaron y la contemplaron asombradas. ¿Cómo podrían saber lo que contenía?

En aquel instante escucharon ruidos que procedían de tierra firme. Se levantaron, salieron corriendo de la cabina y saltaron al

embarcadero. Entre la niebla vieron al joven venir hacia ellas. Delante de él iba el otro. El joven le había torcido el brazo sobre la espalda y lo traía bien sujeto.

Puck dirigió el cono de su linterna sobre aquella extraña pareja. Quedó asombrada cuando reconoció al tipo que iba delante: Se trataba del extraño desconocido que les había contado el cuento del fantasma. Ésta era la tercera vez que lo veía desde su llegada al «Puente de Iván».

— ¿Va todo bien, chicas? —preguntó el joven. Su voz sonaba contenta y aliviada. Parecía haber resuelto un problema que le preocupara desde hacía mucho tiempo. Se veía muy satisfecho mientras conducía a su prisionero hasta el embarcadero.

— ¿Tenéis un trozo de cuerda? —preguntó—. Voy a atar a este pillo para que no vuelva a escaparse.

El otro aún luchaba para liberarse, pero en vano. Poco después estaba fuertemente atado con las manos a la espalda y sus pies bien amarrados, casi como él había hecho con Puck poco rato antes. Para más seguridad ataron la cuerda de sus pies a un poste.

— Bueno, Jensen «El Ruso», ya puede usted descansar hasta la llegada del coche de la policía. Entonces nos iremos juntos. Pero primero debo una explicación a estas jovencitas sobre lo que ha ocurrido aquí. Porque supongo que usted no querrá contar lo que ha estado haciendo durante los últimos días.

El otro no contestó. Les miró furioso. El joven se volvió hacia las chicas y dijo:

— Me voy a presentar. Mi nombre es Joergen Brandt. Soy de la Brigada Criminal. ¿Necesito decir algo más?

Navio y Puck le miraban con los ojos muy abiertos. Ellas no tenían nada que decir y Brandt continuó:

— Hace algún tiempo que Jensen «El Ruso» salió de la prisión. ¿Conocéis su historia?

— Sí —dijo Puck—. Mi tío nos la contó. Jensen «El Ruso» quemó su casa cuando la policía iba a interrogarle sobre un robo, ¿no?

Brandt asintió con la cabeza:

— Yo fui uno de los policías que estaba allí y desde entonces me he reprochado la manera tan torpe que empleamos para arrestarle. Le dimos tiempo para prender fuego a la choza, y para que se quemaran los billetes de Banco. Pero no acaba aquí la cosa.

En los años que han pasado, muchas veces pensé en esta extraña historia de Jensen «El Ruso». Me parecía que algo no estaba bien. Tenía que haber gato encerrado. Que un hombre tan listo como él dejara quemar veinte mil coronas robadas no me cabía en la cabeza.

Naturalmente podía haber actuado en un momento de desesperación; pero no le creía capaz.

Intenté convencer a mis colegas de la policía de que Jensen «El Ruso» había quemado parte del dinero para engañarnos, y que había escondido el resto en algún lugar donde lo recogería cuando saliera de la cárcel. Pero nadie quería creerme. Me pusieron en ridículo diciendo que yo tenía demasiada imaginación; pero mantuve mis ideas y sospechas. No hay que dejar una pista cuando uno cree que tiene razón. Así que esperé para poder reírme yo el último si recuperaba el dinero robado, cuando fuera a buscarlo este tunante.

No podía hacer otra cosa que esperar. Y no hay nada más difícil que esperar para tener la razón. Debo decir que muchas veces mi paciencia ha flaqueado. Pero no podía hacer otra cosa. Cuando Jensen «El Ruso» salió de la cárcel, le seguí, intentando descubrir lo que iba a hacer. Fue lo suficientemente listo para no hacer nada de momento; pero no tardó mucho en sentirse tentado por el dinero, tanto que empezó a rondar por aquí en espera de una oportunidad para desenterrar su tesoro. Pero entonces llegásteis vosotros con el barco y levantasteis la tienda, estropeándole los planes...

— ¡Ya! —exclamó Puck—. Por eso nos contó el cuento sobre el fantasma del puente. Quería asustarnos para que nos fuésemos de aquí lo más rápidamente posible. Pero no pudo suponer que un cuento así excitaría nuestra curiosidad, invitándonos a investigar.

— Bueno — dijo Navio vacilando un poco —. Si no hubiera sido por la batería, habríamos partido hoy...

— A mí me gustaría saber qué ha sido de mis tíos — dijo Puck.

— Eso puedo explicároslo yo —rió Brandt—. Ya no tardarán en venir. Cuando supe que os ibais a quedar aquí esta noche, suponiendo que Jensen «El Ruso» os había espiado desde el bosque y conocía vuestros planes, me permití decir a tus tíos que demorasen su regreso y les conté lo que estaba pasando. Les prometí cuidar de vosotras, a cambio de que ellos se quedasen en la ciudad el tiempo suficiente para poder actuar en paz. Confiaba en

que ese Jensen «El Ruso» se atrevería a intentar la recuperación del dinero. Ésa es la causa de que tus tíos no hayan vuelto; pero tengo un coche allá arriba, detrás del bosque y podremos ir a buscarles rápidamente.

— ¿No nos va a contar el resto de la historia? —preguntó Navio.

— Ya lo conocéis casi. Yo estaba espiando en el bosque, como tú. Pero tu amiga — e hizo un gesto con la cabeza en dirección a Puck — tuvo la mala suerte de atravesarse en el camino de Jensen «El Ruso» quien la maniató. Pero Jensen quería el dinero enterrado, y por eso conservó la sangre fría y empezó a cavar. Cuando me vio, salió corriendo y tardé un poco en alcanzarle; pero al fin lo logré. Siempre me ha gustado la carrera, sobre todo en terreno difícil, así que pude resolver el problema fácilmente.

— ¿Y el dinero? —preguntó Puck en voz tan baja que parecía un susurro y miró en dirección a la caja de zinc que habían dejado encima de la mesa del camarote —. ¿Es ésta la caja?... ¿Cree usted que el dinero está ahí dentro?

— Sí, creo que sí; lo sabremos pronto — rió el policía —. ¿Tenéis un abrelatas en este transatlántico?

— Naturalmente. Voy a buscarlo.

Puck encontró uno en un cajón. Brandt tomó el abrelatas contemplándolo con mirada crítica.

— A ver si nos sirve. Me parece algo débil, pero intentémoslo.

Empezó a perforar la caja de zinc con él y, poco después, había logrado abrir un agujero lo suficientemente grande como para poder ver el contenido. Estaba llena de dinero. Una fortuna en billetes ordenadamente arreglados y colocados en fajos, bien encerrados en la caja hecha a propósito.

Brandt contempló el hallazgo con mirada de felicidad.

— El hazmereír van a ser ahora los otros —murmuró casi para sí.

Poco después, Navio y Puck estaban sentadas a popa sobre los confortables cojines, contemplando las nubes de niebla que ondeaban sobre el marjal.

— ¿En qué estás pensando? —preguntó Navio—. ¿Tienes más problemas que resolver?

— Vaya pregunta —rió Puck—. Después que nuestro amigo Brandt se ha llevado a Jensen «El Ruso», todo está tan silencioso...

Ni siquiera contamos con un honorable fantasma.

— Parece que algunos están danzando por allí, en el marjal — opinó Navio —. Allí los girones de niebla parecen verdaderos fantasmas, como los de las historias de misterio. Pero tienes razón; esto se ha vuelto demasiado tranquilo después de ser resueltos todos los problemas.

— Y mañana nos marchamos — dijo Puck —, ahora que estaba acostumbrándome a este lugar. Pero dentro de un momento aparecerán tío Anders y tía Henny con la batería, y entonces veremos cómo vamos a dormir. Supongo que nos dejarán dormir aquí esta noche. Podemos extender la tienda de campaña de un lado a otro y dormir encima de los cojines. Ahora está ya muy húmeda la hierba en el jardín.

Navio bostezó con toda su alma, estirándose.

— Sabes que pronto me dará igual donde durmamos; solamente tengo ganas de cerrar los ojos — dijo —. El sonido que ahora deseo escuchar es el del motor de un automóvil anunciando la llegada de tus tíos, así podremos acostarnos pronto. Mañana será otro día,

— Ahí tienes la respuesta a tus deseos — rió Puck —. ¿Oyes? Un coche viene por el bosque.

— Menos mal — exclamó Navio —. Así todo termina bien y me dejarán dormir tranquila.



Puck estaba a popa del «Arrow» disfrutando de la navegación. El tiempo era espléndido. Pequeñas nubes blancas pasaban lentamente por el cielo intensamente añil, y la superficie del fiordo variaba sus colores entre el azul y el verdoso.

La estela del barco, como una gran cuña, se abría suavemente hasta romper contra ambas orillas del fiordo. En tierra firme se

veían algunas granjas bien cuidadas, entre bosques, colinas y campos dorados. En los verdes pastos las vacas se distinguían como pequeñas manchas en filas regulares.

En aquel silencio lleno de paz, solamente se oía el zumbido regular del motor. A Navio le habían dejado manejar el timón, pero el veterinario Moeller estaba a su lado.

En la pequeña cocina del camarote, al lado de la garita del timonel, la señora Moeller opinaba que cuando hay muchos cocineros suelen estropear la comida.

Puck se inclinó sobre la borda y metió su mano en el agua. Cuando abría los dedos el agua borboteaba en agradables remolinos.

— Puck — se oyó llamar la alegre voz de Navio —. Ya se pueden ver los tejados de Strandby.

— Estupendo — contestó Puck distraída —. Será divertido llegar a la fiesta anual de la ciudad.

— Deja que yo tome el timón — rió el veterinario Moeller—. El tráfico va en aumento cerca del puerto, y en este lugar del fiordo hay muchos escollos.

— ¿Qué? —Navio le miró con ojos muy abiertos—. ¿Rocas... en Dinamarca?

— Sí — dijo burlón el veterinario—. ¿No sabías que hay rocas en Dinamarca?

— No...

— Pues no se lo digas a un nativo de la isla de Bornholm; serás su enemiga para el resto de tu vida.

— Pero... ahora nos encontramos lejos de Bornholm.

— Sí, pero ya quedas advertida —rió Moeller.

Navio estaba completamente confusa, mientras Puck se reía a carcajadas. El veterinario Moeller, o el tío Andéis, como Puck le llamaba, siempre estaba de buen humor y, aunque de vez en cuando le gustaba burlarse, lo hacía sin malicia.

—La comida está lista, hijitos —dijo la señora Moeller desde la cocina.

—Fabuloso — dijo el veterinario alegremente —. Tengo tanta hambre que podría comerme un buey entero.

Miró a su alrededor. Aún estaban lejos de Strandby y el agua estaba tranquila, como un espejo. No era necesario echar el ancla

porque con aquella calma la embarcación ni se movería. Poco después había parado el motor y los cuatro estaban reunidos alrededor de la bien provista mesa.

El ambiente era alegre. Hablaron sobre las próximas aventuras en Strandby, que seguramente estaría muy revuelto debido a las fiestas anuales. Con un poco de buena voluntad hubieran podido dormir los cuatro en el barco. Sin embargo, en Strandby, el señor Moeller había pedido dos habitaciones dobles en el mejor hotel, porque, como él había declarado alegremente, de vez en cuando vale la pena dormir como un ser civilizado. Navio y Puck hubieran muy bien haberse quedado a dormir en el barco; pero, naturalmente, obedecieron al director de la excursión.

Mientras comían, el veterinario contemplaba sonriendo a Puck y a Navio. El sol de verano les había dado buen color. Puck ya estaba muy morena y a su amiga le habían salido muchísimas pecas por la cara. En contraste con el color platino del pelo de Navio, las pecas eran muy divertidas y Moeller le dijo riendo.

— Sólo te falta una peca para parecer una mulata.

— ¡Oh, no! —suspiró Navio frotándose la cara, como si de aquella manera se pudieran borrar las pecas—. Me pondría a llorar.

— ¡Vaya tontería! —le interrumpió—. No hay nada tan... encantador como las pecas. Piensa en Karen...

— ¡Vaya consuelo! A Karen le van bien. Pero yo me veo horrible en el espejo.

Puck le dio un cariñoso cachete.

— No estás horrible, Navio. Al contrario. ¿Te acuerdas de lo que hizo Annelise?

—¿Qué hizo Annelise? —preguntó la señora Moeller.

Puck se reía a carcajadas.

— Es una historia muy divertida. Después de haber contemplado a Karen, Annelise estaba convencida de que era muy elegante tener pecas. Y entonces ella también quiso tenerlas. No es posible convertirse en pecosa de la noche a la mañana; pero Annelise no se arredró. Un día bajó a desayunar con un montón de «pecas» alrededor de la nariz. Con jugo de cáscaras de nuez verde se había pintado las manchas. Nos dimos cuenta en seguida del truco y nos reímos de ella a mandíbula batiente.

El veterinario rió a carcajadas. También la señora Moeller

sonreía, pero luego dijo, poniéndose seria:

— Me parece que vosotras las chicas os preocupáis demasiado por el físico. La naturaleza da un cuerpo, unas piernas, unos brazos y todo lo demás que, casi siempre, están en armonía. No hay que tratar de enmendar la plana a la naturaleza. Hace algunos años, muchas chicas de Sundkoebing empezaban a ir despeinadas. Querían parecerse a la actriz de cine Katherine Hepburn...

— Audrey Hepburn, tía Henny — corrigió Puck sonriendo.

La señora Moeller movió la cabeza.

— ¿Sí? No sé, puede que tengas razón. Lo que sí sé es que la mayor parte de las muchachas estaban horribles con aquel «peinado». Una no llega a parecerse a una actriz de cine solamente por no peinarse.

— Eres algo anticuada, mamá — dijo el veterinario con una sonrisa burlona en los ojos.

— No lo creas —opinó la señora Moeller—. Solamente creo que muchas veces una chica se equivoca al intentar mejorar la obra de la naturaleza. Naturalmente que no pasa nada si se intenta llevar el pelo despeinado o en cola de caballo... Pero si no va con su tipo, tendrá que buscar algo más adecuado para ella.

— Creo que deberías ponerte a dar consejos de belleza a las jóvenes —bromeó el veterinario.

— Creo que tía Henny lo haría de maravilla — sonrió Puck—. Soy de su misma opinión. La naturaleza es más sabia que todas las chicas del mundo; pero casi siempre pasa lo mismo: si una chica es pequeña y gorda, ella quisiera ser alta y delgada... y viceversa. Mira por ejemplo a Karen; tiene un precioso cabello color caoba, y muchas de sus amigas se lo envidian... pero ella preferiría tener el pelo negro.

— Yo no quiero ser mulata —suspiró Navio.

La señora Moeller le acarició el pelo:

— Estás muy guapa con estas pecas, pequeña.

— Sí, y después de las vacaciones puedes vender algunas a Annelise —añadió el veterinario riendo.

Poco a poco, la conversación tomó otros rumbos. De repente, el veterinario le preguntó a Puck:

— Por cierto. ¿Dónde iba a pasar sus vacaciones tu amiga Lilian Latour?

— Con una tía, en Kolding — respondió Puck algo asombrada —. ¿Por qué me lo preguntas, tío Anders?

— Estaba pensando que la famosa «Troupe Latour» actuará estos días en Standby mientras duren las fiestas. Lo leí en el periódico. No sería raro que os encontrarais con Lilian en la ciudad.

—¡Sería formidablemente palpitante! —exclamó Navio.

Puck, sin embargo, no dijo nada. Al contrario que Navio, se sintió preocupada, porque de repente se acordó de todos los dramáticos acontecimientos ocurridos cuando la pequeña artista fue inscrita como alumna del pensionado de Egeborg. Por muchos conceptos había resultado una temporada horrible. Lilian hizo planes para fugarse del pensionado, porque quería continuar su vida de artista; pero, poco a poco, se había acostumbrado a la vida del internado.

Sin embargo, ¿qué pasaría si veía de nuevo a su familia? ¿No se despertarían los viejos sueños artísticos? Porque seguramente sabía ya que el grupo iba a actuar en Strandby y, sin duda, tenía planeado venir desde Kolding para reunirse con su familia.

Puck suspiró. Por un lado sería estupendo poder saludar a Lilian en Strandby, pero por otro lado temía que surgieran otra vez los problemas de Lilian. La vida de circo atrae demasiado a quien la ha vivido intensamente.

Ojalá se quedara su amiga en Kolding, pensó Puck, suspirando por segunda vez.

\* \* \*

El veterinario Moeller tuvo la suerte de encontrar un buen sitio en el puerto de embarcaciones de recreo en Strandby. Había llegado mucha gente con motivo de las fiestas, pero sólo los menos habían venido en barco.

Desde el puerto había un buen trecho andando hasta llegar al Gran Hotel, donde Moeller tenía reservadas las habitaciones, así que se sintió espléndido y tomaron un taxi.

Cuando el automóvil se acercaba al centro de la ciudad, las dos muchachas contemplaban el espectáculo a derecha e izquierda. Muchas casas estaban adornadas con guirnaldas, banderas y flores.

En la calle Mayor había dos hileras de mástiles con banderas, y en la plaza tocaba una banda de música. Los festivales no iban a empezar hasta el día siguiente, pero tanto los residentes como los

turistas deseaban al parecer anticipar las celebraciones. Reinaba un ambiente muy alegre y las muchachas pensaban vivir un par de días divertidos.

En el Gran Hotel, las dos habitaciones reservadas estaban una al lado de la otra, en el primer piso. Puck iba a compartir una de ellas con su amiga.

Apenas habían entrado, Navio, con los ojos muy abiertos exclamó:

— ¡Madre mía! ¡Qué formidablemente palpitante es todo esto!

— ¿Te parece? —sonrió Puck.

— Terrible, formidablemente palpitante. Claro que también es divertido dormir en una tienda de campaña; pero...



—Un poco de vida de condesa tampoco va mal de vez en cuando. Has sido muy gentil en invitarme. Tengo el presentimiento de que también aquí, en Strandby, va a ocurrir algo excitante.

— Siento decir que yo presiento lo mismo.

— ¿Qué? —exclamó Navio, olvidando por un momento sus saltos sobre la cama —. ¿No te gusta que pasen cosas excitantes?

Puck se sentó en el borde de la cama mirando a su amiga con una sonrisa.

— Claro que me gusta, Navio. Pero sigo pensando que quizá Lilian aparecerá por aquí... Y que surgirán problemas de algún tipo.

Navio se sentó en la cama, rascándose pensativa el dorado cabello. Movía la cabeza y el sol iluminó sus innumerables pecas.

— Calla, Puck. Admito que la primera temporada que Lilian pasó en el pensionado fue bastante difícil, pero ahora está muy contenta allí. Seguro que no sueña ni un instante con volver a ser

artista de circo.

— ¡Hum! — dijo Puck.

No dijo más, pero no dejó de pensar. Navio tenía razón cuando decía que Lilian se había acostumbrado al pensionado de Egeborg. Pero no es tan fácil olvidar la vida del circo.

Con el permiso del director y del profesor Strandvold, Lilian había formado un equipo de gimnastas femeninas, que se entrenaban durante un par de horas cada día, y las chicas, bajo la genial dirección de Lilian, se habían convertido casi en acróbatas.

Puck las había visto entrenarse en un par de ensayos, y cada vez le había asombrado la vocación de Lilian cuando dirigía a sus alumnas. Cuando llegaban a hacer algunos números a la perfección, Lilian se entusiasmaba batiendo palmas y sus ojos brillaban mientras los bucles negros de su pelo le caían sobre la cara. Ella misma se mantenía en buenas condiciones físicas y era casi increíble lo que podía hacer en los distintos ejercicios.

Navio miró a Puck de reojo y dijo:

— No vale la pena pensar más en eso, Puck. ¿Por qué diablos vamos siempre a adelantarnos a los disgustos? Esto no son más que suposiciones. Quizá Lilian ni siquiera sabe que la «Troupe Latour» ha llegado a Dinamarca.

— Tonterías —dijo Puck, dejando de sonreír—. Puedes estar segura de que Lilian sabe todo respecto al contrato de su familia aquí, y seguramente vendrá a reunirse con ellos.

— Pero, ¿por qué no nos dijo nada?

— Sí. ¿Por qué? —se preguntó Puck triste—. Eso es precisamente lo que me preocupa. Antes de las vacaciones, Lilian ya debía de saber que el grupo iba a llegar a Dinamarca, pero ella no ha abierto la boca... Bueno, el tío Anders nos dijo que teníamos que reunimos en el restaurante dentro de un cuarto de hora, así que más nos vale bajar.

— De acuerdo —dijo Navio levantándose—. Pero a ver si quedamos de acuerdo en no anticiparnos a los problemas. Estoy completamente segura...

— ¿De qué?

— De que Lilian no va a aparecer en Strandby.

— ¡Ya! — dijo Puck.

Cuando un momento después las dos muchachas iban por el largo pasillo del hotel, escucharon una alegre voz a sus espaldas:

— ¡Hola, chicas!

Navio y Puck dieron media vuelta como rayos y se sobresaltaron.

Una muchacha de bucles negros iba corriendo hacia ellas, saludándoles jubilosamente. Era Lilian.

\* \* \*

— Hola, Lilian —saludó Puck.

— Hola, Lilian —dijo también Navio.

La pequeña exartista estaba de un humor radiante, y hablaba como una cotorra:

— ¡Qué estupendo el haberos encontrado aquí! Así que habéis llegado a Strandby en vuestro recorrido por Dinamarca... A mí me ocurre lo mismo, porque mi familia va actuar durante tres días en el «Circo Mascari». Todo el grupo vive en este hotel. ¡Ha sido maravilloso volver a ver a mis padres y al resto de la pandilla! Yo vivo en el número 17, y comparto la habitación con mi hermana Rita...

Se calló durante un instante y continuó un poco menos entusiasmada:

— Es ella quien ocupa mi puesto en el grupo y... es muy, muy buena.

— Pero eso es estupendo —murmuró Puck.

— Naturalmente —contestó Lilian que parecía haber recuperado su buen humor—. Como sabéis, la «Troupe Latour» es mundialmente famosa, cada miembro es un artista. ¿Vivís vosotras en este hotel?

— Sí.

— ¡Fabuloso! Así podemos pasar un par de días juntas, y me acompañaréis al circo para ver ensayar a la «troupe». También hay muchas otras cosas dignas de verse. El «Circo Mascari» es famoso por sus elefantes, fieras y caballos...

— Eso suena formidablemente palpitante — dijo Navio entusiasmada.

Puck movió la cabeza, no tan optimista.

— Será muy interesante, Lilian. ¿Cuándo ensaya tu familia?

— Mañana por la mañana, a las nueve. Podemos ir juntas.

Conseguiré entradas gratis para la primera función de gala, mañana por la noche.

— Pero estamos aquí con mis tíos...

— Bueno, entonces conseguiré entradas para ellos también. Nos divertiremos.

— Pero el tío Anders puede pagarlas...

— No digas bobadas —le interrumpió Lilian, alegre—. Ahora me voy corriendo. Hay ensayo con los caballos en el circo dentro de media hora. Ya nos veremos más tarde.

— Claro —dijo Puck—. Mi tío ha dicho que nos quedaremos a cenar aquí.

— Estupendo. ¡Ya nos veremos, pues!

Como un huracán, Lilian desapareció por el corredor. Navio se quedó mirando en la dirección por donde había desaparecido su amiga y exclamó:

— Está completamente chiflada.

— Creo que sí —admitió Puck preocupada—. Ya ha respirado de nuevo la atmósfera del circo, y ya no sabe pensar ni hablar de otra cosa que no sea el circo. Ojalá estos tres días pasen deprisa y Lilian vuelva con su tía a Kolding.

— ¡Hum! —exclamó Navio—. Esta vez te doy la razón.

Las dos amigas bajaron al restaurante.

Después de haber tomado café con el veterinario y su esposa, obtuvieron permiso para recorrer la ciudad solas. Y resultó una experiencia muy divertida. En todas partes había jolgorio y gente que se apresuraba de un lado para otro, dando los últimos toques a los preparativos.

En una de las plazas estaban levantando un tablado donde se organizarían bailes al aire libre durante las noches siguientes. En otro sitio construían tribunas para los músicos; las tiendas de la calle Mayor se habían esmerado con sus adornos; delante del Casino habían puesto carteles donde se podía leer lo siguiente:

CONCURSOS EXTRAORDINARIOS DURANTE LOS TRES DÍAS DE LA FIESTA CELEBRAREMOS CADA NOCHE UN CONCURSO DIVERTIDO, EN EL CUAL PUEDEN PARTICIPAR TODAS LAS CHICAS DE CATORCE A NOVENTA AÑOS. NO SE TRATA DE QUE LAS PARTICIPANTES SEAN GUAPAS O FEAS, ALTAS O BAJAS, GORDAS O FLACAS. CADA NOCHE EL CONCURSO SERÁ

DISTINTO; PERO SECRETO. PARA USTED SERÁ UN GRAN ACONTECIMIENTO Y TENEMOS MUCHOS PREMIOS PARA LAS GANADORAS.

¡PASE UNA NOCHE AGRADABLE, EN AMBIENTE FAMILIAR!

—Eso suena formidablemente interesante — dijo NaVio—. Qué extraño que organicen un concurso que no sea de belleza. ¿Qué será?

— No tengo la más remota idea — sonrió Puck —. Pero creo posible convencer a los tíos para que nos traigan a ver el espectáculo una de estas noches; así nos enteraremos. Además, creo que el tío Anders y el director del Casino hicieron el servicio militar juntos.

— Estupendo — dijo Navio —. Así logrará seguramente una buena mesa. ¡Cómo nos vamos a divertir!

\* \* \*

Cuando Puck y Navio regresaron al Gran Hotel, tenían los pies doloridos, pero habían pasado una tarde estupenda. Después de haberse lavado y arreglado en la habitación, se encontraron en el restaurante con el veterinario y su esposa para cenar. Hablaban las dos al mismo tiempo, contando sus aventuras de la tarde.

Cuando Puck contó lo del concurso en el Casino, el veterinario se quedó un momento escuchando en silencio. De repente soltó una carcajada; Puck le miró algo sorprendida:

— ¿Qué es lo que te parece tan divertido?

El veterinario se esforzó por dejar de reír e hizo un gesto con la mano.

— Nada en realidad. De pronto me acordé de algo. Os lo contaré en otra ocasión. Ya tenemos el programa completo para estos días. Mañana por la noche nos vamos al circo y pasado mañana al Casino. Llamaré a mi viejo amigo el director Soerensen para que nos reserve una buena mesa.

De nuevo eslalló en una sonora carcajada. La señora Moeller dijo con voz llena de reproches:

• Escucha, Anders, estás divirtiéndote solo. ¿No podías decirnos de qué se trata, para reírnos nosotras también?

—Ni hablar —rió Moeller—. Debéis disfrutar- de la alegría de la esperanza, igual que la Edith de Drachman. ¿Conocéis la historia de Edith?

—No —contestó Puck.

—Os la contaré —rió alegremente el veterinario—. Nuestro gran escritor y poeta Holger Drachman se había enamorado de una chica que en sus poesías llamaba Edith. Una noche la invitó a cenar en un restaurante, pero la pobre se pasó toda la noche esperando en vano a su admirador. Cuando se vieron el día siguiente, ella estaba bastante enfadada porque Drachman no había aparecido; pero él le dijo: «No has perdido la noche, Edith, porque durante varias horas has estado llena de alegría de la esperanza.» Es una manera de ver las cosas... ¿no?

La mirada de Puck denunciaba sus sospechas. Tenía la certeza de que el veterinario pretendía ocultar algo... ¿Qué podía ser? ¿Por qué de repente se había puesto a reír de aquella manera? Bueno, tarde o temprano seguramente tendrían la solución. El tío Anders era muy burlón, siempre tenía a punto alguna sorpresa. De vez en cuando, tía Henny afirmaba que nunca dejaría de ser un niño..., pero quizá por eso todo el mundo quería a tío Anders. No tenía un solo enemigo en el mundo.

Habían terminado la cena y estaban esperando el postre: un helado.

— Voy un momento a la habitación número 17 a buscar a Lilian —dijo Puck—, ¿Puedo invitarla a un helado, tío Anders?

— A tres, si quieres —rió el veterinario.

Puck desapareció, pero cinto minutos más tarde volvió bastante triste. Nadie había contestado a su llamada en el 17. Lo más seguro era que Lilian se había olvidado de su cita y se había quedado en el «Circo Mascari». Cuando lo dijo, el veterinario opinó:

— Seguramente tienes razón, Bente; pero a ti y a Navio os queda la alegría de la esperanza. Podréis verla mañana, cuando vuestra amiga regrese.

\* \* \*

Por la noche Puck durmió mal. Tenía el sueño inquieto. Se movía de un lado para otro en la cama mientras soñaba que Lilian estaba haciendo unos saltos mortales dobles, volaba por entre unos aros ardientes y saltaba sobre el lomo de unos caballos al galope. Durante la noche Navio la despertó con una sacudida y le dijo medio dormida:

—Oye, Puck. ¿Crees que eres un oso?... Te mueves tanto en la

cama que me mareo. Si sigues así, prefiero dormir en la bañera.

— Lilian se está quemando en un aro de fuego — murmuró Puck en sueños, dando la espalda a Navio.

Navio se sentó en la cama frotándose los ojos, mientras miraba de reojo a su amiga dormida. Tenía ganas de despertarla, pero vaciló e intentó dormirse de nuevo.

No durmieron muy bien ninguna de las dos, y por ello no se sentían descansadas cuando los primeros rayos de luz penetraron por las persianas entreabiertas, anunciando el nuevo día.

Mientras Navio se limpiaba los dientes bostezó de todo corazón, movimiento éste bastante difícil con la boca llena de crema dental, y después dijo:

— ¡Vaya manera de dar vueltas toda la noche!

— ¿Dar vueltas?

Navio enjuagó su boca y afirmó con la cabeza:

— Sí, y estoy dispuesta a apostar diez lenguados fritos a que has soñado un montón de cosas desagradables. Una vez gritaste que Lilian se estaba quemando en un aro de fuego.

— Sí, es verdad — dijo Puck pensativa y contó a Navio la parte del sueño que recordaba.

Después de bañarse y arreglarse celebraron un pequeño consejo. El veterinario había dicho que podían hacer lo que quisieran mientras cumplieran el horario de la comida y la cena. No había hablado del desayuno y Puck propuso:

— Vamos al 17 para ver si Lilian se ha despertado.

— De acuerdo.

Se quedaron un momento ante la puerta de la habitación 17, mirándose sorprendidas. Dentro se oían palmas regulares y una serie de golpes suaves, seguidos de un palmoteo entusiasta y una risa contagiosa.

— ¿Qué estarán haciendo? — dijo Navio.

— Será fácil averiguarlo — repuso Puck y llamó a la puerta. Silencio en la habitación. Después la puerta fue abierta por Lilian.

— ¡Hola, chicas! — saludó alegremente—. Entrad y saludad a Rita. Acabamos de hacer un poco de gimnasia.

— ¿Acabamos? — repitió la hermana con risa burlona—. Querrás decir que yo estaba haciendo gimnasia mientras tú te limitabas a hacer de espectadora.

Se volvió hacia sus dos visitantes y continuó sonriendo:

— La gimnasia de un artista no es la que da la radio por la mañana; los ejercicios son bastante más difíciles y Lilian no podrá realizarlos siendo alumna de un pensionado.

Puck miró a Lilian y vio como la expresión de su cara se había vuelto sombría, pero sólo duró un momento. Luego preguntó con voz despreocupada:

— ¿Habéis desayunado ya?

— Aún no.

— Muy bien; lo encargaré yo. Mientras esperamos, Rita puede demostrar sus facultades.

— Sí, nos gustaría —murmuró Puck.

Poco después, Puck y Navio tuvieron oportunidad de admirarla. Era increíble lo que podía hacer la pequeña artista en un espacio tan reducido. Dio una serie de volteretas en el mismo sitio, media docena de saltos mortales y después efectuó varios ejercicios que hicieron abrir la boca de asombro a las dos colegialas.



Rita tenía un par de años menos que Lilian; pero su parecido era asombroso. Ambas eran guapas, altas y esbeltas, tenían el mismo pelo negro ondulado y mucho temperamento. Hubieran podido pasar fácilmente por italianas o españolas, aunque sus padres eran en realidad daneses.

Puck creía saber que el apellido del padre era Larsen a secas, pero un nombre tan corriente no tenía exotismo para ser usado en el mundo artístico internacional; por eso el mundialmente famoso conjunto había cambiado su nombre por el de «Troupe Latour».

Habían viajado con gran éxito por gran parte del mundo y cobraban un sueldo impresionante. Ésta era la causa de que el grupo pudiera permitirse el lujo de vivir en el mejor hotel de Strandby, y no en un remolque junto al circo o ni uno de los hoteles

baratos. La «Troupe Latour» había aceptado actuar durante tres días en Dinamarca únicamente con el deseo de volver a la patria y ver de nuevo a Lilian, antes de emprender una turné por un país lejano.

Una camarera trajo un delicioso desayuno para cuatro y las chicas lo pasaron en grande durante media hora. De repente, Lilian pareció tener prisa. Se levantó, se puso a revolver en su maleta y sacó algo que envolvió en un pequeño paquete. Eran un par de zapatillas y una malla de seda negra.

Rita le preguntó sorprendida:

— Dime. ¿Adonde vas con eso?

Por segunda vez, la cara de Lilian apareció sombría durante un par de segundos; pero respondió con voz animada:

— Tal como has dicho antes, es difícil mantenerse en forma mientras se está en un pensionado. Pero voy a hacerte cambiar de opinión.

— Pero, no comprendo...

— Ya comprenderás —interrumpió Lilian—. Seguramente papá no tendrá inconveniente en que ensaye con vosotros hoy a las nueve en el circo. Vamos a ver si he olvidado todo lo que aprendí con la «Troupe Latour».

Rita movió la cabeza desaprobando la idea de su hermana:

— No seas tonta, Lilian. Papá siempre dice que un acróbata tiene que ensayar hasta el último momento para hacerlo bien... y... temo que todos se rían de ti en el circo.

— Eso no te importa — le cortó Lilian.

A Puck no le gustaba nada la situación. La relación entre las dos hermanas se había vuelto tensa. Las observaciones de Rita quizá habían sonado algo a soberbia; pero, sin duda, era una chica excelente y seguramente no había sido su intención ofender a Lilian.

Pensaba que un artista necesita bastantes horas de ejercicio diario, y temía que Lilian fuera el hazmereír de los otros artistas que asistirían al ensayo matinal en el «Circo Mascari».

¿No tendría razón Rita? A pesar de que Puck se acordaba con todo detalle de aquella fiesta en el pensionado de Egeborg, cuando Lilian dejó asombrados a todos los expectadores con sus fantásticos ejercicios circenses, pensó que hacía mucho tiempo de eso, y desde entonces le había sido imposible a Lilian ensayar todo lo necesario

para continuar siendo una buena acróbata. Ojalá hubiera terminado ya el ensayo matinal, pensó.

Lilian dijo rápidamente:

— Bueno, vámonos, chicas. No podemos llegar tarde. Mis padres y los demás ya se han ido al circo hace una hora. Nosotras vamos andando para respirar el aire libre. Tenemos el tiempo justo.

Cinco minutos más tarde, las cuatro muchachas se encontraban en camino hacia la plaza del circo...

La gran carpa de lona blanca y gris se levantaba orgullosamente en medio de la plaza. A su alrededor se encontraban los remolques pintados de verde. Mirándolo superficialmente, todo tenía un aspecto pintoresco, pero a pesar de ello, Puck se sintió desilusionada.

Los remolques y «roulottes» eran modernos, todos motorizados, y los artistas tenían un aspecto bastante normal. Eran completamente distintos cuando actuaban en la pista, vestidos con trajes multicolores que brillaban mágicamente iluminados por los proyectores.

De algunas «roulottes» salía olor a café; de otras, gritos y palabras fuertes. Los numerosos niños de los artistas, que estaban tomando el sol en los escalones de los remolques, se veían perezosos y cansados. Puck sabía muy bien que esos mismos niños, por la noche, trabajarían en la pista y entonces se verían ágiles y rápidos volando por los aires, saltando de un caballo a otro y ejecutando muchos otros números que harían gritar de emoción a los espectadores. En cambio, a aquellas horas de la mañana, la vida del circo solamente enseñaba la cara prosaica de la moneda.

Casi peor fue entrar bajo la gigantesca carpa de circo. Por las aberturas de la tela penetraban los rayos del sol matinal en anchas y doradas bandas de luz; pero, a pesar de ello, en el gran espacio interior reinaba una luz gris y triste, y la pista misma tenía un aspecto indescriptiblemente gris, como fondo de los artistas que estaban ensayando. Era casi increíble que la diferencia entre los ensayos matinales y la actuación en la función de noche pudiera ser tan enorme.

Puck y Navio fueron presentadas a toda la «Troupe Latour». El grupo estaba formado por los padres y cuatro hijos e hijas de distintas edades, además de Rita. Todos vestían malla, y Rita fue a

cambiarse rápidamente.

Entonces empezó el ensayo.

Puck y Navio no tardaron en darse cuenta de por qué habían conseguido fama internacional los componentes de la «Troupe Latour». Era increíble lo que podían llegar a hacer aquellas siete personas. Parecía que la ley de la gravedad no existía para ellos cuando efectuaban sus difíciles ejercicios. Todo era realizado con ligereza y elegancia, como si fuera lo más fácil del mundo. Puck miró de reojo a Lilian, que estaba sentada a su lado. Sentía la casi convulsiva tensión de ella y el extraño brillo de sus ojos.

— ¡Bien! —murmuraba de vez en cuando—. ¡De primera!

Puck suspiró sin querer. Comprendía perfectamente lo que sentía su amiga. Por un lado había sido estupendo que Lilian tuviera ocasión de saludar a su familia, pero por otro lado no había sido muy oportuno.

Después de un ejercicio bastante complicado, papá Latour gritó con severidad:

— ¡Peggy! ¡Olvidaste saludar al público!

— Perdona, papá.

La pequeña artista hacía reverencias en todas direcciones, sonriendo feliz y mandando besos hacia las gradas vacías.

— Bien, Peggy. No lo olvides tampoco durante la función.

— Me acordaré, papá.

— Bien, hijita.

Y así siguió el ensayo por algún tiempo. El padre de Lilian parecía ser un maestro severo que exigía tanto de sí mismo como de los otros componentes de la familia. De no ser así, el grupo no hubiera llegado tan lejos ni obtenido tanta fama.

Puck y Navio habían estado tan absortos en los difíciles ejercicios que por unos instantes se olvidaron de Lilian. De repente, exclamó Puck:

— ¿Dónde está Lilian?

— No tengo ni idea —contestó Navio extrañada—. Estaba aquí hace un momento.

Casi al mismo tiempo oyeron una voz clara:

— ¡Hola, papá...! ¡Ahora voy a enseñaros lo que sé hacer!



En la entrada de la pista estaba Lilian, vestida con malla de seda negra y zapatillas. Cuando Puck la vio, se apoyó en el respaldo del banco y exclamó como si hubiera perdido toda esperanza:

— ¡Pobre Lilian!

Papá Latour se quedó clavado en medio de la pista mirando a su hija, sin comprender. Entonces dijo, serio:

— ¿Qué te pasa, Lilian? No podemos perder el tiempo mirándote saltar a ti.

— Papá... —empezó Lilian. Puck no quiso escuchar más y dijo rápidamente a Navio:

—Oye, vamos a estirar las piernas, a ver qué otras cosas hay por ahí fuera.

— Pero, ¿por qué? —preguntó Navio ingenua—. Ahora le toca actuar a Lilian.

Puck movió seriamente la cabeza:

— Precisamente por eso. No me puedo quedar quieta aquí sentada. Temo que sea un rotundo fracaso..., si su padre le da permiso para actuar.

— Bueno, bueno — suspiró Navio levantándose.

—

Las dos amigas se fueron lentamente hacia la salida, mientras Lilian discutía vivamente con sus padres y sus hermanos. Al parecer, su elocuencia les convenció porque, después de un rato, su padre se encogió de hombros y una plancha rectangular de madera fue colocada sobre la arena.

— ¿Qué va a pasar ahora? —musitó Navio a punto de ponerse tan nerviosa y excitada como su amiga.

— Lo veremos pronto — contestó Puck.

Y tuvo razón. Lilian se colocó en medio de la plancha, quedó un par de segundos inmóvil, como si estuviera reuniendo fuerzas y, tras doblar ligeramente las rodillas, como un torbellino dio una voltereta elegantísima, luego otra... y otra, tan rápidas que Puck se sentía mareada.

— ¡Habrás visto —comento Navio entusiasmada— que trabaja por lo menos tan bien como Rita!... Pero, ¿qué va a hacer ahora?

Lilian quedó quieta un momento, recuperando la respiración. Se apartó de la frente un par de bucles. A su alrededor estaba la familia, todos tiesos como estatuas. Entonces Lilian dobló de nuevo las rodillas y en el mismo lugar efectuó un soberbio salto mortal.

— ¡Bravo, Lilian, fantástico, bravo! —exclamó la señora Latour, aplaudiendo.

Navio suspiró ruidosamente:

— ¡Ay, Puck! Estoy a punto de desmayarme. Si la chica sigue así, esto va a terminar mal. Me pondré a llorar..., y saldré de aquí corriendo.

Un par de hombres jóvenes habían entrado en el circo. Se quedaron de pie, fuera de la pista, a un par de metros de distancia de Puck y Navio. Vestían elegantes trajes de verano color gris. Puck les oía intercambiar palabras en alemán. Aunque tenía dificultades con este idioma, fue capaz de entender ciertas frases de la conversación:

— ...la penúltima de las hijas de Latour...

— ...muy buena...

— ...va al colegio aquí, en Dinamarca...

En la pista estaba ocurriendo algo nuevo. La gran plancha de madera fue puesta a un lado y unos aparatos fueron colocados en su lugar. Se trataba de una plataforma alta, de patas niqueladas. Encima había un taburete de madera, y debajo una especie de balancín flexible, forrado de espuma verde.

Navio y Puck miraron nerviosas cuando papá Latour entró con una pértiga larga y niquelada que arriba estaba coronada por un asiento con respaldo bajo. La parte inferior la apoyó en una correa que llevaba alrededor de la cintura. Mientras uno de los chicos subía ligero a la plataforma, Lilian se colocó en un lado del balancín.

— ¿Listos? —preguntó Latour.

— Lista —contestó Lilian tranquila.

En el mismo instante, el hermano saltó desde la plataforma sobre la parte elevada del balancín, y Lilian fue lanzada al aire con gran fuerza. Parecía volar de espaldas por el aire, hasta que terminó sentada en la silla que aguantaba el padre sobre la larga pértiga.

— ¡Fantástico! — chilló Navio fuera de sí, entusiasmada.

Pero, por muy extraño que pareciera, ninguno de los familiares de Lilian aplaudió aquel número, y Puck tuvo la sospecha de que el ejercicio era menos difícil de lo que parecía. Sólo había sido el comienzo de algo más difícil y excitante. Todos los preparativos se repitieron de nuevo; pero, cuando Lilian fue lanzada y volaba de espaldas por el aire, hizo un salto mortal y llegó a sentarse con la misma elegancia que antes en la silla situada sobre la pértiga.

— Puck, ya me desmayé —jadeó Navio, mordiéndose los puños hasta casi hacerse sangre—. ¿Viste antes algo semejante?

— Sí —dijo Puck—. Pero es fantástico que Lilian pueda hacerlo sin estar entrenada.

Latour había bajado la pértiga para que Lilian pudiera saltar con elegancia al suelo. Entonces empezó una violenta discusión entre los miembros de la familia Latour. Puck no podía entender desde la grada lo que decían; sin embargo, oyó algo de la conversación entre los dos alemanes:

— ¡Muy bien hecho!

— Sí, pensando que la chica no está en forma...

— ¿Va a trabajar de nuevo con su familia?

— Quizá... Espera... ¿Qué pasa ahora?

— ¡Rayos y truenos! —exclamó uno de los alemanes—. Creo que la muchacha va a intentar un salto mortal doble.

Puck se asustó. Había sido fantástico que Lilian fuera capaz de dar un salto mortal de espaldas sin ensayar... Pero ahora, ¿no iba a intentar lo imposible? Su padre debía ser razonable y prohibírselo. No debía dejarla intentar un doble salto mortal.

Pero Puck se equivocaba. El padre, después de una corta discusión, se dejó convencer. Lilian se puso otra vez en el balancín, mientras su hermano subía sobre la plataforma.

— ¿Qué va a hacer? —musitó Navio excitada, chupando sus puños.

— ¡Un salto mortal doble de espaldas!

— ¡Qué chica! —murmuró uno de los alemanes—, Pero no lo logrará; es imposible.

Varios artistas habían entrado en el circo. Los dos alemanes les explicaron lo que pasaba. Estaban todos de pie al lado de la barrera, inmóviles como estatuas. El silencio era tan absoluto bajo la gigantesca carpa que se hubiera oído caer un alfiler al suelo.

Latour estuvo un momento poniendo la pértiga en equilibrio, carraspeó un poco y preguntó:

— ¿Listos?

— Lista —contestó Lilian tan tranquila como la primera vez.

— No me atrevo a mirar —dijo Navio con voz ronca mientras se tapaba los ojos con los puños cerrados.

Entonces saltó el hermano de Lilian.

Puck contemplaba la escena con ojos muy abiertos. Lilian voló de nuevo por los aires, giró como un torbellino en dos saltos mortales..., y fue a parar junto al borde de la silla sin llegar a sentarse. Agitó los brazos para recobrar el equilibrio... ¡Y continuó cayendo hasta el suelo!

Sin querer, Puck lanzó un grito, y casi no se atrevió a mirar a la pista. Navio se quitó las manos de los ojos, pero estaba muda de espanto. Un murmullo surgió entre los artistas. La inquietud era perceptible.

Pero todo terminó más felizmente de lo que era de esperar. Cuando Lilian falló y cayó a la pista, dobló de manera auténticamente artística las rodillas para suavizar el efecto de la caída.

Por fortuna, no había caído de cabeza o de espalda y no tardó más de un par de segundos en levantarse haciendo reverencias, mandando besos en dirección a los artistas y a las gradas vacías. La señora Latour corrió a abrazar a su valiente hija, mientras Puck oía que los alemanes decían:

— ...fabuloso...

— ...un accidente comprensible, teniendo en cuenta que la niña no está en forma.

— Sí, y también posible estando en forma...

— Si no va a actuar con Latour, podemos emplearla.

— ¿Crees que querrá?

— De eso podemos ocuparnos fácilmente nosotros —rió el otro alemán, y a Puck le pareció que su risa era muy desagradable.

¿Quiénes serían aquellos caballeros que vestían tan elegantemente?

Puck les miró de reojo mientras ellos salían del circo conversando confidencialmente.

Poco después, Lilian se reunió con sus dos amigas. Su cara estaba iluminada por una amplia sonrisa, pero Puck notó que cojeaba un poco. La caída no había sido seguramente tan suave como Lilian había aparentado.

— Bueno — dijo la pequeña artista alegremente —. Fallé un poco en el último intento. A pesar de eso, ¿os ha gustado?

— ¡Has estado fantástica! —dijo Navio con verdadera admiración—. Un par de veces he estado a punto de desmayarme de nervios. Seguro que mis pecas han palidecido.

Pero las pecas de Navio no parecían interesar a sus dos amigas. Puck se volvió hacia Lilian y preguntó:

— Dime, Lilian, ¿quiénes eran esos elegantes caballeros con trajes de verano?

— ¿Ellos? Max y Willy, de los «Diablos Voladores» —contestó Lilian, y había una nota de respeto en su voz—. Es el número que cobra más en el «Circo Mascari»..., después del de papá, naturalmente. ¿Por qué te interesas por ellos?

Puck se sintió un poco incómoda. No le había gustado nunca mentir, pero de repente tuvo la certeza de que se podía permitir una pequeña «mentira blanca», así que se limitó a contestar:

— Es que me estaba preguntando si eran artistas fijos de este circo o si, como tu familia, actúan sólo durante un par de días.

— Actuarán sólo durante las fiestas de la ciudad; creo que dentro de una semana tienen que cumplir un contrato en Barcelona.

— Bueno — dijo Puck —. ¿Vienes con nosotras al hotel?

Lilian vaciló un poco:

No... Tengo que hablar con mi padre... Tengo que explicarle algo...

— ¿Cuándo te veremos entonces?

— Comeremos todos en el Gran Hotel.

— Muy bien. Entonces. ¡Hasta la vista!

— Adiós, chicas.

Puck estuvo callada mientras cruzaba la plaza del circo. Tenía el presentimiento de que estaban en camino acontecimientos desagradables.

\* \* \*

Cuando alrededor de las once la familia Latour regresó al hotel, tuvieron ocasión de conocer al veterinario y a su esposa, y todos comieron juntos en una gran mesa del restaurante. El ambiente era bastante alegre ya que el veterinario estaba de un humor excelente. Contó pequeñas anécdotas y chistes divertidos, que acrecentaron la alegría general, Lilian era la más callada y pensativa de todos.

Puck no pudo evitar el notarlo, y solamente deseaba terminar para levantarse de la mesa junto con Navio y Lilian. Suspiró aliviada cuando por fin acabó la comida y, minutos más tarde, las tres amigas salieron a pasear por la ciudad. Puck cogió del brazo a Lilian y preguntó alegremente:

— Bueno, ¿cómo van las cosas?

— Estupendamente —contestó la pequeña acróbata.

Puck le apretó amistosamente el brazo:

— Tonterías, Lilian. Estás triste por algo. Será mejor que nos lo cuentes. ¿Podemos ayudarte Navio y yo?

— No.

— Entonces ¿te ocurre algo en lo que no podemos intervenir?

— Sí.

— ¿Qué pasa, pues?

Lilian anduvo un poco en silencio antes de contestar:

— Bueno, voy a deciros la verdad. Como recordaréis, no me gustaba nada la idea de tener que vivir en el pensionado de Egeborg. Solamente deseaba ser una artista famosa... Ya sabéis: los focos, los aplausos, un público entusiasmado... Y entonces pensé...

Su voz estaba a punto de convertirse en llanto y tardó un poco antes de continuar:

— Bueno; poco a poco, me acostumbré al colegio y a los buenos compañeros. Todo te lo debo a ti, Puck. Casi me había olvidado de la vida de circo. Pero ahora... ahora...

Puck presentía que Lilian estaba a punto de llorar. Apretó su brazo cariñosamente:

— No digas más, Lilian, si te pones triste.

— Sí, pero quiero contarlo todo — dijo Lilian con voz llorosa—.

Cuando Rita esta mañana me enseñó lo que sabe hacer..., tuve un extraño estremecimiento en el corazón. Creo que podéis llegar a comprenderlo, aunque nosotros los artistas somos algo raros.

— Te comprendemos perfectamente — dijo Puck, tranquilizadora.

— ¿Tú crees? —hipó la pequeña artista, secándose las lágrimas que resbalaban por sus mejillas—. Bueno, entonces voy a contaros el resto. Tuve unas ganas locas de volver de nuevo a la vida de circo. Por eso quise demostrar a mi padre esta mañana que aún me acuerdo de gran parte de lo que él me enseñó. Pero..., todo es tan desesperanzador...

Puck estaba a punto de llorar ella también cuando volvió a apretar amistosamente el brazo de Lilian y preguntó:

— ¿Acaso no hay esperanza? ¿Preguntaste a tu padre si te dejaba ingresar otra vez en el grupo?

— Sí. Pero... Me dijo que no.

— Pero, ¿por qué?

— Papá me dijo que ahora no había sitio para mí. No sabe dónde colocarme. Porque resulto ser al mismo tiempo demasiado vieja y demasiado joven... Pero, ¿por qué solamente yo entre toda la familia?

Lilian no podía más. Las lágrimas desbordaban sus ojos. Ni Navio ni Puck sabían que decir para consolarla. La gente que iba por la misma acera miraba asombrada a Lilian, que lloraba sin disimulo, pero nadie podía sospechar la pequeña tragedia que motivaba aquellas lágrimas.



—¿Tienes un pañuelo? —preguntó Puck únicamente por decir algo.

— No —hipó Lilian—. Lo olvide en el hotel.

— Bueno, entonces toma el mío, aunque está un poco usado.

— Gracias... ¡Hip!...

Lilian cogió el pañuelo y se enjugó las lágrimas. Hipó un par de veces como para recobrarle y dijo con voz que quería ser alegre:

— Bueno; ya está bien de llores por cosas sin importancia. He conseguido entradas para la función de gala de esta noche. Nos vamos a divertir en grande...

— Seguro que sí —dijo Puck.

Iba a decir algo más, pero de pronto se paró y señaló un cartel que anunciaba:

## **HELADOS**

Puck logró sonreír cuando preguntó:

— Chicas, ¿no sería una idea fabulosa refrescarnos con un par de helados?

— Estoy sin ni cinco... —dijo Navio.

— A mí me pasa lo mismo —añadió Lilian.

Puck hizo un gesto espléndido con la mano:

— Menos mal que vuestra mamá os acompaña, hijitas. Yo gané algún dinerito cuando el tío Anders vendió la lancha rápida grande, y, podemos permitirnos el lujo de entrar en estos elegantes salones.

Minutos más tarde, las tres amigas estaban inclinadas sobre sus respectivas copas de helado, y Puck dijo alegremente:

— Aquí estamos bien, casi tanto como en la pastelería del señor Bose, en Oesterby. ¿No crees lo mismo, Lilian?

— Sí —contestó en voz baja.

Pero un par de lágrimas saladas cayeron en su delicioso helado.

\* \* \*

El «Circo Mascari» había levantado su carpa en la mayor plaza de Strandby. Una doble fila de «roulottes» formaba un círculo alrededor de la gigantesca lona. Casi todos los vagones-vivienda eran motorizados y estaban equipados con las más modernas comodidades.

El más elegante de todos pertenecía al famoso Grupo de «Los Diablos Voladores», que ya hacía muchos años gozaban de fama internacional. Su número en los trapecios, sin red de seguridad, era tan atrevido que los directores de circo de todo el mundo les ofrecían contratos formidables.

Con motivo de las importantes fiestas de Strandby, el grupo

había firmado un contrato de pocos días de duración, y seguidamente marcharían a cumplir numerosos contratos en diversos países del mundo.

El número de «Los Diablos Voladores» lo componían cinco miembros: Max, Willy, sus respectivas esposas y una chica de catorce años llamada Sonja. El grupo había «adoptado» a la niña en una ciudad del sur de Alemania, en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, cuando todo el país se encontraba en el caos, y las ciudades estaban cubiertas de ruinas.

En los círculos circenses, sobre todo durante los primeros años, se decía que el grupo no había adoptado a Sonja de manera legal; malas lenguas incluso hablaban de secuestro. Los dos hermanos siempre habían dicho que eran habladurías maliciosas nacidas de la envidia de otros artistas.

En esta dura escuela se había educado Sonja hasta convertirse en una estupenda acróbata.

Pero, desde hacía un par de años, la pequeña había empezado a interesarse por su origen. Los cuatro adultos cambiaban de conversación cuando ella hablaba de este tema. Pronto se dio cuenta de ello y, poco a poco, llegó a odiar la vida de circo. Ella no había nacido para eso.

Cuando tenía un año experimentó los horrores de una guerra terrible; pero aquellos acontecimientos no los recordaba; sólo le quedaba la imagen de las ruinas de una gran ciudad alemana, pandillas de niños harapientos y hombres vestidos de uniforme que en vano intentaban gobernarlo todo.



Más claros eran sus recuerdos sobre largas marchas en roche y

como le habían tirado del pelo y le habían pegado incluso algunos azotes cuando se encontraba ya en el circo. Los tíos Willy y Max habían sido muy severos con ella, aunque solamente era una niña muy pequeña.

El corazón casi se le paró de miedo cuando, por primera vez, fue lanzada por los aires como si fuera una pelota; pero con el tiempo se había acostumbrado a aquellos ejercicios y ya no sentía miedo ni se ponía nerviosa cuando volaba de un trapecio a otro, muy arriba, bajo la cúpula del circo.

Al contrario que otros artistas, ella había llegado a odiar su trabajo. De eso estaba convencida, pero ella no sabía como dejarlo... En el mundo cruel en que vivía no tenía con quién hablar de ello. No tenía una auténtica familia ni amigos.

El gran camión-vivienda de «Los Diablos-Voladores» estaba equipado con muchas y modernas comodidades. Incluso había cocina y un pequeño baño. Tenía tantas literas que todo el grupo podía dormir en él en caso de necesidad; pero eso no ocurría con frecuencia. En las grandes ciudades, los cuatro adultos alquilaban habitaciones en el mejor hotel y, cuando iban de un país a otro, para viajar casi siempre usaban el «Cadillac».

El gran camión-vivienda les seguía, conducido por un chófer alemán llamado Heinrich. Este hombre había estado al servicio del grupo desde que Sonja podía recordar. Era un hombre introvertido, de pocas palabras, con quien era difícil entablar una conversación, y como los demás miembros del grupo tampoco le hacían mucho caso, excepto a la hora de trabajo, la niña se sentía muy sola en el mundo.

Sonja había ensayado junto con su grupo durante una hora, más o menos, y ahora se encontraba descansando en el camión, en una litera cerca del techo. No estaba cansada, pero como no tenía a nadie con quien hablar, le daba igual estar allí, pensando en su triste vida.

Tumbada sobre la espalda, inmóvil, mirando al techo, sus pensamientos no tardaron en girar de nuevo sobre su pasado y su desconocido origen. Max y Willy nunca le habían dicho otra cosa que sus padres habían muerto durante un bombardeo, y que ellos la habían adoptado cuando tenía tres años.

Pero el nombre de la ciudad donde nació no había logrado

saberlo jamás. Poco a poco llegó a sospechar que se trataba de una gran ciudad en el sur de Alemania. Pero ¿cuál? Se lo había preguntado un sin fin de veces a sí misma sin encontrar respuesta, y en todo el mundo no tenía una sola persona en quien confiar y a quien pedir consejo.

Hasta ahí habían llegado sus pensamientos cuando dos hombres entraron en el camión-vivienda. Eran Max y Willy, y no se dieron cuenta de que Sonja estaba en su alta litera. La muchacha iba a hacer notar su presencia, pero en aquel momento oyó decir a Max:

— No me gusta la idea, Willy: No podemos llevarnos a la chica contra su voluntad...

— ¿Y quién dice que vamos a hacer eso? —interrumpió Willy con una risa desagradable—. Esas cosas hay que hacerlas con astucia para no tener a toda la Interpol pisándonos los talones.

Los dos acróbatas se sentaron, mientras Sonja se quedaba quieta en su litera completamente inmóvil, presa de gran excitación. Willy continuó:

— Cambié impresiones con Latour. Su hija está muy encaprichada con la idea de volver al circo; pero Latour no tiene sitio actualmente para ella. Es incomprendible a mi entender, pues la chica tiene un talento extraordinario, justamente lo que necesita nuestro número de «Los Diablos Voladores».

— Eso está muy bien; pero, si no puede volver con la «Troupe Latour», no creo que la vida de circo le atraiga tanto.

Willy rió de nuevo:

— No estés tan seguro de eso. He tramado un plan en todos sus detalles. El lunes, toda la familia Latour se marcha en avión a Bremen y, desde allí, continuarán viaje hacia América del Sur. Por ese lado no espero dificultades.

— Bueno, ¿y qué?

— Hablaré con Lilian Latour y la convenceré de que le espera un brillante futuro con «Los Diablos Voladores». Naturalmente, no se puede decidir sola; pero como para entonces su familia estará en camino hacia América del Sur, no podremos obtener su consentimiento...

— ¿Acaso piensas secuestrarla?

— ¿Secuestrar? —repitió Willy con una risita—. Ésa es una palabra muy fea. No; primero voy a lograr que Lilian firme su

aceptación de entrar en nuestro conjunto si su tía da su consentimiento...

— ¿Su tía?

— Sí; tenemos la suerte de que Lilian está pasando sus vacaciones de verano en Kolding con una tía. Pasaremos por la ciudad, de camino a la frontera alemana y, naturalmente, a Lilian le gustará acompañarnos, en plan de pasajera, hasta Kolding...

— Estás completamente loco — interrumpió Max, irritado —. Quizá logremos que la chica firme el papel. Tienes ciertas dotes en el arte de convencer a la gente; pero puedes estar seguro de que la tía no va a dar su permiso jamás, y Lilian seguramente cambiará de parecer antes de llegar a Kolding.

— Por eso pienso pasar por Koldig sin parar.

— ¿Qué dices? Así que piensas secuestrarla en realidad.

— ¡Oh, no! No actuaría tan torpemente, querido Max. Pero tengo una droga, que pienso poner en el café o en el te de Lilian antes de llegar a Kolding. La droga es completamente inofensiva, pero la hará dormir durante un par de horas al mismo tiempo que su temperatura se elevará. Cuando lleguemos a la frontera alemana el policía verá que se trata de una chica enferma, y no pondrá dificultades.

En algún lugar de Alemania recobraré el sentido y, entonces, tendremos que explicarle que no pudimos hablar con su tía porque desconocíamos su dirección; pero que todo se arreglará cuando le mandemos una carta y expliquemos las cosas. Seguramente Lilian se enfadará, pero ya la haremos entrar en razón antes de llegar a Barcelona. Desde luego, no habrá dificultades con la policía si tenemos su firma de que desea entrar en el grupo. ¿Qué te parece mi plan?

— Es bastante astuto... y vale la pena correr el riesgo.

— ¿Qué hacemos con Sonja? ¿No se opondrá?

La pequeña artista se sobresaltó al oír la respuesta de Willy:

— Podemos darle la droga igual que a Lilian, si es necesario.



Al cabo de un rato los dos hermanos se levantaron y salieron. Sonja se quedó un buen rato completamente inmóvil. Los pensamientos daban vueltas en su mente, volviendo siempre a la misma pregunta: ¿Qué podía hacer?... ¿Qué podía hacer?...

Diferentes y contradictorios sentimientos luchaban entre sí en su interior. Había visto a Lilian durante el ensayo de la mañana. Sería estupendo tener una niña de su misma edad en el grupo; así no se sentiría tan sola... Pero, naturalmente, lo correcto sería advertir a Lilian.

Si lograba avisarle con mucho tacto, no les pasaría nada a Max y Willy...; porque sería imposible explicar claramente a Lilian que pensaban raptarla.

Sonja saltó de la litera y miró con cautela por la ventana abierta. Había algunos artistas en la plaza grande, pero Max y Willy no se encontraban entre ellos. Sonja salió rápidamente y se fue en dirección a la ciudad. Tenía la frente fruncida por la preocupación; no sabía cómo iba a resolver el problema.

\* \* \*

Lilian estaba de mejor humor cuando, junto con sus dos amigas, abandonó la pastelería. Puck dijo alegremente:

— ¿Ves como un helado es capaz de hacer milagros? Vamos a ver qué otras cosas merecen nuestra atención en esta ciudad.

Había mucho que mirar. En una de las calles principales desfilaba una famosa guardia de chicos con banda de música y todo. Carrozas adornadas de flores, con conjuntos vocales y orquestas, pasaban por las calles, y una de las plazas más grandes se había convertido en una gran feria con casetas de atracciones, tómbolas, tiro al blanco, columpios, tiiovivos y muchas otras cosas.

Por todos lados reinaba el jolgorio y el bullicio; sobre lodo, ante una caseta de lona donde el famoso charlatán «Profesor Tribini», del Parque de Atracciones de Dyrehavs-bakken, estaba echando una de

sus divertidas peroratas para conseguir que la gente entrara en su tenderete. Su verborrea era tan torrencial que mareaba el escucharle durante mucho tiempo.

Era increíblemente fabuloso todo lo que lograba prometer a la gente sobre las curiosidades y rarezas que decía exhibir dentro de su caseta de lona: «Una mujer que no tenía ni tronco ni cabeza ni extremidades... Un pato que podía haber nacido con tres patas, pero que solamente tenía dos y por eso podía considerarse un fenómeno... Un caníbal que normalmente se comía a sus enemigos vencidos, pero que en Dinamarca se había vuelto vegetariano... Archibald Lobster-brain (Cerebro de Langosta) campeón mundial de parchís al aire libre... El hombre más fuerte del mundo, que ofrecía generosamente despedazar a cualquier espectador por un precio módico, si éste no tenía inconveniente. Un montón de sorpresas... Sí...

Poco a poco, Lilian había logrado recuperar su buen humor. Disfrutaba plenamente de la ruidosa vida bohemia latente a su alrededor. Hasta los mejores artistas del mundo son una especie de bohemios, con la única diferencia de que tenían más dinero y un público más selecto, y actuaban en lugares elegantes. Todos pertenecían a la gran familia de los artistas ambulantes.

Y entre aquella clase de gente, Lilian se sentía como pez en el agua. Aunque aún era una niña sin experiencia cuando viajaba por el mundo como miembro de la «Troupe Latour», siempre había conocido los buenos sentimientos de la gente de circo: amabilidad, compañerismo, benevolencia y, de vez en cuando..., envidia.

Cuando las tres amigas llegaban cerca del Gran Hotel vieron a una bonita chica de pelo rubio, con unos enormes ojos azules, delante de la entrada principal. Lilian dijo, un poco sorprendida:

— ¡Vaya! Allí está Sonja...

—¿Quién es Sonja? —preguntó Navio, curiosa.

— La chica de «Los Diablos Voladores». La vi en el ensayo esta mañana... Mirad; nos está haciendo señas...

Sonja se dirigió rápidamente a su encuentro. Saludó nerviosamente y se volvió a Lilian para decirle en alemán:

— ¿Puedo hablar contigo un momento?

— ¿Conmigo? —preguntó Lilian sorprendida.

Sonja miró a su alrededor, y pareció ponerse aún más nerviosa

cuando contestó:

— Sí, sí... Es muy importante... Solamente necesito un par de minutos...

También Puck estaba sorprendida, pero dijo tranquila:

— Te esperamos en el vestíbulo del hotel, Lilian. Ven, Navio.

Las dos amigas desaparecieron por la gran puerta giratoria. En un rincón del vestíbulo había un par de cómodos sillones, donde se sentaron. Navio estaba a punto de reventar de curiosidad.

— ¿Qué crees tú que le estará diciendo? —preguntó.

— No sé más que tú —sonrió Puck—; pero pronto estará satisfecha tu curiosidad, supongo...

— Pero, ¿si no se conocían!

— No, creo que no —dijo Puck y su voz ya no sonaba tan alegre.

Pasaron unos veinte minutos antes de que Lilian entrara. Las dos amigas se dieron cuenta, por su expresión sombría, de que estaba de mal humor.

— Y ahora ¿qué pasa? —preguntó Puck.

— ¡Ah! Todo y nada —dijo Lilian seria, dejándose caer en una butaca—. Dijo que había venido para advertirme... Suena completamente estúpido... Pero su explicación era igualmente tonta. Parece ser que «Los Diablos Voladores» piensan ampliar su famoso número en el trapezio con otra chica, y Sonja tiene la idea de que Max y Willy intentarán convencerme para ingresar en el conjunto. Parecía muy ansiosa de que no me dejara convencer, si se daba el caso de que ellos me lo ofrecieran... Porque, según ella, el entrenamiento del grupo es excesivamente duro y severo y yo no podría soportarlo.

— Bueno, fue muy amable por su parte al advertirte —dijo Puck tranquilamente.

Lilian casi bufó de indignación:

— ¿Amable? Ni lo sueñes. Solamente en las novelas se pueden leer cosas sobre niños artistas maltratados. Quizá de vez en cuando pasa algo por el estilo, pero si ocurriera en un grupo tan famoso como «Los Diablos Voladores» se sabría en los círculos artísticos internacionales. No; Sonja solamente puede tener una razón para su extraña advertencia: teme que yo pueda restarle fama y aplausos si entro a trabajar con ellos.

— ¡Qué cosa tan mezquina! —opinó Navio.

Lilian suspiró hondo:

— En realidad, no lo comprendo, porque Sonja parece una chica encantadora; pero ya veis como engañan las apariencias. Los artistas estamos tan acostumbrados a la amabilidad, benevolencia mutua y todo eso, que reaccionamos violentamente cuando alguna vez somos el blanco de... la envidia.



Navio siempre había poseído una feliz despreocupación y las pequeñas e inevitables contrariedades de la vida no la sacaban de sus casillas por mucho tiempo. Quizá sus muchas pecas había sido su mayor contrariedad hasta el momento. En aquellos momentos estaba agitando sus piernas al aire, echada en la cama del hotel, mientras comía un trozo de chocolate con avellanas.

Puck, sentada junto a la ventana, contemplaba distraída el hormigueo de la gente en la calle. No estaba tan despreocupada como Navio por muchas razones. No podía dejar de pensar en las dificultades en las que se había metido Lilian, después de haber vivido de nuevo el ambiente hechizado del circo. No cabía duda de que le hubiera gustado actuar con su familia. Pero, ¿se sentiría igualmente tentada a salir con otro grupo de artistas?

Quizá no hubiera habido problema sólo una hora antes, pero las cosas habían cambiado después de que Sonja la «advirtiera». Lilian tenía un temperamento impulsivo y, justamente ahora, cuando creía haber sido víctima de una torpe envidia se pondría testaruda y entraría en «Los Diablos Voladores», si su familia le daba permiso.

Sin embargo había algo misterioso en torno a aquella «advertencia». Puck sabía muy bien que se debe evitar el juzgar a

las personas a primera vista, aunque raras veces se había equivocado respecto a la gente, pero no podía olvidar la primera impresión que había tenido de Sonja.

Le había parecido muy simpática y encantadora.

No, era imposible que se tratara de envidia o miedo a la competencia lo que la había inducido a buscar a Lilian. Pero entonces, ¿qué podía ser?

Puck seguía volviendo al punto de partida de sus pensamientos y presentía que le quedaba poco tiempo para resolver el problema. ¿Cómo podía buscar la solución? Lo más fácil sería ir a ver al señor Latour y explicárselo todo, pero quizá Lilian se enfadaría si ella se mezclaba en sus asuntos así. Lo mejor sería esperar, porque difícilmente pasaría nada hasta terminar las fiestas de la ciudad.

— ¡Hola! — sonó la voz de Navio desde la cama —. ¿Te has quedado dormida?

— No, al contrario —dijo—. Estoy pensando.

Navio volvió la cabeza sonriendo hacia ella:

—No lo hagas, Puck. Pensar da dolores de cabeza — dijo Navio mientras se metía otro trozo de chocolate en la boca —. Por eso a mí no me duele nunca la cabeza.

— Pero quizá tendrás dolor de muelas o de barriga si sigues comiendo tanto chocolate — sonrió Puck —. Y al mismo tiempo corres el riesgo de ponerte gorda como un globo.

— ¡Aguafiestas! — dijo Navio —. No voy a comer más chocolate.

Y terminó la frase comiendo el último trozo que le quedaba.

Puck intentó olvidar sus malos presentimientos y, poco después, las dos amigas charlaban alegremente de la función de gala del «Circo Mascari», que iban a ver aquella misma noche.

\* \* \*

Había un gran ambiente festivo en el «Circo Mascari» y un lleno completo. Como en todas las grandes ciudades, en Strandby actuaban varios circos durante el verano, pero la visita del «Mascari» era algo único.

En las butacas al lado de la pista estaban el veterinario Moeller y su mujer, con Navio, Puck y Lilian. El pequeño grupo estaba alegre y excitado; pero Lilian, sobre todo, parecía extasiada por el ambiente especial que les rodeaba.

Apenas pronunciaba palabra y apretaba los puños mientras contemplaba con mirada radiante los palcos llenos de gente, la orquesta en su tribuna, sobre las cortinas de terciopelo rojo por donde iban a salir los artistas y los animales. El serrín de la pista resplandecía bajo los proyectores multicolores y la baranda forrada de terciopelo brillaba como el rubí. Era una imagen completamente distinta de la que habían visto las chicas durante el ensayo matinal sin público, a la triste luz del día que penetraba en la carpa.



Los proyectores iluminaron la orquesta, que empezó a tocar una airosa marcha. Después apareció el elegante director del circo para dar la bienvenida y presentar el primer número del programa. Mientras lo estaba anunciando, dos payasos entraron en medio de gran alboroto, iniciando un montón de tonterías. Luego, número tras número, se sucedieron con gran rapidez: ciclistas-acróbatas, equitación de alta escuela, malabaristas, perros que «pensaban», y otros muchos números. Pero el gran murmullo de admiración no se oyó hasta que el director anunció en un danés chapurreado:

— ¡«Los Diablos Voladores»!

Comunicó al público que el número era especialmente peligroso, ya que sería realizado sin red de seguridad, y pidió que se abstuvieran de aplaudir hasta que los artistas hubieran terminado su actuación.

Una advertencia de esa clase aumentaba la emoción entre los espectadores, y muchos casi no se atrevieron a aplaudir cuando se abrieron los cortinajes y, bajo un toque de trompeta, los cinco «Diablos Voladores» aparecieron en la pista. Sonja estaba en medio de los cuatro adultos mientras los proyectores resplandecían y hacían brillar los ajustados trajes plateados.

Sin pensarlo, Puck miró a Lilian y vio que su amiga estaba completamente rígida, con los puños cerrados. Tenía la mirada como hipnotizada, clavada en los cinco artistas. Algunas cuerdas bajaron de la cúpula y los cinco trapeceistas subieron por ellas, ligeros y elegantes.

Entonces se inició el emocionante número.

Al principio, únicamente los cuatro adultos demostraban sus facultades, mientras Sonja se limitaba a balancearse en su trapecio. Las siluetas plateadas iban y venían volando por el aire, haciendo saltos mortales y siendo agarradas por las manos seguras y fuertes de los que estaban balanceándose sujetos por las corvas, con las cabezas hacia abajo.

De vez en cuando se oía un suspiro casi convulsivo por parte del público, pero, recordando la advertencia del director, no aplaudían.

Casi imperceptiblemente, Sonja empezó a balancearse en su trapecio, e inesperadamente se dejó caer en el vacío.

Gritos mal contenidos se escucharon entre el público. La caída parecía un accidente horrible; pero, con gran seguridad, fue agarrada al vuelo por uno de los acróbatas masculinos y, como un torbellino, empezó a ser lanzada como una pequeña pelota plateada. Durante el ejercicio, las trapeceistas gritaban de vez en cuando, y todo se realizaba con tanta rapidez que era para marearse.

Un suspiro general de alivio se oyó cuando los cinco artistas estuvieron en las pequeñas plataformas de descanso saludando con los brazos y fueron premiados con atronadores aplausos.

Con una rapidez extraordinaria, los cinco «Diablos Voladores» se deslizaron por las cuerdas y saltaron al centro de la pista, donde recogieron nuevos y cerrados aplausos. Los hombres recibían la ovación con la mano derecha levantada, mientras las dos mujeres y Sonja lo hacían mandando besos en todas direcciones. Parecía que a Sonja le importaba mucho quedar bien, porque saltó ligera entre un par de palcos mientras mandaba besos y hacía reverencias.

Delante del palco del veterinario Moeller se quedó un momento mirando fijamente a Lilian y susuró en voz tan baja que únicamente los más próximos fueron capaces de entenderla:

— ¡Cuidado, Lilian! — dijo Sonja en alemán.

Luego dio un par de volteretas y desapareció detrás de las

cortinas, en compañía de los otros cuatro, mientras los aplausos aún resonaban a sus espaldas.

En apariencia, ni el veterinario ni su esposa se habían dado cuenta de nada; en cambio, Puck, sí. A pesar de que ella no sabía mucho alemán, sí conocía lo suficiente para entender una frase tan sencilla. Se trataba de una nueva advertencia.

—¡Qué formidablemente palpitante! — exclamó Navio —. Si la «Troupe Latour» son igual de buenos, no me atrevo a quedarme.

— Entonces, más vale que te vayas ahora mismo — dijo Lilian con sequedad.

Puck se sobresaltó, no le gustaba el tono que había usado Lilian. Entre los compañeros de Egeborg era difícil encontrar una niña mejor y más leal que Lilian Latour, pero había cambiado mucho durante los últimos días en Strandby.

El veterinario se volvió sonriendo hacia su mujer.

— ¿Sabes que estoy muy contento —dijo— de que tú no seas acróbata?

— La que está contenta de eso soy yo —contestó la señora Moeller rápida—. Si hubiera sido trapecista y tú quien me debía atrapar en el aire, hubiera estado bastante intranquila.

El veterinario rió burlón.

Y la función continuaba.

De vez en cuando, Puck miraba de reojo a Lilian y tuvo la sensación de que su amiga ya sólo esperaba la aparición de la «Troupe Latour» y su fantástico número. El público los esperaba también, quizá porque el nombre del grupo estaba escrito en el cartel con las letras más grandes.

Además se habían publicado varios reportajes sobre la fama de la «Troupe Latour» en los periódicos locales y se había dicho que, a pesar del nombre francés, únicamente contaba con miembros daneses y que, seguramente, eran los únicos artistas daneses que por el momento gozaban de fama internacional.

Las esperanzas del público no fueron defraudadas. Durante más de un cuarto de hora, los espectadores estuvieron rígidos por la emoción, inmóviles en sus asientos, casi sin respirar, mientras los siete artistas exhibían su deslumbrante habilidad. Demostraban una flexibilidad y una seguridad increíbles, igual en el aire que en el suelo, y cada ejercicio era acogido con ovaciones y aplausos

cerrados. El veterinario dio un codazo amistoso a Lilian.

— Tengo que admitir —dijo— que tu familia sabe algo más de lo que se enseña en las clases de gimnasia.

Lilian se limitó a mover la cabeza distraída. Tenía la mirada clavada en la emocionante escena que se desarrollaba en la pista. El público estaba fuera de sí de entusiasmo y siguieron aplaudiendo largo rato, aun después de que los siete artistas se habían retirado, tras muchos saludos.

— Ha sido magnífico —dijo Navio—. Eso lo has hecho tú también muchas veces. ¿Verdad, Lilian?

— Sí — contestó Lilian secamente.

De nuevo Puck se entristeció al oír el tono duro y amargo de la voz de su amiga. Su humor no había mejorado después de la función.

\* \* \*

Puck y Navio habían terminado de limpiarse los dientes y estaban a punto de acostarse cuando alguien llamó a la puerta. Era Rita.

— Dile a Lilian — dijo —, que ya es hora de que venga a acostarse.

— ¿Lilian? —repitió Puck perpleja—. No está aquí. Creí que se había ido con vosotros. Pero, ¿dónde puede estar entonces?

Tuvo la contestación casi de inmediato, porque Lilian llegaba tranquilamente por el pasillo. Su hermana preguntó asombrada:

— ¿De dónde vienes a estas horas?

— Del circo —contestó Lilian brevemente.

— Pero la función terminó hace casi una hora.

— No me he dado prisa en volver.

Saludó a Puck y a Navio.

— Buenas noches —dijo.

— Buenas noches, Lilian... Y gracias por todo.

Cuando Puck había cerrado la puerta, se volvió hacia Navio inspirando entristecida:

— Qué lástima que Lilian desapareciera entre la multitud! Ahora tengo una sospecha muy desagradable.

— ¡No me digas! —exclamó Navio curiosa—. ¿De qué se trata Puck?

— Creo que Lilian, después de la función, se fue a hablar con los

«Diablos Voladores».

Cuando Puck y Navio llegaron a la plaza donde estaba el circo, había ya mucha gente. Parecía que la mitad de los ciudadanos de Strandby se habían citado allí. No solamente los establos y las jaulas eran visitados con gran interés, sino que algunos incluso curioseaban en torno a los coche-vivienda y se atrevían a subir los escalones para fisgonear el interior y ver como eran por dentro. Debía ser muy desagradable para los artistas ver su vida privada invadida de esta forma, pero seguramente se habían acostumbrado ya en sus viajes por el mundo. Los daneses seguramente no eran más indiscretos ni peor educados que los de otros pueblos.



En aquel momento Lilian salía de la gran carpa y se paró indecisa. Puck estuvo a punto de llamarla, pero lo pensó mejor al observar algo extraño en la actitud de su amiga. Puck no sabía explicar el qué; pero cuando Navio, que también la había visto, le iba a hacer señas, dijo rápidamente:

— No, Navio. No la llares.

— Pero...

— Espera un momento.

Lilian estaba mirando a su alrededor como si buscara a alguien, pero había tanta gente que no se dio cuenta de la presencia de sus dos amigas, y entonces empezó a cruzar la plaza. De vez en cuando escudriñaba a su alrededor, como si tuviera la conciencia inquieta, o estuviera a punto de cometer un acto imprudente. Puck agarró el brazo de Navio.

— Vamos a seguirla —dijo—. Aún no nos ha visto... Me gustaría saber qué va a hacer.

— Eso suena formidablemente palpitante —opinó Navio que no entendía nada en absoluto.

Entre la multitud no fue difícil seguir a Lilian sin ser vistas. A pesar de ello, las dos se mantenían a una distancia prudente.

— Ahora sé adónde se dirige Lilian — dijo Puck de repente—. ¿Reconoces a la chica que está jugando con un gatito al lado del camión-vivienda?

Navio movió la cabeza, afirmando:

— Es ella; la acróbata del trapecio... Sonja, la de «Los Diablos Voladores»...

— Exactamente.

Las dos amigas se quedaron medio escondidas, contemplando nerviosas el lujoso camión-vivienda de los alemanes. Lilian se habla parado ante la escalera donde Sonja estaba tomando el sol, jugando con un precioso gatito blanco. Parecía que las muchachas cambiaban unas palabras, y pronto la conversación se hizo casi violenta. Sonja se había levantado y gesticulaba tanto como Lilian. Hablaban las dos al mismo tiempo y, de repente, pasó algo que sobresaltó a Puck:

Sonja dio a Lilian una fuerte bofetada. Inmediatamente, la bofetada fue devuelta.

La gente, curiosa, empezaba a rodear a las belicosas muchachas. Navio exclamó inquieta:

— ¡Puck, tenemos que ayudar a Lilian!

Pero Puck la agarró rápidamente por el brazo:

— No, al contrario, salgamos de aquí en seguida.

— Bueno... Pero, si Lilian...

— ¡Vámonos!... — dijo imperativa Puck.

Navio la siguió contra su voluntad y, cuando se habían alejado un poco, dijo:

— No comprendo nada. ¿Por qué no quieres ayudar a Lilian contra esa hiena?

Puck se encogió de hombros:

— No pasará nada entre esos dos gallitos de pelea. Hay mucha gente allí y, además, vi a una de las acróbatas salir del coche.

— Pero sigo sin entender...

— No es tan complicado, Navio. Si nosotras fuésemos corriendo, Lilian se daría cuenta de que la hemos estado espiondo, y estoy segura que no le gustaría saber que en estos momentos alguien se mezcla en su vida privada.

— ¿Por qué lo hacemos entonces?

— Para ayudarla.

— ¡Ya!

— Sí, es la verdad, Navio. Aquí está pasando algo extraño. Tengo el presentimiento de que Lilian se está metiendo en terreno

peligroso, pero solamente podemos ayudarla mientras ella no sospeche que jugamos a ser sus ángeles guardianes...

— ¡Eres más boba! Ves visiones a plena luz del día.

— Las dos bofetadas me parecieron bastante reales.

— Bueno, en Egeborg también ha habido algunas bofetadas, sin que por eso ocurriera ningún drama.

Navio se rascó la punta de la nariz y continuó:

— Admito con gusto que eres la más inteligente de las dos; lo cual no significa gran cosa. Pero, si tienes alguna idea, te ayudaré, naturalmente.

— De acuerdo, Navio. Ya verás como lograremos resolverlo todo.

— ¡Ya, ya!...

— Puedes estar segura —declaró Puck decidida—. Nunca en mi vida he estado tan ansiosa de emprender la lucha.

— «Puck en pie de guerra» —rió Navio—. Vaya título para un libro.



Las fiestas de Strandby habían terminado, sobre todo para el circo. Todos estaban ocupados en desmontarlo para emprender la marcha pronto. Con extraordinaria rapidez, los mozos bajaron la gran carpa y la plegaron hábilmente. Los animales fueron llevados con sus jaulas a la estación de ferrocarril y todos los artistas estuvieron listos para partir hacia el sur de Europa.

La familia Latour se había levantado antes que nadie. Desde el aeropuerto más cercano iban en un avión «charter» hasta Bremen, donde tomarían el barco para América del Sur.

Lilian se estaba despidiendo de ellos en la plaza de la iglesia,

haciendo grandes esfuerzos para no romper a llorar. Por primera vez en mucho tiempo había vuelto a ver a sus padres y a sus hermanos y, seguramente, pasaría mucho más antes de que se volvieran a ver de nuevo.

Cuando les dijo adiós sentía unas ganas locas de gritar: «Papá, llevadme con vosotros; te prometo que me esforzaré muchísimo para que podáis estar orgullosos de mí»... Pero no lo dijo. Sabía que era inútil. Aunque sonaba ridículo, ella resultaba al mismo tiempo demasiado vieja y demasiado joven para ser útil en la mundialmente famosa «Troupe Latour». Dentro de un par de años le pasaría lo mismo a Rita. Éste era el sino de un artista.

Se quedó en la plaza saludando con la mano hasta que el coche hubo desaparecido. Entonces suspiró hondo y se fue en dirección al Gran Hotel, en busca de su maleta. Un cuarto de hora más tarde estaba de vuelta, en dirección a la plaza del circo; pero durante el camino sus pensamientos no eran muy alegres. Le sabía mal no haberse despedido ni de Puck ni de Navio, ni tampoco del veterinario ni de su esposa. Pero lo había creído más prudente. Max y Willy la habían invitado para ir en el coche de «Los Diablos Voladores» hasta Kolding, y allí pedirían permiso a su tía para ingresar en el famoso conjunto.

Lilian pensaba si en realidad su tía tenía derecho a dar semejante permiso. Por primera vez empezó a dudar un poco. Lo más correcto hubiera sido preguntar a su padre; pero él, sin duda, hubiera negado su permiso.

No tenía que poner demasiadas esperanzas en su tía de Kolding. Maquinalmente, Lilian dio una patada de obstinación en el cemento, al mismo tiempo que se decía a sí misma que quería seguir siendo artista. Los bucles negros cayeron sobre su cara y los transeúntes que pasaban por su lado la miraban asombrados. La morenita parecía estar rabiosa. Los pensamientos de Lilian volvieron en torno a Sonja y esto aumentó su rabia. ¿Cómo era posible equivocarse tanto respecto a un semejante? Sonja parecía tan buena y encantadora, y en realidad era una persona maliciosa. No quería negar que Sonja era una artista, y muy buena por cierto; pero, quizá, precisamente por eso, temía la competencia.

Al pensar en ello los ojos negros de Lilian echaban fuego. Sonja había venido primero con la tontería del maltrato en «Los Diablos

Voladores» y después le había abofeteado para evitar que hablara con Max y Willy. Eso había sido muy ruin por su parte; algo muy poco digno de un verdadero artista. Pero no, no iba a dejarla salirse con la suya.

Con la cara sombría, Lilian siguió su camino hacia la plaza del circo.

Varios de los grandes remolques se habían marchado ya, pero el camión-vivienda de los alemanes seguía allí aún y a su lado estaba Heinrich, el chófer. Como de costumbre, se le veía pensativo y enfadado.

— Te estoy esperando —dijo con brusquedad—. Han prometido llevarte hasta Kolding, ¿no?

— Sí — dijo Lilian algo perpleja, mirando a su alrededor—. Pero ¿dónde están los demás?

— Se han ido ya con el coche — dijo Heinrich, seco —. Nos encontraremos en la frontera.

— ¿En la frontera? —preguntó Lilian asombrada—. Max y Willy me dijeron que iban a hablar con mi tía en Kolding.

El chófer alemán pareció confuso durante unos momentos; pero reaccionó y dijo con voz enfadada:

— Bueno, todo se arreglará. Sube ahora al camión para que podamos marchar. Tenemos prisa.

Durante unos segundos Lilian se quedó perpleja e indecisa pero, como el chófer le daba prisa, subió. Desde la cabina se pasaba por una pequeña cocina hasta el «salón», que estaba confortablemente amueblado con sillones muy cómodos. Con la maleta en la mano, Lilian se detuvo atónita en la puerta. En una de las butacas estaba... Sonja.

— ¡Hola! —dijo la pequeña artista, muy seria—. Comprendo perfectamente que te ponga de mal humor tener que hacer el viaje conmigo.

— No, no me gusta nada — dijo Lilian y sus ojos echaban chispas—. De haberlo sabido, hubiera tomado el tren.

— Hubiera sido lo más prudente — dijo Sonja en voz baja, con una nota de tristeza en su voz—. Pero, de todos modos, ya es demasiado tarde.

El chófer había puesto el camión en marcha y estaba ya saliendo de la plaza. Pero había algo en la voz de Sonja que preocupó a

Lilian.

— ¿Qué quieres decir con eso de que hubiera sido más prudente? —preguntó insegura.

Sonja miró temerosa al chófer. Por la abertura de la puerta se veía su ancha espalda. A causa del ruido del motor, el hombre seguramente no podría oír la conversación de las dos muchachas; pero, para más seguridad, Sonja bajó la voz:

— Te lo voy a explicar. Hace cosa de media hora llamé al hotel para hablar contigo, pero ya te habías ido.

—¿Quizá querías advertirme de nuevo? —preguntó Lilian con desdén.

Sonja movió la cabeza con seriedad:

— Sí, ésa era mi intención. Pero, al no encontrarte, hablé con tu amiga Bente.

— ¿Con Puck? —dijo Lilian boquiabierta—. ¿Qué le has dicho?

— Te lo voy a explicar..., por si es necesario actuar...

Y añadió suspirando:

— Tu amiga no habla muy bien el alemán; pero creo que logró entender lo más preciso. Eso espero..., ¡por tu bien!

—Quieres hablar claro ya de una vez — dijo Lilian —. ¿Estás intentando hacerte la interesante?

Pero su voz no sonaba nada segura.

\* \* \*

Puck y Navio estaban arreglándose para bajar a desayunar cuando llamaron a la puerta. Era una de las muchachas de la limpieza. Dijo que llamaban a Puck por teléfono.

— Es una chica alemana —dijo la sirvienta—. Puedes ir hasta el teléfono en pijama, si quieres.

— Gracias.

Cuando Puck había desaparecido a toda velocidad, Navio continuó arreglándose tranquilamente. No estaba muy interesada en la llamada, pero cambió de opinión cuando, minutos después, Puck volvió a la habitación muy excitada.

— Ha pasado algo horrible, Navio — exclamó sin aliento—. Han secuestrado a Lilian.

— ¿Secuestrada? —dijo Navio boquiabierta—. No digas esas cosas.

—La llamada era de Sonja... y...

— Sonja está completamente chiflada — opinó Navio.

— Naturalmente, no entendí todo lo que me dijo..., pero sí la mayor parte.

— Lilian estará en su habitación

— No. La camarera dice que hace un cuarto de hora se fue con su maleta. Para estar segura, llamé a la puerta del número 17, pero no contestó nadie. ¡Tengo que encontrar a tío Anders!

Fue la señora Moeller quien abrió la puerta. Estaba vestida ya, mientras el veterinario, en bata, estaba afeitándose con una maquinilla eléctrica. Saludó alegremente a Puck:

— ¡Hola, torbellino! Llamas a la puerta como si hubiera un incendio en el hotel. ¿Qué pasa?

— ¡Algo terrible, tío Anders! — dijo Puck tartamudeando en su excitación—. Lilian Latour ha sido secuestrada y en este instante se encuentra camino de Alemania en el camión de «Los Diablos Voladores».

— ¡Pero, hijita querida! —empezó la señora Moeller, asustadísima.

El veterinario bajó su máquina de afeitar. Durante unos segundos se mostró incrédulo, pero reaccionó:

— Cuéntamelo todo, Bente. Rápido...

Puck agradeció que el veterinario no se riera de ella y explicó con voz segura todo lo que sabía.

El veterinario se levantó rápidamente. Ahora la expresión de su cara era tan decidida como su voz:

— Vete a vestir, Bente. Vamos a salir en seguida. Voy a llamar a la Brigada Criminal ahora mismo.

— Pero la pobre criatura debe desayunar — dijo la señora Moeller, preocupada—. No podrá salir con el estómago vacío...

— No digas tonterías, Henny —interrumpió el veterinario—. No tenemos tiempo de pensar en semejante cosa. Date prisa, Bente.

— Sí, tío Anders.

Poco después, Puck se vestía con gran rapidez mientras, en pocas palabras, intentaba explicar a Navio lo ocurrido.

— ¡No me digas! —exclamó Navio—. Es formi...

Se calló de repente. Parecía haberse dado cuenta de que su expresión favorita no encajaba en aquella situación.

Un par de minutos más tarde, las dos amigas estaban listas para

partir. El veterinario tampoco tardó mucho. Explicó que unos policías de la Brigada Criminal llegarían dentro de poco con un coche al hotel.

— La policía intentará alcanzar al camión —dijo—. Lo mejor será llevaros a vosotras. En el camino podéis explicar a los agentes lo que sabéis.

— Bueno, pero el camión de «Los Diablos Voladores» lleva bastante ventaja —dijo Puck desesperanzada.

— Sí — contestó el veterinario —; pero no te preocupes. Ya los alcanzaremos. Además, la policía va a dar el aviso a la frontera. Vámonos, chicas.

La señora Moeller, que no podía participar en la emocionante persecución, dijo muy preocupada:

— Tenéis que prometerme ir con cuidado. Se oyen tantas cosas sobre gente que conduce con demasiada velocidad en las carreteras...

— Tranquilízate, Henny —dijo el veterinario con una sonrisa—. La policía sabe lo que hacer en cuanto a velocidad, y todo irá bien.

Apenas el veterinario y las dos chiquillas habían salido del hotel cuando el coche de la Brigada Criminal se paró ante la entrada. Estaba ocupado por dos agentes vestidos de paisano.

Como cada minuto era valioso, no perdieron tiempo con preguntas y, un momento después, el coche enfilaba las calles y continuaba por la carretera hacia el sur. Como se trataba de una carretera preferente, el conductor pudo lanzarse a gran velocidad.

El otro agente; Joergensen se llamaba, interrogó a Puck. Cuando la niña hubo contestado todas sus preguntas de manera breve y concisa, el agente hizo un gesto de aprobación:

— Sería estupendo para la policía si todos los testigos contestaran así. Harían más fácil nuestra labor.

— Así que usted me cree, ¿verdad? —dijo Puck, aliviada.

— Sí —dijo el agente—. Te creo a ti y a Sonja. Esta historia no puede ser inventada. Lo único que me extraña un poco es que un grupo tan famoso como «Los Diablos Voladores» se atrevan a semejante cosa. Debieron pensar que lo pagarían caro si se les descubría.

— Seguramente se han asegurado de alguna forma — dijo el veterinario—. ¿Cree usted que lograremos alcanzarles antes de

llegar a la frontera?

El agente echó una mirada al cuenta kilómetros. Iban a ciento veinticinco por hora y contestó:

— Creo que los alcanzaremos antes de llegar a Kolding. El camión seguramente no va a más que ochenta por hora y solamente nos lleva una hora de ventaja.



— Y entonces ¿qué? —preguntó el veterinario.

Joergensen se encogió de hombros:

—Depende de las circunstancias. Lilian ha firmado que quiere entrar en el grupo, si la tía le da permiso. Si no está inconsciente al encontrarla, puede ser un poco difícil. En ese caso únicamente contamos con el testimonio de Sonja, y ésa es una prueba demasiado débil para retener al conjunto en Dinamarca.

Y añadió pensativo:

— Nuestra ventaja está en que el chófer no sabe que es perseguido. Sonja ha sido muy lista en llamarte, Bente.

Puck estaba aliviada.

— Sonja también va en el coche — dijo —. Yo creo que es una chica excelente.

\* \* \*

Heinrich era un chófer diestro, que durante años había llevado el camión-vivienda de «Los Diablos Voladores» tanto por Europa como por otras partes del mundo. Conducía a buena velocidad, bajando hacia el sur por la península de Jutlandia.

De vez en cuando echaba una mirada por el espejo retrovisor para ver qué hacían las chicas en el « salón».

Cuando habían dejado atrás la carretera de circunvalación de la

ciudad de Aarhus, aumentó la velocidad. Lilian miraba inquieta los árboles al borde de la ruta, que parecía volar. Qué velocidad más espantosa llevaba aquel alemán. Se sentía más segura cuando los miembros de la «Troupe Latour» la lanzaban como una pelota en el circo.

Durante la primera parte del trayecto, Sonja parecía bastante calmada, pero ahora sentía que sus nervios se desataban por momentos. Varias veces miró de reojo a Lilian y a la cabina del chófer. Finalmente dijo en voz muy baja:

—Ya sé que no te soy simpática, Lilian; pero... ¿No podrías prometerme creer en mi palabra si te cuento algo..., algo muy serio?

— Depende de qué se trate — dijo Lilian altiva, pero no sin curiosidad—. ¿Qué hay?

De nuevo la pequeña artista miró furtivamente a la espalda del chófer y dijo en voz baja.

— Cuando te hablé de los malos tratos en este grupo, fue únicamente para mantenerte alejada. Por esa misma razón te di la bofetada.

— Ya lo sé —dijo Lilian con desdén—. Me parece que tu conducta ha sido algo torpe.

— No sabía cómo hacerlo —dijo Sonja a punto de romper a llorar—. Hace algunos días, Max y Willy tuvieron una conversación aquí en el camión, mientras yo me encontraba en la litera superior. Ellos no me vieron y yo no pude evitar escucharles. Hablaban de ti. Por fortuna, no saben que lo oí todo. Si lo supieran, sí que estarías en peligro en este instante.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Lilian, insegura.

Sonja le explicó todo lo que había escuchado. Lilian la oía con ojos muy abiertos. Estaba casi segura de que la pequeña artista decía la verdad. La voz de Sonja sonaba desconsolada cuando terminó:

— No quería que mis tíos Max y Willy se vieran mezclados en esto; pero tú también me dabas lástima. Lo que iban a hacer era ilegal. Entonces yo intenté arreglar las cosas lo mejor posible.

Hizo un gesto como si hubiera perdido toda esperanza:

— ¿Qué podía hacer yo? Aunque Willy y Max no son mis verdaderos tíos, yo no podía ir a decirte que estaban planeando algo... algo... delictivo. Pero ahora estoy obligada a decírtelo. ¿Me

crees?

— Sí, te creo —dijo Lilian muy preocupada—. Y lamento muchísimo mi conducta.

— No tienes por qué —dijo Sonja para consolarla—. Si has pensado lo que has pensado no es nada raro; pero ahora se trata de encontrar una salida. Yo ya tengo un plan.

—Cuéntamelo — murmuró Lilian.

—Ya no tardaremos mucho antes de que Heinrich pare el camión para buscarnos algo de beber. Echaré unas drogas... Entonces tendremos que engañarle fingiendo no tener sospechas.

Hizo un gesto en dirección a la litera inferior.

—Simularemos beberlo — continuó — pero tiraremos todo el contenido de los vasos en la litera. Podemos hacerlo sin que él se dé cuenta. Entonces fingiremos tener sueño... y nos dormiremos.

— Pero, ¿qué pasará? — preguntó Lilian, ronca de excitación.

Sonja vaciló un poco:

—Tendremos que esperar que suceda lo mejor. Tu amiga Bente es bastante lista, ¿no?

— Sí, es una chica formidable.

— En ese caso, seguramente ha avisado ya a la policía. Así que da igual llegar hasta la frontera, porque allí siempre hay que parar en la aduana. Entonces tendremos la oportunidad para despertar de nuestro fingido desvanecimiento y escaparnos.

— ¿Las dos? —dijo Lilian asombrada—. ¿Tú también quieres marcharte?

La pequeña acróbata hizo un gesto triste.

— Hace mucho que lo vengo pensando; pero esta vez va en serio. Quiero separarme del grupo e ir en busca de mis padres al sur de Alemania. Tú has sido artista y por eso te será difícil comprenderme; pero a mí esta vida no me gusta. No me gusta nada, Lilian.

Sonja estaba a punto de llorar, pero continuó valientemente:

— Claro que me gusta escuchar los aplausos y el clamor del público después de una actuación bien hecha; pero, compréndelo, Lilian. Durante años no he tenido a nadie con quien hablar, ninguna amiga, ni padres, y he llegado a odiar esta clase de vida. En Strandby había un gatito y nos hicimos amigos, pero desapareció ayer por la noche. Y un gato no es lo mismo que los amigos o la

familia, por muy encantador que sea el gato.

Sonja se calló y miró por la ventanilla, pero Lilian se había dado cuenta de que su compañera intentaba esconder un par de lágrimas que corrían por sus mejillas.

Casi en aquel mismo instante Heinrich paró el camión y bajó. Poco después regresaba con dos vasos llenos de limonada.

— Aquí os traigo algo de beber, chicas — dijo brevemente el alemán—. Debéis de estar sedientas.

Sonja le miró con una sonrisa encantadora:

— Un millón de gracias, Heinrich; has sido muy gentil. Disfrutaremos con este refresco.

— Más os vale beberlo en seguida.

— ¡Oh, no! Pensamos disfrutar la limonada el máximo tiempo posible. ¿Falta mucho para Kolding?

— Media hora más o menos — dijo el hombre, siempre brusco.



Se quedó un momento quieto, como vacilando mientras pensaba qué hacer. Entonces volvió al volante y, poco después, puso el vehículo en marcha. Sonja acercó el vaso a sus labios fingiendo beber, porque se había dado cuenta de que Heinrich de vez en cuando les miraba por el espejo retrovisor. En voz muy baja dijo:

—Sí, tienes razón... ¡A tu salud!

—Simula que bebes, Lilian... ¡A la tuya!

Las dos muchachas levantaron los vasos, como si estuvieran bebiendo un gran trago cada una. Imperceptiblemente-. Sonja se inclinó y echó la mitad del líquido en la litera. Había que obrar con cautela; sabía muy bien que el chófer podía ver gran parte de sus movimientos a través del espejo retrovisor.

—Cambiemos de vaso — musitó.

Entonces, la mitad del contenido del otro vaso también fue a parar a la litera. Poco después, todo el contenido de los dos vasos había desaparecido bajo la colchoneta.

—No sé cuánto tenemos que fingir que nos dormimos; pero

dentro de unos minutos podemos empezar a bostezar —dijo Sonja en voz baja—, y al final simularemos que nos quedamos dormidas. ¿Te crees capaz de hacerlo, Lilian?

— Espero que sí.

— Estupendo... ¡Salud!

—¡Salud!

Las dos muchachas brindaron con los vasos ya vacíos.

Algunos minutos después, Sonja empezó a bostezar. Lo hizo tan exageradamente que el chófer no podía dejar de verlo si miraba por el espejo. También Lilian bostezaba guiñando el ojo a Sonja. Entonces musitó:

— Dentro de unos minutos podemos «dormir».

— De acuerdo — contestó Sonja en voz baja.

—

Y poco después las dos chicas se apoyaron en los respaldos de los sillones como si estuvieran adormecidas.

Durante los primeros diez minutos no pasó nada. El chófer continuaba la marcha a gran velocidad, pero de repente paró el camión y entró donde se encontraban las niñas «dormidas». Las sacudió un poco; pero, como las dos hacían su papel a la perfección, gruñó satisfecho y volvió al volante. Pronto estuvieron otra vez en camino hacia la frontera.

Mientras Lilian estaba apoyada en el respaldo de su sillón, fingiéndose narcotizada, tuvo ocasión de pensar en todo lo ocurrido. Ya no cabía ninguna duda respecto a la explicación de Sonja. Estaba avergonzada de haber sospechado de ella y esperaba tener ocasión de reparar el daño que le había causado.

Los minutos transcurrían con gran lentitud y a Lilian le parecía casi insoportable tener que seguir fingiéndose dormida, pero no se atrevía ni a mover los párpados. El camión disminuyó la marcha y tuvo la sensación de que estaban pasando por una gran ciudad. Decidió correr el riesgo de entreabrir un ojo para mirar por la ventanilla y se sobresaltó. Con el cielo azul como fondo, se dibujaban los contornos de unas ruinas. Eran las del castillo de Kolding.

«Y ahora, ¿qué? —se preguntó.

Lilian estaba rígida, en tensión. Si pasaban por Kolding sin pararse, Sonja tenía razón en todo.

Y el alemán no parecía tener intención de detenerse.

Lilian empezaba a ponerse nerviosa, aunque Sonja había hablado de la parada obligatoria en la frontera alemana, donde tendrían ocasión de escapar. ¿Qué pasaría si ocurría algo imprevisto? Preocupada, tuvo que admitir que aquélla iba a ser la única posibilidad que tendrían de huir. Solamente había una forma de salir del camión y era por la cabina del chófer. Antes de llegar a la frontera era inútil pensar en intentarlo.

— ¡Chist! —susurró Sonja entre dientes—. Te estás moviendo demasiado. Estate quieta; si no, va a sospechar.

— Muy bien — suspiró Lilian quedándose completamente inmóvil en la butaca—. Dormiré más profundamente que «La bella durmiente del bosque».



—Solamente nos queda esperar al príncipe — musitó Sonja.

Durante algunos minutos Lilian permaneció quieta, luego musitó:

— ¿No crees que se dará cuenta de la ropa mojada de la litera?

Sonja contestó igual:

— No, no lo creo. Pero cállate y estate quieta.

— ¿Cuánto falta para la frontera?

— No lo resisto más de un cuarto de hora.

— Cállate.

—

Ojalá parara. Intentaría escaparme...

— Peor para ti.

Apenas había terminado Lilian de pronunciar aquellas palabras cuando vio su deseo satisfecho. Heinrich arrimó el gran camión a un lado de la carretera y paró.

Pero entonces pasó algo insospechado. Entró rápidamente en el «salón», estuvo un momento contemplando a las muchachas que se hacían las dormidas, y exclamó furioso:

—¡Estáis tomándome el pelo! He visto todo a través del espejo

retrovisor. ¡Pero ahora os voy a...!

No supieron nunca qué intenciones tenía el alemán, porque en aquel instante llegó un coche a gran velocidad, se cruzó delante del camión aparcado y le cortó el paso con gran chirrido de frenos.

Era el coche de la Brigada Criminal.



Tanto Lilian como Sonja se asustaron tanto de la inesperada aparición de Heinrich, que se olvidaron por completo de fingir que estaban drogadas. Gritaron sin pensar y saltaron de los sillones, pero era completamente imposible pasar por el lado del furioso alemán, que cerraba la única salida. En aquel instante, Lilian vio a través del parabrisas a los policías y unas caras conocidas. Entonces gritó, jubilosa:

— ¡Puck!... ¡Navio!...

Instintivamente Heinrich dio media vuelta para ver lo que pasaba y las niñas aprovecharon aquellos segundos para escapar por debajo de los brazos del alemán, casi volando por la cocina y la cabina. Rápidamente abrieron la portezuela y, mientras el chófer gritaba de rabia, saltaron a la carretera.

Lilian gritó jubilosa de alegría, pero casi al mismo tiempo oyó que uno de los agentes decía.

— Oye... ¿Ahora qué le pasa a esa chica?

Se refería a Sonja que, a gran velocidad, corría a campo través. Lilian se quedó un momento llena de asombro, pero inmediatamente gritó a todo pulmón:

— ¡Espera, Sonja!... ¡Párate!... ¡Espera!

Pero la pequeña acróbata continuaba su rápida fuga, corriendo como una gacela. Algo más lejos había un pequeño bosque, y Sonja

iba hacia él.

— Está completamente chiflada — comentó Navio —. ¿Porqué corre?

Lilian tomó a Puck por el brazo para rogarle:

— Puck, yo no soy capaz de correr en este momento; pero tú debes intentar alcanzarla.

Puck se volvió confusa al veterinario:

— Tío Anders, ¿te parece que yo debo...?

— A por ella, hija —le animó rápidamente el veterinario Móeller —. La pobre chica debe de estar fuera de sí.

Con un gran salto, Puck cruzó una zanja y emprendió la persecución.

— Puck es la única capaz de alcanzar a esa chica asustada. Es formidablemente palpitante — exclamó Navio.

En aquel instante se oyó el ruido del motor del camión-vivienda. El veterinario, las chicas y los dos agentes tuvieron que saltar para evitar ser atropellados. El camión partió a toda velocidad hacia el sur.

— Vaya, esto ya es el colmo —exclamó uno de los agentes—. Tenemos que alcanzarlo, Joergensen. ¡Ustedes quédense! ¡Ya nos veremos luego aquí!

El coche de la policía emprendió rápidamente la persecución. El veterinario movía la cabeza mientras se rascaba el cogote:

— Es lo más curioso que me ha pasado hasta ahora. Estamos en medio de la carretera y la gente desaparece en todas direcciones.

Hizo una mueca cómica a Navio y Lilian:

— ¿Sabéis lo que me gustaría?

— No — dijo Navio —; pero a mí me encantaría un helado en este momento.

— No sé si debo ayudar a Puck —dijo Lilian, mientras miraba hacía el bosque por donde Sonja y Puck habían desaparecido.

— Ni lo sueñes —gruñó el veterinario—. Ahora quedaos con el «grupo», por favor, no podemos marcharnos todos. Tenemos que esperar aquí y ver lo que ocurre.

— Puck volverá pronto con esa chica —opinó Navio.

Lilian movió dubitativamente la cabeza:

— Puck corre muy bien, pero Sonja es una artista en forma. Apuesto lo que quieras a que Puck será vencida esta vez.

— Pero, ¿por qué demonios tuvo que emprender esa fuga absurda?

— Nervios — dijo el veterinario lacónico.

— Ya —dijo Navio—. No comprendo que la hayamos podido asustar tanto nosotros..., si no es que se ha asustado de mis muchas pecas.

— Querida Lise — dijo sonriendo el veterinario —. Quizá seas tú la primera que ha ganado una copa por sus pecas. Pero en este instante tenemos problemas más grandes que resolver. Vamos a sentarnos aquí en la cuneta y disfrutaremos del espléndido tiempo.

— Pero no sé si debo... —empezó Lilian.

El veterinario la hizo callar con un gesto.

— Siéntate y relájate. Ya he tenido bastante jaleo esta mañana con vosotras. Necesito descansar. ¡Estamos de vacaciones, rábanos!

Se sentó sobre la hierba de la cuneta y se secó las gotas de sudor de la frente con el pañuelo,

Lilian y Navio se miraron de reojo, sin decir nada. A veces una mirada es más expresiva que las palabras.

\* \* \*

Cuando Puck llegó a la linde del bosque, Sonja había desaparecido. La pequeña artista no llevaba gran ventaja, pero corría con gran velocidad. Puck llegó a los primeros árboles y se puso a mirar en derredor, desesperanzada. Aunque el bosque no era muy grande, sería bastante difícil buscar ella sola. También cabía la posibilidad de que Sonja hubiera cruzado la arboleda y seguido su fuga por el otro lado.

Puck sentía gran compasión por la pequeña y asustada artista. Quizá la vida de circo no siempre resulta tan de color de rosa como Lilian pensaba, y Sonja podía tener preocupaciones. Si no, su fuga era inexplicable. Pero pronto sabría la respuesta, cuando lograra dar con Sonja. Había que encontrarla.

Puck cruzó por entre los árboles. De vez en cuando gritaba:

— ¡Sonja!... ¡Sonja!...

Pero no obtuvo respuesta. Cuando, sin resultado, había estado buscando durante más de media hora, se sentó en un árbol caído mirando ante sí, ya sin esperanza.

El mundo estaba lleno de problemas. Naturalmente, era posible resolverlos en muchos casos; pero no por eso dejaban de ser

importantes mientras se estaban sufriendo. Todo era muy difícil. Sí...



—¡Chist! — sonó un siseo a su espalda.

Rápidamente dio media vuelta y vio la pequeña cara de Sonja asomada por detrás del tronco de un árbol.

Rápida como un muelle, Puck se levantó e instintivamente dijo en danés:

— ¡Con que ahí estás, eh, potrillo desbocado? ¿Por qué rayos huiste?

— ¿Qué dices? —preguntó asustada Sonja en alemán, a punto de echar a correr de nuevo.

De repente, Puck se dio cuenta de la situación y se esforzó para acordarse de todo lo que había aprendido durante las clases de alemán en el pensionado de Egeborg. Pasando por alto gran parte de la gramática, logró entenderse con la pequeña artista de circo.

— ¿Me sigue Heinrich? —preguntó Sonja, mientras se disponía a correr otra vez.

— ¿Heinrich? —repitió Puck—. ¿Es ese el nombre del chófer?

— Sí...

— No creo que vuelvas a verle.

— ¡Maravilloso! Nunca me ha gustado... Y tampoco me gusta la vida del circo.

— ¡No me digas!

— No.

— Ven, Sonja —dijo Puck amablemente—. Siéntate aquí conmigo. Vamos a hablar un poco... Bueno; lo mejor que podamos.

Por fin Sonja se atrevió a salir. Se sentó en el tronco, al lado de

Puck. Aún estaba asustada, pero sentía instintivamente que la otra niña no era ninguna enemiga. Conversaban lo mejor que podían, pese a las dificultades del idioma.

Sonja recordó los últimos años de la guerra y contaba sobre aviones enemigos, bombas sobre una ciudad grande, ruinas humeantes, niños harapientos, severos hombres de uniforme, y muchas otras cosas.

— Ven, Sonja —dijo Puck al final—. Tenemos que reunirnos con los otros. Puedes seguir hablando mientras andamos. ¿Así que crees haber nacido en una ciudad grande, al sur de Alemania?

— Sí, estoy segura.

— ¿No habéis actuado en ciudades de aquella zona?

— Sí, en Stuttgart y en Nuremberg, pero nunca en Munich.

— Pero si Munich es la ciudad más grande del sur de Alemania. ¿Por qué no habéis actuado nunca allí?

— A Max y Willy no les gusta la ciudad y sé con seguridad que han rechazado contratos allí, por lo menos dos veces.

— ¿Has estado tú en Munich?

— Hace un par de años fuimos allí una noche, muy tarde. Pero cruzamos de largo, hasta otra ciudad donde pasamos la noche; así que no la vi muy bien.

— Munich fue muy bombardeada durante la Segunda Guerra Europea, si no me equivoco.

— Sí; leí una vez que casi la mitad de la ciudad fue alcanzada por las bombas y destruida. Pero eso ocurrió en casi todas las ciudades alemanas.

Apenas habían salido del bosque cuando un grito de júbilo les recibió desde la carretera. Lilian y Navio corrían hacia ellas por el campo. Fue un reencuentro muy animado, y Navio, dijo orgullosa:

— ¿Ves lo que te dije, Lilian? Puck la alcanzó.

— Eso no es del todo cierto, Navio — dijo Puck riendo —. Fue Sonja quien me alcanzó a mí. ¿No han vuelto los policías aún?

— No, supongo que les costará trabajo alcanzar a Heinrich...

Sonja, al oír aquel nombre, se sobresaltó y parecía querer huir de nuevo; pero las otras la tranquilizaron rápidamente, y juntas regresaron a donde estaba el veterinario sentado al borde de la carretera.

— Bueno, bueno —gruñó, alegre—. Parece que logramos reunir

al grupo poco a poco. También va siendo hora de desayunar, aunque pronto será la hora del almuerzo.

— ¿Vamos a esperar a los agentes aquí, tío Anders? —preguntó Puck.

— Me parece que no nos queda otra alternativa — contestó Móeller mirando hacia el sur—. No pueden tardar mucho en regresar. Mientras tanto, debemos matar el tiempo de alguna forma. Sentaos, niñas.

El pequeño grupo estuvo algún tiempo hablando en danés y alemán; pero su paciencia se iba acabando ya antes del regreso de la policía. Sonja estaba asustada porque temía que Heinrich les acompañara.

Pero los dos agentes volvieron solos, y el veterinario soltó como exclamación:

— ¿Se les escapó?

El agente de la Brigada Criminal bajó del coche y se sentó en el borde de la cuneta. Su voz sonaba irritada.

— Le alcanzaremos, naturalmente — dijo —. Pero no teníamos nada contra él para poder retenerle si no era «bajo sospecha». Y hay que tener mucho cuidado, sí no existe una orden de los superiores. Tenía una carta firmada por Lilian en la que decía que ella quería ingresar en el grupo, si su tía daba su permiso...

— Sí, pero el tipo había pasado ya Kolding sin pararse —dijo el veterinario contrariado.

—

El agente Joergensen se rascó el cogote.

— Eso es verdad — dijo —. Pero también para eso tuvo una explicación, que no pudimos refutar. Dijo que él había parado el camión precisamente para preguntarle a Lilian si no habían pasado ya Kolding. Es posible que a un extranjero que no conoce el lugar le ocurra esta pequeña equivocación, a pesar de los postes indicadores. Además, había otra cosa muy importante. Según la explicación de Sonja, por lo menos una de las chicas estaría narcotizada en el coche antes de llegar a Kolding, y tiene usted que admitir que eran un par de chicas bien despiertas las que salieron corriendo del camión.

— Tiene usted razón —admitió Moeller—. Todo pasó con tanta rapidez que tuvimos las circunstancias en nuestra contra. Lilian y

Sonja me han explicado que el chófer les quería hacer beber algo, pero que ellas lo tiraron todo en una de las literas.

— Perdone — dijo Puck —. ¿No había un par de vasos vacíos sobre la mesa en el salón del coche?

El agente movió la cabeza:

— No, no había ningún vaso. Estoy seguro de ello. Naturalmente, no hemos hecho ningún examen a fondo, porque, según vimos, la explicación de Sonja sobre los narcóticos era algo difícil de creer. No obstante, si hubiera habido algún vaso sobre la mesa lo habríamos visto.

— Ese Heinrich es un tipo muy listo — opinó Puck —. Seguramente se ha dado cuenta de que los vasos se podían convertir en pruebas peligrosas en su contra, si la policía los examinaba. Me imagino que los habrá tirado por la ventanilla antes de que ustedes le hayan alcanzado.

— Quizá tengas razón — admitió el agente —. Pero aunque el tipo es listo caerá en la trampa. Ni él ni ninguno de los miembros del grupo podrán cruzar la frontera alemana sin permiso de la Brigada Criminal de Strandby. Y la ropa mojada de la litera puede ser una prueba absoluta de este caso, si nuestros expertos químicos encuentran allí restos de drogas.

\* \* \*

Heinrich, sin embargo, era más listo aún de lo que habían pensado Puck y los dos agentes de policía. Cuando ellos salieron del camino y se habían vuelto a marchar, el alemán se quedó tranquilamente al borde de la carretera, y no se movió hasta que el coche de la policía hubo desaparecido entre una gran nube de polvo. Con una risa de desdén se levantó y contempló los alrededores. Los dos vasos, pensó, habían sido vaciados por las muchachas; luego, su contenido, ya que no había pasado por las gargantas de las chicas, debía encontrarse en algún sitio dentro del vagón.

Empezó a buscar sistemáticamente. Miró debajo de la mesa, debajo de las sillas y las literas, pero no encontró ninguna mancha húmeda.

— Pero en algún sitio tiene que estar — murmuró, y ya no sonreía.

Estaba pensando en las cosas desagradables que le esperaban.

Seguramente «Los Diablos Voladores» iban a portarse como demonios de verdad cuando se enteraran de su fracaso. Ya era un mal asunto que Lilian Latour hubiera desaparecido... Pero la fuga de Sonja era catastrófica. ¿Cómo iban a arreglar Max y Willy aquel desagradable asunto? Heinrich sabía muy bien que la «adopción» de Sonja había sido en su tiempo un asunto bastante turbio, y no, había que remover demasiado las cosas. ¿Qué podían hacer?



Mientras el chófer pensaba en aquellas desagradables perspectivas quitó la cubierta de la litera inferior, y ya no necesitó buscar más: toda la ropa estaba empapada. Aquello mejoró bastante su humor, porque ahora podía destruir la única prueba en su contra.

Recogió la ropa mojada, la enrolló y, minutos después, la había dejado en una zanja, no muy lejos del sitio donde estaba. Hubiera deseado un lugar mejor para esconder las ropas, pero quedó satisfecho porque la zanja estaba cubierta de arbustos y malas hierbas en tal cantidad que el bulto tardaría algún tiempo en ser encontrado, y entonces él ya estaría lejos.

Subió de nuevo al camión-vivienda y buscó ropa limpia para la litera. Cuando ya la hubo puesto, se sentó al volante y puso el motor en marcha. En medio de sus sombríos pensamientos tenía la pequeña alegría de que ni los aduaneros ni la policía de la frontera serían capaces de encontrar nada sospechoso en el camión.

Había destruido la última prueba.



El veterinario Moeller y las cuatro chicas iban en el coche de la policía en dirección norte. En Kolding dejaron a Lilian ante la casa de su tía, y las niñas se despidieron cariñosamente. Al final, Lilian tomó aparte a Puck y dijo:

— Sólo quería decirte que he estado a punto de cometer una tontería. Y, como siempre, tú me has salvado... Naturalmente también le he dado las gracias a Sonja y le he pedido disculpas por mis malos pensamientos y mi mala conducta...

Puck hizo un gesto como para impedir que siguiera.

— Deja ya de hablar de mí —dijo—. Mi parte en el asunto fue bastante pequeña. A Sonja, y solamente a ella, le debes el que ahora no te encuentres en líos.

— ¿Y ahora qué va a hacer la pobre? Dice que no quiere regresar con «Los Diablos Voladores».

— Todo esto es tan complicado... —dijo Puck con una mueca—. No me atrevo ni a pensarlo; pero, por otra parte, para eso están los adultos. ¡Adiós, Lilian, y felices vacaciones!

— Te deseo lo mismo. ¿Cuánto tiempo os vais a quedar en Strandby?

— No lo sé. Según nuestro plan, debemos salir mañana por la mañana. Pero ahora, con lo de Sonja, no sé más que tú.

— Si vais a venir a Kolding, no dejéis de visitarme.

— Lo haré, Lilian. ¡Adiós!

— ¡Adiós, Puck!

Durante el resto del camino hacia Strandby, la conversación fue muy animada. Unicamente Sonja era la que menos hablaba. Y eso no era debido a dificultades de idioma, porque el veterinario

hablaba muy bien el alemán. También Puck y Navio sabían expresarse bastante bien en cuanto se olvidaban de la difícil gramática.

Pero Sonja, sin duda, había empezado a pensar sobre sus cosas y, de vez en cuando, la expresión de su cara era muy triste. En aquellos momentos no sabía lo que sería de ella. Sólo estaba segura de una cosa: No quería regresar con «Los Diablos Voladores». Pero, entonces, ¿qué harían con ella? Quizá la policía sin más, la mandara a Barcelona, donde el grupo había firmado un contrato. Sólo de pensarlo se estremecía.

Pero se consoló al recordar la gentileza de los dos agentes daneses. Quizá toda la policía era como ellos. También el señor Moeller era estupendo, y las chicas. Sí; en Dinamarca había encontrado gente muy amable.

El veterinario había estado hablando con los policías sobre lo mismo, porque no podía negarse que el caso de Sonja era todo un problema. No tenía pasaporte. Willy siempre lo había llevado consigo. Y en todo el mundo no tenía ningún pariente conocido, porque era seguro que los acróbatas no eran de su familia. Antaño había sido adoptada por Max o Willy, pero eso era algo que debía revisarse.

Puck no podía dejar de pensar que Munich debía de ser la ciudad natal de Sonja. «Los Diablos Voladores» no se habían opuesto a trabajar ni en Stuttgart ni en Nuremberg; sin embargo, nunca habían querido pasar la noche allí, aunque habían llegado muy tarde.

¿No era eso algo misterioso? ¿No significaría eso que Max y Willy tenían miedo de que Sonja fuera reconocida, aunque, ya habían pasado muchos años? Pero Puck tuvo que admitir, un poco triste, que el hecho de saber si Sonja había nacido o no en Munich no ayudaría gran cosa. Era una ciudad demasiado grande.

El resultado del cambio de impresiones entre el veterinario y los policías fue que Sonja, por el momento, iría con los Moeller al Gran Hotel en Strandby. El veterinario prometió cuidar de la muchacha lo mejor posible, hasta tener noticias de la policía sobre lo que debía hacer con ella.

La señora Moeller estaba en el restaurante tomando una taza de café, cuando el veterinario y las tres chicas llegaron al hotel.

Después de haber escuchado una breve explicación de todo lo que había pasado, abrió los brazos a la pequeña artista y exclamó cariñosamente.

— ¡Pobrecita! Ven conmigo.

En seguida, Sonja se refugió en los brazos de la señora Moeller y reclinó la cabeza contra su hombro. Esta escena sorprendió a todos, pero Puck fue quien mejor comprendió la situación. Sonja no había conocido nunca una madre ni un padre ni hermanos ni amigos. Había sido una pequeña solitaria que nunca recibió el amor de unos padres cariñosos, ni había tenido amigas a quienes confiar sus pequeñas alegrías o disgustos.

El veterinario llamó al camarero y dijo, alegre:

— Creo que va siendo hora de comer un poco. Es bastante duro tener que aguantar con el desayuno hasta tan tarde. Creo que debemos comer ya algo más sólido.

— Estamos de acuerdo —dijeron Puck y Navio al unísono.

—

Poco después, el camarero empezó a poner la mesa.

La señora Moeller no tenía hambre y el apetito de Sonja también era escaso, así que las dos estuvieron casi todo el tiempo hablando confidencialmente.

Igual que su marido, la señora Moeller hablaba muy bien el alemán, y la pequeña artista se sentía en el séptimo cielo. Se reía mucho y charlaba tanto que el resto del grupo se pusieron de muy buen humor.

Durante la comida vino el camarero y comunicó al veterinario que le llamaban por teléfono. Cuando se había ido, la señora Moeller se volvió sonriendo hacia Puck y Navio:

— Imaginaos —dijo—; hace sólo un par de días, vimos a este angelito volar bajo la cúpula del circo, y ahora está aquí con nosotros...

Pasó cariñosamente su mano por los suaves y ondulados cabellos de Sonja y preguntó, amable:

— ¿Te gusta estar con nosotros, hijita?

— Me siento muy, muy feliz — dijo Sonja con una mirada radiante en sus ojos azules y una amplia sonrisa—. Todos son tan gentiles y amables conmigo...

Cuando el veterinario volvió a su sitio, suspiró desesperanzado:

— Esto sigue complicándose. Han examinado a fondo el coche de «Los Diablos Voladores» en la aduana, pero no había ni rastro de humedad en la ropa de la litera.

— ¡Imposible! —exclamó Puck—. Tanto Lilian como Sonja explicaron cómo había pasado todo. ¿Quién te lo ha dicho?

— Los agentes de la Brigada Criminal. Eran ellos quienes llamaban — gruñó el veterinario —. El grupo ya cruzó la frontera y están ahora en Alemania.

— Pero... pero... Entonces ¿qué va a ser de Sonja? — tartamudeó Puck.

La señora Moeller se levantó y tomó la mano de la acróbata.

— ¿Sabes, Anders? Creo que Sonja y yo vamos a dar un paseo por la ciudad. Lo necesitamos.

— Es una buena idea, Henny —dijo el veterinario, un poco confuso—. Pero regresad pronto, por si la policía quiere hablar con la niña.

Cuando las dos se hubieron marchado, continuó:

— Los papeles de los artistas estaban en regla, y la policía no tenía derecho a retenerlos en tierra danesa. Hasta ahora no se ha podido encontrar ninguna prueba en contra de ellos, y como explicaron que tenían prisa para llegar a tiempo a Barcelona, la policía no pudo impedir que continuaran el viaje.

— Pero ¡abandonan a Sonja! —dijo Puck.

— No, al contrario — dijo el veterinario bruscamente —. Es Sonja quien les dejó a ellos, cuando se fugó. El jefe del grupo ha dicho que no quiere forzarla a ir con ellos, pero, si ella lo desea, le mandará dinero para el viaje. Desde Aalborg puede tomar el avión hasta Copenhague y desde allí otro directo hasta Barcelona

— Pero, tío Anders, ella no desea regresar con «Los Diablos Voladores».

— Ya; pero eso no facilita las cosas. La policía me llamará más tarde. A ver lo que pasa.

— Será formidablemente palpitante —opinó Navio.

— Quizá más «palpitante» de lo que uno desea —gruñó el señor Moeller, pero no pudo ocultar la sonrisa.

— Hay algo que no huele bien —dijo Puck con gran decisión—. Sonja forma parte importante del conjunto. ¿Cómo te explicas que todos tengan tanta prisa? Sólo puede ser porque tienen la

conciencia intranquila. Te apuesto lo que quieras, tío Anders.

— Creo que tienes razón — admitió el veterinario Moeller—. Pero no comprendo que la litera no estuviese mojada. El contenido de dos vasos no se seca en un par de horas.

— Eso es lo raro —murmuró Puck pensativa—. Pero puedes estar seguro de que ni Sonja ni Lilian han mentido, tiene que haber una explicación a eso.

— Sí; pero, es algo difícil de encontrar.

— No lo creo —dijo Puck pensativa—. Ya antes de llegar a Kolding, el chófer les dio la limonada con el soporífero a Lilian y Sonja. Para engañar al hombre simulaban que estaban dormidas, pero no fueron capaces de representar el papel hasta el final. Hablaron en voz baja y movieron la cabeza un poco, lo cual fue visto por el chófer en el espejo retrovisor.

«Cuando las chicas salieron corriendo del camión, el alemán podía estar seguro de que le habían engañado y no bebieron, así que debió de pensar que la limonada debía encontrarse en algún lugar del camión-vivienda. No le hacían falta a Heinrich estudios superiores para comprender eso. Tuvo suerte de que los dos agentes no examinaron en aquel momento la ropa de la litera, pero él sí que lo hizo antes de llegar a la frontera. Encontró la ropa mojada, y la cambió. En eso no hay nada misterioso.

— Oye, Puck, eres fenomenal —exclamó Navio entusiasmada.

El veterinario movió la cabeza en señal de aprobación:

— Sí, Bente; tu razonamiento sobre la cuestión es lo que se llama pensar con lógica. Estoy seguro de que la Brigada Criminal tiene la misma teoría. Para estar seguro, voy a hablar de eso con el señor Joergensen, cuando me llame de nuevo.

El pequeño grupo había terminado ya el café cuando la señora Móeller y Sonja regresaron de su paseo por la ciudad.

La cara de la niña estaba iluminada de felicidad. Seguía a la señora Moeller como si fuera su sombra. Era evidente que en aquel corto espacio de tiempo había surgido una amistad profunda entre la pequeña acróbata y la dulce esposa del veterinario, que no tenía hijos.

Puck sintió un vuelco en el corazón. Ella, Puck, había sido, desde que podía recordar, la niña favorita de tía Henny, quien la había mimado extraordinariamente cuando iba a visitar a sus tíos

en Sundkoebing; pero, por lo visto, la pequeña acróbata alemana había ocupado su lugar.

Sin embargo, Puck era una chica honrada y ecuánime, que siempre consideraba las cosas por ambos lados. Sonja nunca había tenido una existencia agradable; su vida había empezado en medio de una guerra y, durante los primeros años, sólo había conocido explosiones de bombas, casas ardiendo y gente desolada. Todo aquello lo recordaba como entre nieblas, pero después tampoco había conocido padre ni madre, no había tenido nunca amor ni comprensión, tan necesarias para un niño.

Ahora, en pocas horas, había entrado en un mundo nuevo, en una nueva existencia donde todos la trataban amablemente, y quizá era el agradecimiento lo que la había impulsado a unirse tan rápida y totalmente a tía Henny.

Y tía Henny, pensó Puck, siempre había tenido un corazón grande y generoso, sobre todo para quienes habían sufrido en la vida. Por tanto, era natural que cuidara como una madre de la pequeña y solitaria Sonja. El sentido maternal es algo que se ve cuando una niña recibe su primera muñeca... Y después, ese sentimiento es transferido a personas vivas; pero tía Henny nunca había tenido niños.

De repente Puck sonrió, contenta de nuevo. Estaba pensando que seguramente el corazón de tía Henny era tan grande que había sitio de sobra para las dos muchachas.

\* \* \*

En los días siguientes, el veterinario, su esposa y las tres niñas siguieron en el Gran Hotel. Su viaje en barco debía haber seguido por los paisajes de Dinamarca o, mejor dicho, los mares de Dinamarca; pero Sonja se había cruzado en sus planes inesperadamente, como un problema muy complicado.

El veterinario mantenía largas conversaciones con la policía en Strandby, llamadas telefónicas con las autoridades de Copenhague y telegramas que fueron despachados hacia el extranjero. Al final, todo se había complicado tanto que las muchachas habían renunciado a pensar más en ello. Habían puesto otra cama en la habitación de Puck y Navio y, tanto por la mañana como por la noche, las chicas disfrutaban mucho juntas.

Lo mejor de todo era que Sonja, poco a poco, comenzaba a

chapurrear el danés. Como la mayor parte de los artistas, tenía grandes facilidades para los idiomas, y sus nuevas amigas estaban sorprendidísimas por sus grandes progresos.

Aunque sonaba divertido oír el parloteo de Sonja, la entendían; pero la conversación, en su mayor parte, aún era en alemán. Puck comprendió que Sonja no tardaría mucho en hablar mejor el danés que Navio y ella el alemán.

Solamente quedaba la cuestión de por cuánto tiempo podía Sonja quedarse en Dinamarca. De vez en cuando, Puck se lo preguntaba al veterinario; pero éste solamente decía:

— Ya verás como todo se arreglará.

Pero el tono de su voz ponía a Puck de buen humor, porque confiaba en él.

A veces, las tres chicas salían a pasear por la ciudad. Muchos vecinos se asombraban al ver a Sonja. Estaban seguros de conocer a aquella bonita muchacha de rubio cabello ondulado y grandes ojos azules, y de repente se acordaban de que la habían visto en el «Circo Mascari» en el número de «Los Diablos Voladores». Empezaron las habladurías y en poco tiempo la pequeña artista se había convertido en el tema favorito de conversación de todo Strandby. Al final alguien inventó que Sonja era hija de un príncipe alemán, y que en su primera infancia había sido secuestrada por gentes de circo. Un par de periodistas audaces llegaron al hotel para entrevistar a Sonja, pero el veterinario les negó todo contacto con la niña.

Por suerte, Sonja no se enteró de nada y, cuando no estaba con sus amigas, seguía pacientemente a la zaga de la señora Móeller. La mirada triste y solitaria de sus ojos azules había desaparecido. Ahora estaban siempre sonrientes y toda ella era la imagen de la felicidad. Cuando la señora Moeller en su desbordante cariño la llamaba «mi angelito», el veterinario gruñía alegre:

— Ex angelito, Henny, ex angelito. El de angelito era un nombre más adecuado cuando la niña volaba por los aires; aunque eso ocurriera bajo la carpa de un circo.

— No te metas conmigo, Anders. Yo tengo mi propia opinión respecto a nuestra pequeña «hija adoptiva». ¡Y lo pasamos tan bien cuando salimos juntas de paseo!...

— Ya —dijo el veterinario, cortando el extremo de un puro—.

Esto empieza a ponerse peligroso.

Pero, como siempre, no podía ocultar una ligera sonrisa. Puck pensó que el tío Anders tenía un gran corazón..., pero que era un pésimo actor.

Una mañana, antes de que el resto del grupo se hubieran levantado de la cama, el veterinario regresó de una reunión en la comisaría.

— Bueno, mis queridas niñas — dijo jovial —. Ya me empieza a aburrir Strandby. Dentro de una hora nos vamos...

— Pero, Anders —le interrumpió la señora Moeller, asustada—. ¿Qué pasará con Sonja?

— ¿Sonja? —dijo el veterinario con mal fingido asombro—. Me he olvidado por completo de ella.

—No mientas, tío Anders —rió Puck, alegre—. ¡Va! Dinos la verdad.

— Bueno, bueno. —El veterinario se estaba divirtiendo en grande—. Pues Sonja se viene con nosotros; si a ella le parece bien, por supuesto. En toda mi vida he tenido tanto trabajo y tantas dificultades como en esta última semana; pero estoy muy contento con los resultados obtenidos.

— ¿Qué quieres decir, Anders? — dijo la señora Moeller oprimiéndose instintivamente el corazón con una mano —. ¿Todo... está... en regla?

El veterinario dio un golpecito cariñoso en el hombro de su mujer.

— Sí —dijo—, según las autoridades. Pero..., ya os contaré mientras navegamos.

— ¡Ay, Anders, eres un ángel!

— Ya —gruñó el veterinario, campechano—. ¿También vas a convertirme a mí en un ser volador? Bueno; da igual... Ahora debemos apresurarnos.

Poco después reinaba una actividad impresionante en las dos habitaciones.

\* \* \*

El sol brillaba en un cielo sin nubes cuando el «Arrow», a velocidad moderada, se deslizaba sobre el agua azulada del fiordo. El veterinario se ocupaba del timón mientras la señora Moeller y las tres chicas estaban a proa disfrutando del espléndido tiempo. Para

Puck y Navio esto no constituía ninguna novedad, mientras que Sonja parecía embeberse en sus nuevas impresiones con ojos radiantes.

Hasta aquel instante, toda su vida había transcurrido entre el circo, las carreteras grises y las aburridas habitaciones de hotel; pero aquello era algo muy diferente, era una aventura maravillosa. Hacía solamente una semana, ni siquiera se hubiera atrevido a soñar que algo así podía ocurrirle a ella: una aventura tan fantástica y en compañía de gente tan simpática y gentil...

El veterinario había parado el motor, dejó el barco navegar a la deriva y fue a proa a reunirse con ellas. La expresión de su cara era más seria que de costumbre.

— Tengo algo que explicaros —empezó—. En consideración a Sonja voy a hablar en alemán. Espero que tanto Bente como Lise serán capaces de entenderlo.

— Tuve un seis en alemán — sonrió Puck.

— Yo ni siquiera me acuerdo de mi nota —murmuró Navio.

— Bueno, ya veréis como no será tan difícil —prometió el veterinario acariciándose la barbilla—. Como ya habréis adivinado, se trata de Sonja. Las autoridades danesas han tenido mucho trabajo indagando el pasado de Sonja y buscando una solución para su futuro. Ha sido una búsqueda larga y complicada, y no voy a perder el tiempo explicándolo todo.

Lo más importante es que Sonja perdió a sus padres durante la guerra y que Willy, el de «Los Diablos Voladores», hizo una especie de «adopción» completamente ilegal, que solamente fue posible a causa de la confusión y el desorden que reinaban en la Alemania devastada por la guerra.

Por esa misma razón ha renunciado por completo a sus pretendidos derechos sobre Sonja. Seguramente ni Willy ni Max están interesados en que se investigue el asunto. Y, entonces...

El veterinario se volvió hacia Sonja y se dirigió a ella. Ahora su voz sonó aún más seria.

— Sí, hijita —continuó—. Ahora tú y nosotros debemos buscar una solución a tu futuro. ¿Te encuentras bien con nosotros?

— Sí, maravillosamente... ¡Maravillosamente! —murmuró Sonja.

—¿Te gustaría vivir con mi mujer y conmigo como..., como nuestra hija?

Sonja se quedó un momento rígida. Entonces sus ojos miraron radiantes, mientras exclamaba con voz jubilosa:

— ¡Eso sería lo más maravilloso de todo!

— ¡Angelito mío! — exclamó la señora Móeller, abrazando a Sonja.

— No te pongas demasiado sentimental, mamá —recomendó el veterinario serio; pero su voz no sonaba demasiado segura—. Sí, Sonja; en este corto tiempo te hemos tomado cariño, y nos gustaría adoptarte de una forma... más legal que Willy...

— ¡Formidable!... ¡Bravo! —exclamó Navio aplaudiendo—. He entendido todo, a pesar de haber olvidado mi nota en alemán. ¡Cuando lleguemos a Sundkoebing, Sonja podrá hacer sus ejercicios en las copas de los árboles!... ¡Podrá saltar de una chimenea a otra!... ¡Y podrá...!

— ¿Quieres callar, pequeña charlatana? —le interrumpió el veterinario alegre—. Prefiero saber lo que Sonja piensa sobre todo esto.

— Soy tan feliz... Tan feliz... —murmuró la chiquilla entre risas y llantos, ocultando su cabeza contra el hombro de la señora Moeller—. Así por fin tendré un padre y una madre...

El veterinario se acarició de nuevo la barbilla y carraspeó.

— Sí, eso es verdad, Sonja; pero me gustaría que dijeras mamá y papá en vez de «Mutter» y «Vater», porque no estoy dispuesto a hablar en alemán todos los días.

Durante todo el discurso del veterinario, Puck había permanecido callada. En cambio los pensamientos daban vueltas por la cabeza. Su padre le había explicado en muchas ocasiones sobre los malos tiempos en que los alemanes habían ocupado Dinamarca, ejerciendo su dominio por el terror.



A pesar de eso, él siempre había mantenido que los niños alemanes eran completamente inocentes del abuso de fuerza que habían ejercido los adultos, tanto en Dinamarca como en otros países ocupados.

Ahora se trataba de una nueva generación, y cuando una chiquilla alemana podía encontrar unos buenos padres daneses, era que las cosas empezaban a ir por buen camino. ¿No era esa la solución para la paz del mundo? Puck se prometió a sí misma escribir sobre ello en su próxima carta a su padre.

Seguramente se pondría muy contento ya que era honrado e inteligente.

— Bueno, Bente — dijo el veterinario —. Ahora solamente nos falta tu opinión.

Puck regresó instantáneamente del país de sus ensueños y contestó:

— Todo ha sido como un cuento de hadas, tío Anders. Y lo mejor de los cuentos de hadas es que siempre terminan bien. Siempre me ha gustado mucho visitaros en Sundkoebing; pero ahora que Sonja estará con vosotros, será mucho más divertido. Estoy segura de que tanto Navio como yo hemos encontrado una amiga de primera.

— Estoy de acuerdo — dijo Navio —. Por lo que respecta a mí, únicamente depende de si Sonja tiene algo en contra de las pecas. ¿Cómo se dice pecas en alemán?

— «Sommersprossen» —le informó la señora Móeller sonriendo.

— ¡Entendido! — dijo Navio y señalando su pequeña y pecosa cara preguntó—. «Sonja, hast du etwas...» Eh... ¿Tienes algo en

contra de mis... «sommersprossen»?

— Son muy bonitas —contestó Sonja en alemán, sonriendo feliz.

— Pues, en ese caso — declaró Navio—, quedas aceptada.

— Muchas, muchas gracias —dijo Sonja en su divertido danés.

El veterinario se levantó frotándose las manos, estaba contento y se sentía liberado de un gran peso.

— Bueno, mamá dijo—. Como siempre, te has salido con la tuya. Cuando las mujeres son listas, siempre son ellas quienes ganan en este mundo.

La señora Moeller le dio un golpecito:

— Tú tampoco pareces estar muy trisfe —dijo— , No tengo razón, Anders?

— Si dijera otra cosa, mentiría — sonrió el veterinario —. Tengo el presentimiento de que a Sonja le gustará Sundkoebing.

Se fue de nuevo a poner el motor de la embarcación en marcha y, un momento después, el «Arrow» se deslizaba de nuevo sobre el agua, hacia mar abierto. Sonja estaba apoyada sobre el hombro de la señora Moeller, mientras Puck y Navio intercambiaban miradas de comprensión.

Y el «Arrow» continuó su viaje de aventuras bajo el espléndido sol veraniego.

**FIN**

